

CIÓ

MEMORIA
DE
NAPOLEON
I

DC213
.2
N3
1825

R. C.



1080012297

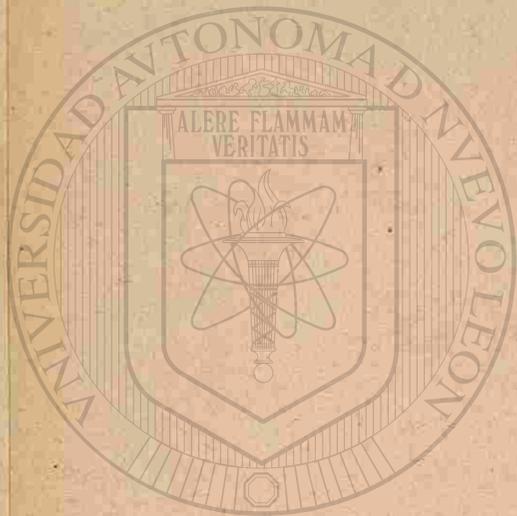


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MEMORIAS

DE

NAPOLEON I

ESCRITAS POR EL MISMO.



MEXICO.

EUSEBIO SANCHEZ; EDITOR.

AGUILA 12. APARTADO POSTAL 511.

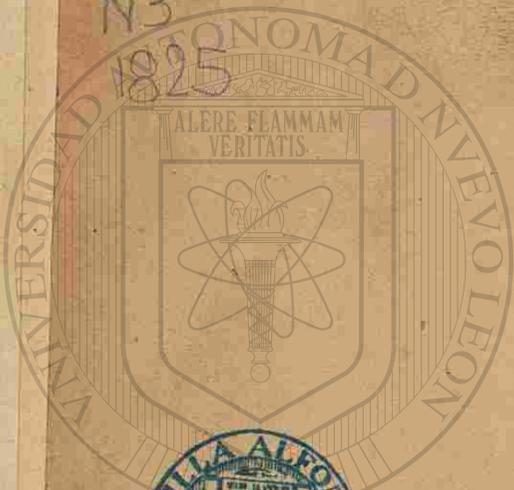
1894.

DC213

.2

N3

1825



FONDO HISTORICO
RICARDO GOVARRUBIAS

156219

MANUSCRITO.

No me propongo hacer comentarios sobre los acontecimientos de mi reinado: son demasiado conocidos, y no estoy en el caso de satisfacer la curiosidad pública. Daré un resumen de los sucesos, para evitar que mi carácter ó intenciones sean desfigurados, respecto á que quiero aparecer tal cual soy, á los ojos de mi hijo, y de toda la posteridad. Este es el objeto de mi escrito que tengo que hacerlos conducir por rodeos para que vea la luz pública, pues me consta por experiencia que si cayese en manos de los ministros ingleses, quedaría sepultado en eterno olvido.

Mi vida ha sido tan maravillosa, que los admiradores de mi poder opinan que también debió ser extraordinaria mi infancia, pero se engañan: mis primeros dias nada tuvieron de singular: no era más que un niño obstinado y curioso, habiendo sido mi educación tan miserable como toda la que se daba en Córcega. Aprendí con bastante facilidad el idioma francés entre los militares de la guarnición con quienes trataba. Mis inclinaciones eran fuertes y mi carácter decidido; y como estas cualidades me conducían á querer las co-

sas con vehemencia, me correspondían los resultados. Jamás me arredraron los inconvenientes y venciendo éstos obtuve ventajas sobre los demás hombres, porque dependiendo indudablemente la voluntad del temple de cada individuo, ninguno es dueño de dominarla.

Mi juicio me conducía á detestar las ilusiones: descubría siempre la verdad á primera vista, y por esa razón he conocido mejor que otros la esencia de las cosas. Para mí ha existido el mundo sólo en el hecho, y no en el derecho. Era único por mi naturaleza y me consideraba tal.

No traté de inquirir el partido que podía sacar de los estudios; y en realidad de nada me han servido sino de aprender métodos. De las matemáticas saqué algún fruto; lo demás me fué absolutamente inútil, pero estudiaba por amor propio. No obstante esta verdad, mis facultades intelectuales se desarrollaban sin advertirlo, consistiendo sólo en la gran movilidad de las fibras de mi cerebro: discurría con más viveza que los demás, sobrándome tiempo para reflexionar, y en esto ha consistido mi profundidad.

Mi imaginación era demasiado activa para distraerse con las diversiones ordinarias de la juventud; y aunque no me extrañaba absolutamente de ellas, buscaba otras cosas de mayor interés. Esta disposición me colocó en una especie de soledad en que no encontraba sino mis propios pensamientos, siéndome habitual en todas las situaciones de mi vida semejante modo de existir.

Me dediqué á resolver problemas, y los buscaba en las matemáticas, pero siendo extremadamente limitado el orden material de ellas, bien pronto encontré multitud de ellos. Traté de sacarlos del orden moral, y ese fué el trabajo que me produjo mejores efectos, haciendo en mí una disposición constante á la que he debido los grandes progresos en política y guerra.

Destinado á las armas por mi cuna; me pusieron en las escuelas militares. Al principio de la revolución obtuve una tenencia, y ningún título he recibido después que me haya causado mayor placer. El colmo de mi ambición se limitaba entonces á llevar algún día una charretera de canelones sobre cada uno de mis hombros, pareciéndome un coronel de artillería el *Non plus ultra* de la grandeza humana.

Era muy jóven en aquel tiempo para tomar interés en materias políticas. Aun no tenía opinión del hombre en masa, y por eso ni me sorprendía, ni atemorizaba el desórden que reinaba en aquella época, no pudiéndola comparar con otra alguna. Me acomodaba con lo que veía, y era fácil á las impresiones. Me destinaron al ejército de los Alpes, que nada hacía de cuanto debe hacer un ejército, puesto que desconocía la disciplina y la guerra, por consiguiente no podía encontrarme en peor escuela. Es cierto que no teníamos enemigos que combatir y que no era otro nuestro encargo que impedir á los piemonteses el paso de los Alpes; cosa demasiado sencilla.

La anarquía reinaba en nuestro campamento: el soldado no tenía respeto alguno al oficial: el oficial tampoco se lo tenía al general, estos cada día eran puestos á merced de los representantes del pueblo, y el ejército no concedía sino á los últimos la idea del poder, que es, entre todas, la mas fuerte sobre el juicio humano. Conocí desde luego el peligro de la influencia civil sobre el militar, y supe precaverme de él.

No se debía al talento, sino á la charlatanería, la adquisición de crédito en el ejército, dependiendo todo de este favor popular que se obtiene á voces; y como jamás mis sentimientos han sido comunes con los de la multitud, que son los que producen la elocuencia de las calles, ni he tenido el talento de conmovier al pueblo, nada suponía en dicho ejército, y tenía más tiempo para entregarme á mis reflexiones.

Estudiaba el arte de la guerra sobre el terreno y no sobre el mapa. La primera vez que me hallé en acción fué en una escaramuza de fusileros al lado del monte Ginebra. Las balas fueron pocas, y mal dirigidas, no causando en los nuestros otro daño que el de algunos heridos. Esta acción no me sorprendió, porque examinándola atentamente, conocí que era despreciable; infiriendo que por ninguno de ambos partidos hubo intención de sacar resultado de aquel tiroteo, practicado sólo por cumplir con el uso de la guerra.

Me desagradó la nulidad de este objeto, y enardecido por la resistencia, reconocí el terreno, tomé el fusil de un herido, y persuadí al capitán que nos mandaba sostuviere el fuego, interin yo iba á cortar la retirada á los Piamonteses. Parecióme fácil ganar una altura que dominaba su posición, atravesando un pequeño bosque sobre que se apoyaba nuestra izquierda. El capitán hizo ganar terreno á su tropa, obligando al enemigo á recular sobre nosotros, en cuyo momento, descubriendo la mía, le causamos mucha molestia en la retirada, matándole algunos hombres y haciéndole 20 prisioneros.

He referido mi primer hecho de armas, no para deducir que me valiese el grado de capitán; sino para dar á entender que me inicié en los secretos de la guerra, conociendo desde aquel momento que era más fácil que lo que yo creía el batir al enemigo, y que este grande arte consistía en no titubear en la acción, y sobre todo, en no emprender sino movimientos decisivos, pues de este modo se conduce mejor al soldado.

Habiendo salido tan bien de esta primera empresa, me creí un hombre experimentado, y desde entonces encontré más atractivos en un ejercicio que tan buenos resultados me ofrecía. Hubiera querido al mismo tiempo estudiar el arte de la guerra en los libros, pero carecía de ellos. Procuraba recordar lo poco que había leído en la historia, y comparaba su relato con

el cuadro que se me presentaba á la vista, haciéndome una teoría de la guerra que el tiempo ha desenvuelto, y jamás desmentido.

Llevé esta vida insignificante hasta el sitio de Tolón, en el que siendo ya jefe de batallón podía como tal, tener alguna influencia sobre su resultado.

Jamás hubo ejército peor dirigido que el nuestro: no se sabía quién lo mandaba: los generales no se atrevían á hacerlo por temor de los representantes del pueblo, y éstos lo tenían todavía mayor á la comisión de Salud pública: los comisarios andaban al pillage; los oficiales se embriagaban y los soldados se morían de hambre; pero se hacían indiferentes á todo, y conservaban su intrepidez: aquel desorden los ponía en el caso de tener más valor que disciplina, y esta experiencia me convenció de que los ejércitos mecánicos nada valen, como ellos mismos lo han acreditado. Todo se hacía en el campo por mociones y por aclamación, y aunque este modo de deliberar era para mí insostenible, no pudiendo impedirlo, caminaba sin intención á mi propósito.

Quizá era yo sólo en el ejército quien se proponía un objeto, pero no tenía otro placer que el llevarlo en todas mis acciones. Me ocupaba en examinar la posición del enemigo y la nuestra: comparaba los recursos morales de ambos partidos, y conocí que los teníamos todos, y los contrarios ninguno; siendo su expedición el fruto de un miserable cálculo cuya catástrofe debió él mismo conjeturar, sin necesidad de otra prueba de debilidad que la previsión anticipada de su derrota.

Yo buscaba los mejores puntos de ataque; calculaba el alcance de nuestras baterías, é indicaba las posiciones que debían ocupar: los oficiales experimentados en la guerra las creían peligrosas; pero ya estaba convencido de que no es la experiencia la que gana las batallas: me obstiné en mi plan y lo presenté á Barrás que lo aprobó, porque quería acabar de una vez, y

porque la Convención no le pedía cuenta de los muertos y heridos; sino de los resultados.

Mis artilleros eran valientes y sin experiencia, que es la mejor disposición del soldado: nuestros ataques surtieron buen efecto, intimidando al enemigo que nada se atrevió á intentar contra nosotros: nos disparaba sin conocimiento algunas balas que cayendo indeterminadamente no nos hacian daño alguno, y por el contrario mis fuegos eran mejor dirigidos, poniendo yo al efecto todo el celo posible, porque del resultado esperaba mis adelantos, y porque me interesaba el buen suceso, sólo por la gloria de tenerle. Pasaba el tiempo en las baterías y dormía en sus espaldones, persuadido de que nada se hace mejor, que lo que se ejecuta por uno mismo. Los prisioneros que hacíamos nos informaban de que en Tolón todo estaba en desórden, y al fin los enemigos abandonaron la plaza de una manera espantosa.

Habíamos contraído méritos en favor de la patria, por cuya razón me hicieron General de Brigada, y casi á un tiempo fuí empleado, denunciado, depuesto y hecho el juguete de las intrigas y de las facciones, hijas de la anarquía que detestaba, y que entonces se hallaba en el más alto grado. Este gobierno asesino era tan contrario á mi carácter, como absurdo y destructor: era una revolución perpetua en que ni aún los que la dirigían podían establecerse de un modo permanente.

Viéndome General sin destino, me dirigí á París, donde únicamente podía obtenerlo, y me hice del partido de Barrás, única persona á quien conocía. Robespierre había muerto, y hallándose Barrás en concepto era preciso que me uniese á quien tenia valimiento.

Se preparaba la empresa de las secciones en lo que yo no tomaba particular interés; porque llamaban menos mi atención los negocios políticos que los de la guerra, y no pensaba en tener influjo en aquellos; pero

Barrás me propuso que mandase bajo sus órdenes, la fuerza armada contra los revoltosos, y no pude menos de aceptar la comisión, prefiriendo ponerme á la cabeza de las tropas en calidad de General, antes que tomar partido en las secciones.

Sólo contábamos con un puñado de hombres y cuatro piezas de artillería para guardar la sala de gobierno, y habiéndose propuesto (por su desgracia) atacarnos una columna de seccionarios, mandé hacer fuego sobre ellos, poniéndolos en fuga y persiguiéndolos hasta entrarse por las gradas de San Roque, á las que no pudo pasar (por razón de la estrechez de la calle) sino una pieza de artillería con la cual se continuó el fuego, dispersando aquella turba, de la que murieron algunos; quedando todo terminado en menos de diez minutos.

Este acontecimiento, aunque pequeño, tuvo grandes consecuencias, pues impidió que la revolución retrogradase, y me puso en el caso de hacerme de su partido, respecto á que ya me había batido por ella: principié á calcularla y me convencí que triunfaría, porque tenía en su favor la opinión, el número y la intrepidez.

Aquella empresa me elevó al grado de General de División, y me dió cierta consideración popular; pero como el partido vencedor no se creía seguro, aun después de la victoria, me obligó á permanecer en París á mi pesar, pues la ambición me inclinaba á hacer la guerra en mi nuevo grado.

A su consecuencia subsistí en París sin relaciones, y sin introducción en otra sociedad que la de Barrás, donde era bien recibido y donde por primera vez conocí á mi esposa, que ha tenido gran influencia en los acontecimientos de mi vida, y cuya memoria me será siempre agradable.

Yo no era insensible á las gracias del bello sexo; pero no había hasta entonces recibido sus halagos, y era

tímido por carácter. Madama de Beauharnais fué la primera que me inspiró confianza, dando principio por dirigirme expresiones interesantes sobre mis conocimientos militares un día que me hallaba á su lado. Este elogio me embriagó en términos que siguiéndola por todas partes, me declaré su apasionado, pero antes de manifestárselo ya toda la sociedad se había penetrado de ello.

Mi pasión se divulgó, Barrás me habló de ella y yo no tuve motivos de negársela: "En este caso (me dijo) es necesario que os caseis con Madama de Beauharnais: teneis graduación de talentos; pero sois sólo, sin relación y sin bienes, nada hay más racional: Madama de Beauharnais es agradable y despejada; pero es viuda en cuyo estado no tienen mérito las mujeres, siendo necesario que se casen para ser apreciables: teneis representación y hareis carrera, y por consecuencia le sois un partido conveniente, ¿Quereis que me encargue de esta negociación?"

Esperé con ansia el resultado, que me fué favorable: Madama de Beauharnais me concedió su mano, y si he tenido momentos de felicidad en mi vida, á ella se los he debido. Después de mi matrimonio variaron mis circunstancias.

Bajo el mando del Directorio se había restablecido un nuevo método de órden social, en el que yo ocupaba un destino bastante elevado, y por lo tanto tenía una legítima ambición para aspirar á todo; sin embargo no aspiraba á otra cosa. que á obtener un mando de jefe, porque nada es el hombre si no se halla revestido de consideración militar: me creía seguro de hacer la mia; porque me conocía instinto guerrero; pero me encontraba sin derecho para solicitarlo: era necesario adquirirlo, y en aquel tiempo no era difícil.

El ejército de Italia se miraba con desprecio, porque á nada se le destinó, y me propuse ponerle en movimiento para atacar al Austria por el punto en

que se creía más segura: esto es por la misma Italia.

El Directorio se hallaba en paz con la Prusia y la España; pero el Austria, pagada por la Inglaterra, fortificaba su milicia y nos hacia frente por el Rhin. Nosotros debíamos hacer una diversión por Italia para debilitar al Austria, para dar una lección á los pequeños príncipes que se habían ligado contra nosotros, y para dar por último á la guerra un carácter decidido que hasta entonces no tenía.

El plan era tan sencillo y de tanta conveniencia al Directorio (que necesitaba de buenos sucesos para lograr reputación) que me dí prisa á presentárselo, temiendo que otro se me anticipase: no experimentó contradicción, y fuí nombrado general en jefe del ejército de Italia, partí á tomar el mando y hallé que, con algunos socorros recibidos de España, tenía una fuerza de cincuenta mil hombres desprovistos de todo, menos de buena decisión que traté de poner á prueba. Pocos dias después de mi llegada, á principios de Abril de de 1896, ordené un movimiento general sobre toda la línea que se extendía desde Niza hasta Savona.

Invadimos en tres dias todos los puestos Austro-Sardos que defendían las alturas de la Liguria, y el enemigo, que había sido atacado de improviso, se reunió y lo batimos en Montenolle donde lo encontramos el día 10: el 14 lo atacamos en Millesimo batiéndolo de nueve y separando á los austriacos de los piemonteses, que tomaron posición en Mondivi, en tanto que aquellos se retiraban sobre el Pó para cubrir la Lombardia.

En seguida batí á los piemonteses, y en otros tres dias me apoderé de todas las posesiones del Piemonte, hallándome á nueve leguas de Turin cuando remitieron un Ayndante de campo para pedirme la paz. Por la primera vez me consideré, no ya como un simple General, sino como un hombre llamado para tener

influencia en el destino de los pueblos: como un héroe de historia.

La paz trastornaba mis planes que no se limitaban á hacer la guerra en Italia, sino que eran dirigidos á conquistarla: conocía que dando estension al terreno de la revolución, daba también una base más sólida á su edificio, siendo el medio mejor de asegurar su resultado.

La corte del Piamonte nos había cedido todas sus plazas fuertes y entregado su país, siendo por consecuencia dueño de los Alpes y de los Apeninos y estando asegurado de nuestros puntos de apoyo, y tranquilos sobre nuestra retirada. En tan bella posición me dirigí á atacar á los austriacos. Pasé el Pó en Placencia y el Adda en Lodi, lo que no dejó de costarnos alguna dificultad; pero habiéndose retirado Beaulien, entré en Milán. Los austriacos hicieron increíbles esfuerzos por conquistar á Italia, y tuve que deshacer sus ejércitos cinco veces para quitarles toda esperanza.

Dueño de Italia era preciso establecer en ella el sistema de la revolución para unir este país á la Francia por principios é intereses comunes: quiere decir, era indispensable destruir el antiguo régimen para establecer la igualdad, piedra fundamental de la revolución. Para conseguirlo tenía que luchar con el clero, la nobleza, todos sus parciales, y cuantos dependían de ellos, y previendo la resistencia que me opondrían, determiné vencerlos con la autoridad de las armas, sin conmover al pueblo.

Era preciso identificar mi autoridad y mi lenguaje con las grandes acciones que había hecho, y como la revolución desterró de entre nosotros toda especie de dignidad, no podía restituir á la Francia su grandesa, pero al menos le dí el esplendor de las victorias y el idioma del poder.

Quise ser el protector, y no el conquistador de Ita-

lia, y lo conseguí manteniendo la disciplina en el ejército, castigando severamente á los revoltosos, y sobre todo, instituyendo la república Cesalpina. Por medio de esta institución satisface el voto pronunciado por los Italianos, de ser independientes, y les hice concebir grandes esperanzas, cuya realización dependía de que ellos se uniesen á nuestra causa, grangeando de este modo aliados á la Francia; y haciendo esta alianza duradera entre ambos pueblos, porque estaba fundada en servicios é intereses comunes, y porque sus opiniones y objeto eran unos mismos, sin cuya circunstancia habrían conservado su antigua enemistad.

Asegurado por lo respectivo á Italia, nada tenía que temer de introducirme al interior de Austria. Llegué á la vista de Viena, y firmé el tratado de Campo Formio, tan glorioso para la Francia.

El partido que yo favorecí el 18 fructidor, (4 de Septiembre) había quedado dominando la república. Lo favorecí porque era el mio, y porque era el único que podía sostener la revolución, pero á proporción que me ingería en ella, me convenía de ser indispensable llevarla á perfección, como fruto del siglo y de las opiniones, porque todo lo que entorpeciese su marcha sólo servía para prolongar la crisis.

La paz estaba ya hecha en el continente, y sólo permanecían las hostilidades con Inglaterra, pero hostilidades que nos constituían en inacción por falta de campo de batalla. Yo conocía hasta la evidencia mis recursos, pero no tenía donde emplearlos, y cierto de que para llamar la atención era indispensable emprender cosas extraordinarias (porque los hombres se pagan de lo maravilloso) determiné la expedición de Egipto, que aunque se ha querido atribuir á profundas combinaciones de parte mía, no tuve otra que la de no permanecer ocioso despues de la paz que acababa de concluir.

Esta expedición debía dar al universo una gran idea del poder de la Francia, y llamar la atención sobre el jefe que la intentaba; debía sorprender á la Europa resolución tan animosa, y eran más que suficientes motivos para llevarla á efecto, aunque yo no tenía el menor deseo de destronar al Gran Turco, ni de hacerme Bajá. Preparé la partida con un profundo sigilo, cual era necesario á su buen éxito, y á dar un carácter singular á la expedición.

Habiéndonos hecho á la vela me pareció oportuno destruir de paso la caballería de Malta, dedicada al servicio de los ingleses, por temor de que algunos restos de su antigua gloria la estimulasen á presentarnos oposición y causarnos retraso; pero por fortuna se rindieron con más ignominia que yo me había prometido.

La batalla de Aboukir destruyó nuestra escuadra, dejando dueño de los mares á los ingleses, desde cuyo momento pronostiqué que la expedición terminaría en una catástrofe, porque todo ejército que no se refuerza, acaba por capitular tarde ó temprano, pero era indispensable mantenerse en Egipto, puesto que no podía salir de allí, y aún me produjo fruto el hacer de la necesidad virtud.

Me encontraba con un buen ejército: era necesario ocuparlo, y sin otro motivo conquisté el Egipto, abriendo á las ciencias el más bello campo que jamás habian disfrutado. Los soldados estaban algo sorprendidos de hallarse en el patrimonio de Sesostris, pero sacaron partido de esto mismo; porque los divertía la extrañeza de ver un francés en medio de aquellas ruinas.

Nada tenía ya que hacer en Egipto, y me pareció curioso intentar la conquista de Palestina, cuya expedición era seductiva por lo que se encontraba de fabuloso, pero mal instruido de los obstáculos que se opondrían; llevé poca tropa, Situado al otro lado del

desierto supe que se habian reunido fuerzas en San Juan de Acre, y no pudiendo despreciarlas, me dirigí á ellas. Conocí por la resistencia que se hizo en la plaza, que estaba defendida por un ingeniero francés, me vi comprometido á levantar el sitio; haciendo una retirada penosa. Luché por la primera vez con los elementos, pero logré no ser vencido.

De vuelta á Egipto recibí (por la via de Tunez) diarios que me hicieron conocer el deplorable estado de la Francia, el envilecimiento del Directorio, y los progresos de la Coalición. Creí ser útil segunda vez á mi país. Nada me detenía en Egipto, cuya empresa habia terminado: y considerando suficiente cualquier general para formar una capitulación que el tiempo haria inevitable, partí sin más intención que la de ponerme otra vez á la cabeza de los ejércitos y conducirlos á la victoria. Desembarqué en Fréjus, y mi presencia excitó el entusiasmo popular. Mi gloria militar aseguraba á todos los que temian ser batidos, y como por donde quiera que pasaba se agolpaban los pueblos, dando á mi viaje un verdadero carácter de triunfo, comprendí desde mi llegada á Paris, que lo podía todo en Francia.

La debilidad del gobierno la habia conducido á los bordes del precipicio, y la hallé en anarquía. Todos se apresuraban á salvar la patria, proponiendo al efecto planes que me confiaban, considerándome como el punto de apoyo de las conspiraciones. No habia un hombre al frente de aquellos proyectos, que fuese capaz de manejarlos, y contaban conmigo porque necesitaban una espada. Yo no contaba con nadie, y estaba en libertad de seguir el plan que mejor me conviniere.

La fortuna me conducía á la cabeza del Estado; iba á encontrarme árbitro de la revolución porque no quería ser su jefe: esta investidura no me convenia. Llamado á preparar la suerte futura de la Francia, y aca-

so la del mundo, antes de hacer la guerra tenía por indispensable el establecer la paz, apagar las facciones, y poner los cimientos á mi autoridad, siendo necesario dar movimiento á esta gran máquina que se llama gobierno. Conocía el peso de la residencia que á ello se oponía, y hubiera preferido el simple ejercicio de la guerra, porque apreciaba la autoridad de un cuartel general, y la agitación de un campo de batalla. Veía por último en mí, más disposición para llevar á colmo la influencia militar de la Francia, que para gobernarla; pero me hallaba indeciso sobre el partido que debería abrazar, conociendo que la dominación del Directorio tocaba á su fin; que era preciso sustituirle una autoridad respetable para salvar el Estado, y que ninguna hay que lo sea tanto como la militar: que al Directorio no podía reemplazarlo sino yo, ó la anarquía, y que siendo la elección de la Francia bien poco dudosa, la opinión pública confirmaba la mía. Propuse que sostuviese al Directorio un Consulado (tan lejos estaba entonces de concebir la idea de un poder soberano). Los republicanos fueron de parecer que se eligiesen dos cónsules, y yo pedí que fuesen tres, porque no quería tener competidor, y me pertenecía de derecho el primer lugar en aquel tercio, que era todo lo que apetecía.

Los republicanos desconfiaron de mi propuesta, porque entrevieron un principio de dictadura en este triunvirato, y se coligaron contra mí. Ni aun la concurrencia de Sieyes les daba seguridad: éste se hallaba encargado de formar una Constitución, pero los jacobinos tenían más temor á mi espada, que confianza en la pluma de su viejo abate.

Todos los partidos se redujeron entonces á dos bandos; en el uno se encontraban los republicanos opuestos á mi elevación, y en el otro estaba toda la Francia que la pedía; siendo inevitable en aquella época, porque la mayoría lleva siempre consigo el triunfo.

Los primeros habían establecido su cuartel general en el Consejo de los 500, donde hicieron una buena defensa, y fué necesario ganar la batalla de St. Cloud para dar fin á esta revolución, en la que hubo momento que creí se hiciese por aclamación.

El voto común acababa de darme la primera dignidad del Estado, y la resistencia que se había opuesto no me causaba inquietud, porque procedía de gente contra quien obraba la opinión. Los realistas en nada se mezclaron, acomodándose con las circunstancias, y la masa de la nación tenía en mí su confianza, porque estaba cierta de que la revolución no podía tener mejor garante. Yo carecía de fuerza, si no me colocaba á la cabeza de sus intereses, pues si la hacian retrogradar, me hubiera encontrado en la situación de los Borbones.

Todo debía ser nuevo en la naturaleza de mi poder, con objeto á alimentar la ambición general, pero este poder tenía el defecto de no hallarse clasificado. Por la Constitución no era yo otra cosa que el primer Magistrado de la República, pero un Magistrado que en lugar de bastón, tenía espada por divisa de su autoridad. Mis derechos constitucionales eran incompatibles con el ascendiente de mi carácter y acciones: el pueblo lo conocía como yo, y no pudiendo permanecer aquel estado de cosas, cada uno tomaba sus medidas.

Rodeado de más cortesanos que los que necesitaba, no tomaba interés en mi engrandecimiento al paso que lo tenía y mucho, en la situación material de la Francia. Nosotros nos habíamos dejado batir; la Austria había reconquistado la Italia, y destruido mi obra; no teníamos ejército para tomar la ofensiva; no había un sueldo en las cajas del Estado, ni medio alguno de proveerlas; la conscripción se ejecutaba á placer de los corregidores; Sieyes nos había hecho una Constitución apática é insignificante que á todo ponía trabas cuanto constituyese la fuerza de un Esta-

do se hallaba aniquilado, y sólo existía lo que causaba su debilidad; obligado por mi posición, creí deber pedir la paz. La podía pedir de buena fe, porque entonces era para mí una fortuna y más tarde hubiera sido una ignominia.

M. Pitt la rehusó, cometiendo la falta más grosera en que jamás ha incurrido hombre de Estado; perdió el único momento en que los aliados hubieran podido concluirla con seguridad, pues en el hecho de pedirla la Francia se reconocía vencida, y los pueblos se ponían á cubierto de todos los reveses, menos del de consentir su oprobio. M. Pitt la rehusó, y con este procedimiento me excusó un error imperdonable, é hizo extensivo el imperio de la revolución en toda la Europa. Imperio que ni aun mi caída ha llegado á destruir. Si él hubiera querido entonces abandonar la Francia á sí misma, la hubiera reducido á sus límites.

Me fué necesario hacer la guerra; Massena se defendía en Génova, pero los ejércitos de la República no se atrevían á repasar el Rhin ni los Alpes; era necesario entrar en Italia y en Alemania, para dictar segunda vez la paz al Austria: tal era mi plan; pero no tenía soldados, cañones ni fusiles. Llamé los conscriptos, hice fabricar armas, desperté el sentimiento de honor nacional (que entre los franceses no ha hecho jamás otra cosa que adormecerse), y junté un ejército, la mitad de él vestido de paisano; la Europa se reía de mis soldados, pero pagó bien caro aquel momento de placer.

Sin embargo, no pudiéndose emprender abiertamente una campaña con semejante ejército, era necesario á lo menos atemorizar al enemigo y aprovechar de su sorpresa. El General Suchet lo traía hacia las gargantas del Niza. Massena prolongaba de día en día la defensa de Génova y yo partí avanzando hacia los Alpes. Mi presencia y el tamaño de la empresa, reanimó á los soldados; ellos estaban descalzos, pero no había uno que no quisiese ser el primero.

En ningún tiempo de mi vida he probado sensación igual á la que tuve al penetrar en las gargantas de los Alpes; los ecos repetían los gritos del ejército y me anunciaban una victoria, aunque incierta, muy probable; volvía á ver la Italia, teatro de mis primeras empresas; mis cañones trepaban lentamente por aquellas rocas; mis primeros granaderos alcanzaron, al fin, la cima de San Bernardo, y arrojando al aire sus sombreros guarnecidos de rojas plumas, dieron innumerables gritos de alegría; se nos flanquearon los Alpes, y bajamos precipitados como un torrente.

El General Lannes que mandaba la vanguardia, marchó á tomar á Ivree, Verceil y Pavia, asegurando el paso del Pó que hizo el ejército sin obstáculo. Soldados y generales éramos todos jóvenes y tratábamos de hacer fortuna; despreciábamos las fatigas y los riesgos, y á nada dábamos importancia sino á la gloria, que en ninguna parte se adquiere sino en el campo de batalla.

Al ruido de mi llegada, los austriacos maniobraron sobre Alejandría, y amontonados en esta plaza, en el momento en que yo aparecí al frente de las murallas, sus columnas se desplegaron delante de la Bormida. Las hice atacar; su artillería era superior á la mía, y quebrantó nuestros batallones, haciéndoles perder terreno; la línea la conservaban sólo dos batallones de la Guardia y la división 45, pero yo esperaba cuerpos que marchaban en escalones; llegó en efecto la división de Dessaix y se reunió toda la línea. Dessaix formó su columna de ataque y tomó á Marengo, donde se apoyaba el centro del enemigo, habiendo sido muerto este gran General en el momento en que decidía una inmortal victoria.

El enemigo se acogió bajo las murallas de Alejandría. Los puentes eran demasiado estrechos para pasarlos, y esto causó un horrible desorden; tomamos mucha artillería y batallones enteros. Rechazados los

austriacos á la parte de allá del Tánaro, sin comunicación, sin retirada; amenazándolos por la espalda Massena y Suchet; y teniendo á su frente un ejército victorioso, recibieron la ley. Mélas imploró capitulación, y la que se le concedió no tiene ejemplo en los fastos de la guerra; toda la Italia me fué restituida y el ejército vencido vino á rendir sus armas á los pies de nuestros conscriptos.

Aquel día fué el más bello de toda mi vida, porque fué uno de los más gloriosos para la Francia; todo había cambiado en su favor, iba á gozar de una paz que había conquistado, iba á disfrutar del sueño del león, iba á ser dichosa por su grandeza. Las facciones debían extinguirse porque la brillantez de los sucesos las sofocaba; el Vandée se tranquilizaba; los jacobinos se veían precisados á felicitarme en la victoria, que cedía en su provecho, y desaparecieron mis rivales.

El riesgo común y el entusiasmo público, habían reunido por un momento los partidos; y la seguridad los dividió, y como donde no hay un centro de poder irresistible, se encuentran hombres que esperan apropiárselo, sucedió esto con el mío. Mi autoridad no era otra cosa que una Magistratura temporal, y por consiguiente destructible; los que tenían vanidad y se creían con talentos me declararon la guerra, escogiendo el Tribunado por su plaza de armas, desde donde me atacaban bajo el nombre de poder ejecutivo. Si yo hubiera cedido á sus declamaciones habría venido á tierra el Estado, que se hallaba con demasiados enemigos para dividir sus fuerzas y perder el tiempo en palabras; se acababa de sufrir una fuerte prueba, que aun no había sido suficiente para imponer silencio á los hombres que prefieren los intereses de su orgullo á los de la patria, pues se habían empeñado en hacerse partido popular, rehusando las imposiciones, desacreditando el gobierno, obstruyendo sus determinaciones é impidiendo la recluta de tropas.

A este paso en quince días hubiéramos sido presa del enemigo, pues no teníamos fuerzas que oponerle; mi poder estaba poco afianzado para ser invulnerable y el Consulado iba á acabar como el Directorio, si yo no hubiera destruido aquella oposición por un golpe de Estado. Depuse á los tribunos facciosos, á lo cual se dió el título de *eliminar*, y fué palabra que tuvo buena suerte.

Este pequeño acontecimiento (que hoy seguramente está olvidado) mudó el sistema de la Francia porque me obligó á romper con la república, que no debía considerarse existente desde el momento que la representación nacional dejó de ser inviolable. Semejante trastorno se hacía preciso, atendida la situación de la Francia en sí misma y respecto á la Europa. La revolución tenía interior y exteriormente enemigos demasiado enfurecidos que la obligaban á tomar una forma Dictatoria, como lo hicieron todas las repúblicas en los momentos de riesgo, y no siendo bueno sino en tiempo de paz, el equilibrio en las autoridades, cada vez que corría peligro la mía era preciso robustecerla para precaver las recaídas; quizá hubiera hecho mejor en abrogarme la Dictadura, ya que se me tachaba de aspirar á ella; cada cual habría hecho su juicio sobre lo que se llamaba mi ambición, y sin duda hubiera sido útil, porque la imaginación representa á los monstruos, mayores de lejos que de cerca; la Dictadura ofrecía la ventaja de impedir presagios futuros, de fijar la opinión y de intimidar al enemigo, haciéndole conocer la resolución de la Francia; pero yo no tenía necesidad de recibir esta autoridad de oficio, porque conocía que por sí misma venía á depositarse en mis manos, y que la ejercía de hecho aunque no de derecho, siendo suficiente para pasar la crisis y salvar la Francia y la revolución.

Mi deber me impelia á terminar esta revolución, dándole un carácter legal para que fuese reconocida y

legitimada por el derecho público de la Europa. Todas las revoluciones han pasado por los mismos trámites y la nuestra no podría disfrutar excepción, sino que por el contrario debía á su tiempo entrar en alternativa. Sabía que antes de proponerlo debía fijar los principios, consolidar la legislación y destruir sus excesos; me creía bastante para lograrlo, y no me engaño.

La revolución tenía por objeto la extinción de clases, ó lo que es lo mismo, la igualdad, y yo la respeté; la legislación debía arreglar sus principios, y yo establecí leyes en este concepto; los excesos se manifestaban en las facciones, yo los desprecié y desaparecieron; se mostraban también en la destrucción del culto, yo lo restablecí; en mantenerse emigrados los que lo estaban, yo les concedí amnistía; en el desorden general de la administración pública, yo la arreglé; en la ruina de la hacienda nacional, yo la restauré; en la falta de una autoridad capaz de contener á la Francia, yo le di esta autoridad, tomando las riendas del Estado.

Pocos hombres han hecho tanto como yo hice entonces, en tan poco tiempo. Algún día referirá la historia lo que era la Francia á mi advenimiento, y lo que era cuando dió la ley á la Europa.

No tuve necesidad de emplear un poder arbitrario para llenar tan extraordinarios objetos. Tal vez hubiera encontrado oposición en ejercitarlo, pero nunca lo quise, porque he detestado la arbitrariedad en un todo, como amante del orden y de las leyes. Establecí muchas, y las establecí severas y precisas, pero justas, porque la ley que no conoce excepción no puede menos de serlo. Las hice observar rigurosamente, porque era el deber del trono, pero las respeté; ellas me sobrevivirán, esta es la recompensa de mis tareas.

Todo parecía caminar á medida del deseo. El Estado renacía, el orden se reformaba, yo me ocupaba con

ardor en conseguirlo, pero conocía que faltaba una cosa á todo el sistema y era darle solidez.

Cualquiera que fuese mi deseo de consolidar la revolución advertía claramente que era necesario vencer grandes obstáculos para fijarla, porque había contradicción entre el antiguo y el nuevo régimen; estos formaban dos grades partidos, cuyos intereses obraban en sentido inverso, y siendo precario todo gobierno que subsiste en conformidad del antiguo derecho público, porque pugna con los principios de la revolución, aquel no podía excusarse de este riesgo, sino de acuerdo con el enemigo ó destruyéndolo, si se oponía á reconocerlo.

Esta lucha debía decidir en el último de los dos extremos, la renovación del orden social de la Europa; me hallaba á la cabeza de la facción que quería aniquilar el sistema seguido en el mundo desde la caída de los romanos, y por esta razón era el blanco del odio de cuantos tenían intereses en conservar las costumbres góticas. Un carácter menos decidido que el mío hubiera podido vacilar, dejando al tiempo resolver una parte de esta cuestión, pero luego que penetré el fondo de estas dos facciones, desde que ví que ellas dividían el globo como en tiempo de la reforma, conocí que no era posible convenirlas, porque sus intereses rozaban entre sí; comprendí que al abreviar la crisis era facilitar la conformidad de los pueblos con ella y que era necesario tener á nuestro favor más de la mitad de la Europa, para que la balanza se nos inclinase. Yo no podía lograrlo sino por la ley del más fuerte, que es la sola que tiene influjo en los pueblos, y por consiguiente era de rigurosa necesidad que yo poseyese esta fuerza, estando encargado, no sólo del gobierno de la Francia, sino de someter á ella el mundo entero, pues de lo contrario el mundo la hubiera aniquilado.

Jamás he tenido elección en los partidos: siempre

me he dejado conducir de los acontecimientos, porque siempre ha sido grave el riesgo, y el día 31 de Marzo ha dado pruebas del extremo hasta donde debe temerse, y la invencible dificultad de combinar el antiguo con el nuevo régimen.

Facilmente preveía que interin hubiese pariedad de fuerzas en ambos sistemas, tendrían entre sí guerra pública ó secreta; la paz que ellos acordasen no sería sino pausa para tomar nuevo aliento, y la Francia como cabeza de la revolución debía adoptar medidas para resistir la tempestad; por consecuencia debía tener unidad en su gobierno para ser poderosa; unión en la nación para que todos sus medios se dirigiesen á un mismo objeto, y confianza en el pueblo, para que consintiese los sacrificios indispensables que asegurasen su conquista; pero todo era precario en el sistema del Consulado, porque nada ocupaba su verdadero lugar. Existía una república en el nombre, una soberanía en el hecho, una representación nacional débil, un poder ejecutivo fuerte, autoridades sometidas y un ejército preponderante,

Nada camina con perfección en un sistema político cuando las palabras se hallan en oposición con los hechos; el gobierno se desacredita si continuamente hace uso de la mentira, cae en el menosprecio que inspira lo falso, porque lo que es falso es débil: no se puede llevar adelante la astucia en la política, porque los pueblos ven muy de lejos; los papeles públicos dicen demasiado, y no hay más secreto que el de ser fuerte para conducir al mundo porque en la fuerza no hay ni error ni ilusión.

Yo conocía la debilidad de mi situación y la ridiculez de mi consulado; era necesario establecer una base sólida que sirviese de punto de apoyo á la revolución, y al efecto me hice nombrar Consul perpetuo. Esta era una dominación pasajera é insuficiente en sí misma, porque señalaba término en lo porvenir y

nada ofende tanto la confianza, como la previsión de un cambio, pero era bastante para el momento en que se estableció.

Durante la tregua de Amiens aventuré una expedición imprudente que con razón ha merecido la crítica porque nada valía en su esencia. Intenté recuperar á Santo Domingo y tenía legítimos motivos para ello, pues los aliados aborrecían demasiado á la Francia, para que ésta se arreviese á permanecer en inacción durante la paz: era necesario que siempre fuese temible; era preciso dar pábulo á la curiosidad de los ociosos, y mantener el ejército en constante movimiento para impedir se en torpeciese; por último, yo quería hacer un ensayo de la Marina. La expedición fué mal conducida, según ha sucedido con las demás empresas á que yo no he asistido, pero el mal venía de otra parte, pues era fácil comprender que el Ministerio Inglés se proponía romper la tregua, y si hubiéramos reconquistado á Santo Domingo, habría sido trabajar para ellos.

Cada día tomaba aumento mi seguridad, pero el acontecimiento del 3 Nivose (23 de Diciembre) me dió á conocer que estaba sobre un volcán; aquella conspiración fué imprevista y la única que la policía no pudo descubrir con tiempo; no tuvo confidentes, y por eso llegó á verificarse. Escapé de ella milagrosamente, pero los testimonios del afecto público que se me manifestó entonces, me recompensaron con exceso. Los conspiradores escogieron mala ocasión, pues nada había en Francia preparado en favor de los Borbones.

Se buscaron los culpables, y aseguró con toda verdad, que no acusaba sino á los *Brutus de Coin* (1)

(1) En la época á que se refiere era conocido en Francia el rincón de la calle de San Nicasio, donde se reunían toda clase de malvados, y por eso sin duda

porque en tratándose de crímenes siempre estaba dispuesto á atribuírselos; pero me admiré cuando á consecuencia de las averiguaciones se probó que era á los realistas, á quienes debían las gentes de la calle de San Nicasio el favor de haber volado. (1)

Creía que los realistas era hombres de bien, porque nos acusaban de no serlo nosotros; y sobre todo los tenía por incapaces de la audacia y maldad que suponía un proyecto de aquella clase; por lo demás no tuvo intervención en él sino un corto número de ladrones. Esta especie ha sido ponderada, pero muy poco tomada en consideración.

Los realistas, absolutamente olvidados desde la pacificación del Vendée, volvieron á aparecer en el horizonte político, y esto era una consecuencia natural del acrecentamiento de mi autoridad; pues haciendo yo renacer los derechos del trono, favorecía su causa. Ellos no dudaban que mi monarquía no tenía semejanza con la suya. La mía consistía toda en el hecho, y la suya en el derecho. La de ellos se fundaba en la costumbre, y la mía prescindía de ella. Esta corría á par con el genio del siglo, y aquella aspiraba á sujetarlo.

Los republicanos se asombraban considerando la grandeza á que me elevaron las circunstancias, y desconfiaban del uso que yo iba á hacer de aquel poder. Temían que auxiliado de mi ejército les repusiese un trono del tiempo antiguo. Estas voces eran fomentadas por los realistas, que se divertían en presentarme como un imitador de los anteriores monarcas. Otros

atribuyó Napoleón á esta gente la ejecución de la máquina infernal, llamándoles *Brutus* por el conocido asesino de Julio Cesar.

(1) Es bien notorio que en la calle de San Nicasio fué donde estaba preparada la mina llamada máquina infernal á que dieron fuego después de haber pasado el coche de Napoleón.

realistas más astutos esparcían sordamente la especie de ser yo entusiasta del roll de Monk. (1) y que trataba de restablecer el poder para rendirlo en homenaje á los Borbones, cuando estuviese en estado de tributárselo.

Los de mediano talento, que no conocían la extensión de mi poder, daban crédito á estos rumores, haciendo valer el partido realista y desacreditándose con el pueblo y el ejército que ya empezaban á dudar de mi adhesión á su causa; y la tendencia que estas opiniones tenían á desunirnos me obligaban á cortarlas. A toda costa era indispensable desengañar á la Francia, á los realistas y á la Europa, para que hiciesen de mí el debido concepto, y se convenciesen de que una persecución individual contra los promovedores no causa buen efecto, porque no ataca el mal en su raíz, además de que este medio se hacía impracticable en aquel siglo en que el destierro de una mujer conmovió toda la Francia.

Por mi desgracia ocurrió en este momento decisivo uno de aquellos golpes de casualidad que trastornan las mejores resoluciones. La policía descubrió ciertos manejos de los realistas, cuyo foco existía á la otra parte del Rhin, y en los que se hallaba implicada una testa coronada. Todas las circunstancias de este acontecimiento convenían de un modo increíble con las que me conducían á intentar un golpe de Estado. Determiné la muerte del duque de Enghein porque decidía la cuestión que agitaba á la Francia, y fijaba mi suerte.

(1) Jorge Monk, Duque de Albemarle, valiente general inglés, célebre por haber restituido á su trono y reinos á Carlos II. También conocido por autor de varios escritos militares y políticos. Nació en Potheridge, provincia de Devoushire, Inglaterra, en 1608, y falleció en 1670.

Un hombre de gran talento ha dicho que aquel atentado fué más bien que un crimen, un error, y sin que ofenda á este personaje, digo que fué un crimen y no un error, pues conozeo bien el valor de las palabras. El delito de este desgraciado príncipe estaba reducido á miserables intrigas con algunas viejas baronesas de Strasbourg, pero se proponía objeto; estas intrigas fueron expiadas, y aunque no amenazaban la seguridad de la Francia, ni la mía, murió víctima de la política, y de un concurso inaudito de circunstancias. Su muerte no fué un error, porque todas las consecuencias que yo tenía previstas se realizaron.

La guerra había empezado de nuevo con Inglaterra, porque esta potencia no es posible que permanezca en paz por mucho tiempo. Su territorio es demasiado estrecho para su población, y para subsistir necesita hacer monopolio en las cuatro partes del mundo, siendo sólo la guerra la que le proporciona el derecho de preponderar en los mares, y su única salvaguardia.

Esta guerra se hacía con lentitud por falta de campo de batalla, y la Inglaterra se veía precisada á costearla en el continente, pero aún no era tiempo. La Austria se hallaba tan escarmentada, que los ministros no se atrevían á proponerla desde luego, por mucho deseo que tuviesen de adquirir: la Prusia se enriquecía con mantenerse neutral; la Rusia había hecho una fatal experiencia de ella en Suiza; la Italia y la España habían entrado poco en mi sistema, y á consecuencia de todo, el continente se hallaba en inacción.

A falta de otro mejor, emprendí el proyecto de desembarco en Inglaterra; jamás pensé en realizarlo porque hubiera sido un delirio; no porque el material desembarco no fuese posible, sino porque no lo era la retirada. No hubo un inglés que no se armase para salvar el honor de su país, y si el ejército francés hu-

biera sido abandonado á su placer, habría acabado por perecer ó capitular. En Egipto pude hacer esta prueba, pero en Londres era arriesgar mucho.

Como no me costaba nada amenazar, y no sabía qué hacer con mis tropas, me era indiferente tenerlas en guarnición sobre las costas ó en otra parte, y aquel solo aparato obligó á la Inglaterra á ponerse sobre un pié de defensa ruinoso. A lo menos saqué esta ventaja.

En venganza se formó contra mí una conspiración de la que puedo atribuir el honor á los príncipes emigrados, porque era verdaderamente Real; habían puesto en movimiento un ejército de conspiradores, y esto fué bastante á que tuviésemos noticia de ella en 24 horas, tal era la diligencia de los confidentes. A pesar de que yo quería castigar á los que intentaban transformar el Estado (delito contra las leyes divinas y humanas) me ví obligado para determinar su arresto, á esperar que se reuniesen contra ellos pruebas incontestables.

Pichegrú se hallaba á la cabeza de esta conspiración; este hombre, que tenía más valor que talento, había querido jugar el roll de Monk y caminaba á su ruina. El proyecto me inquietaba bien poco, porque conocía su extensión y que no tenía de su parte la opinión pública. En aquella ocasión me hubieran asesinado los realistas, si no hubiesen procedido tan aceleradamente, y hubieran reflexionado que cada cosa tiene su tiempo.

Conocí bien pronto que Moreau tenía parte en aquella trama, y este era un particular muy delicado, porque disfrutaba de una popularidad colosal, y era preciso ganarlo. Tenía demasiada reputación para que hiciésemos buena liga. No admitía combinación el que yo lo fuese todo y el nada, y siendo necesario encontrar un medio honesto de separarnos, él lo proporcionó.

Se ha asegurado que yo estaba celoso de su gloria. Lo estaba bien poco, pero él sí mucho de mí, y con razón. Lo apreciaba porque era buen militar. Tenía por amigos á todos los que no me amaban (que no eran pocos). Si él hubiese muerto lo hubiera constituido en héroe, y yo no quería hacerlo más que lo que era, esto es, un hombre nulo. En efecto lo logré. La ausencia le perdió, los amigos lo olvidaron y no se han vuelto á acordar de él.

Los demás culpables exigían menos consideraciones; estos eran todos los habituados á las conspiraciones, y era necesario purgar de una vez á la Francia de esta clase de hombres, lo cual no se había verificado antes, porque no habían vuelto á presentarse desde las primeras conmociones.

Me veía abrumado de solicitudes: todas las mujeres de París lloraban su viudez y los niños su orfandad: se pretendía el perdón general, y yo tuve la debilidad de destinar algunos culpables á las prisiones de Estado, en lugar de abandonarlos á la justicia.

Aún en el día me reprendo esta indulgencia; porque en un soberano es siempre una debilidad culpable, siendo el único deber que tiene hacia el Estado el de hacer observar las leyes; toda transacción que se hace con el crimen, es criminal de parte del trono, y el derecho de hacer gracia jamás debe de ejercitarse con los culpables, sino reservarse para los casos desgraciados, que absuelve la conciencia, aunque la ley los condene.

Se encontró á Pichegrú ahogado en su cama, y aunque no tuve la menor parte en este hecho, no faltó quien dijese que había sido ejecutado de orden mía. Aun no sé por qué substrahe del merecido juicio á este criminal, supuesto que no valiendo más que los otros tenía un tribunal para sentenciarlo, y soldados para pasarlo por las armas. No intervine en su muerte, porque nada he hecho inútil en mi vida.

En proporción del riesgo que había corrido creció mi autoridad. Nada había preparado en Francia para una revolución, antes por el contrario advertía en los procedimientos de los realistas, el camino que debía conducirla á la anarquía y á la guerra civil, males de que se quería preservar á toda costa, reuniéndose á mí para descansar al abrigo de mi espada, en la que fundaba su garantía. El voto público (la historia no desmentirá esta aserción). El voto público me llamaba á reinar sobre la Francia.

No podía durar la forma republicana, porque no se establecen repúblicas de antiguas monarquías. La Francia quería su grandeza, y para sostener el edificio de ella era necesario exterminar las facciones, consolidar la obra de la revolución, y fijar para siempre los límites del Estado; y como yo solo podía llenar estos objetos, la Francia quería que yo reinase en ella.

Yo no podía ser Rey, porque era un título envejecido que llevaba consigo ideas mal admitidas, por consecuencia mi dictado debía ser nuevo, como lo era la naturaleza de mi poder, y no siendo el heredero de los Borbones, era necesario ser mucho más para sentarse sobre su trono, en virtud de lo cual tomé el título de Emperador, porque era más grande y menos limitado.

No se ha visto revolución más apacible que la que trastornó aquella república, por la que se había derramado tanta sangre, y el motivo no fué otro que el haberse conservado el objeto, mudando sólo la palabra, por esta razón los republicanos no temieron el imperio; además de que las revoluciones que no desarreglan los intereses comunes, siempre son pacíficas.

Terminada, en fin, la revolución se hacía inalterable bajo una dinastía permanente, porque la república no había satisfecho más que las opiniones, y el imperio garantía las opiniones y los intereses.

Estos intereses eran los de la mayoría, pero prote-

giendo las instituciones del imperio la igualdad, existía la democracia de hecho y de derecho, restringiendo sólo la libertad (que nada vale en tiempo de crisis) supuesto que sólo la disfrutaba la alta clase, cuando por el contrario, la igualdad es extensiva á todas ellas. Esta es la razón por qué mi poder permaneció popular, aun en los reveses que han arruinado á la Francia.

Mi autoridad no deseaba, como las antiguas monarquías, sobre las clases y cuerpos intermediarios. Era reciente y no tenía otro apoyo que ella misma, porque en el imperio no había otra cosa más que la nación y yo, aunque en la nación todos eran igualmente llamados al desempeño de las funciones públicas; á nadie servía de obstáculo su origen; y todos influían directamente en el Estado, que es lo que constituyó mi poder.

No fué este un sistema inventado por mí, sino precedente de las ruinas de la Bastilla, como resultado de la civilización y de las costumbres que el tiempo había dado á la Europa, y en vano se trataría de destruirlo, porque lo sostendría la fuerza de los acontecimientos, y porque los hechos siempre se fijan donde se halla aquella; que no existía ya en la nobleza desde que permitió á la tercera clase llevar las armas, y no quiso ser la única milicia del Estado.

La fuerza no existía en el clero ni en la nobleza, porque la nobleza ni el clero, se hallaban en estado de llenar sus funciones; esto es, de servir de apoyo al trono. No estaba en las rutinas ni en las preocupaciones, porque se había hecho conocer á los pueblos que ya no había ni preocupaciones ni rutinas, mas hubo disolución en el cuerpo social mucho tiempo antes de la revolución, y no podía dejar de haber relación entre las palabras y las cosas.

El destierro de las preocupaciones puso en descubierto el origen de los poderes que manifestaron su

debilidad, y fueron destruidos al primer ataque. Era indispensable rehacer la autoridad bajo otro plan que prescindiese del auxilio de las habitudes y preocupaciones, y no habiéndosele transmitido derechos algunos, debía consistir sólo en el hecho, ó lo que es lo mismo, en la fuerza.

Yo no subí al trono como un heredero de las antiguas dinastías, para sentarme en él bajo el prestigio de la ilusión, sino para afirmar las instituciones que el pueblo deseaba; para formar leyes de acuerdo con las costumbres; para hacer la Francia formidable y mantener su independencia.

La ocasión no tardó en presentármese. La Inglaterra se hallaba fatigada por la permanencia de mis tropas en las fronteras, y quería á cualquier precio evitarla, buscando aliados en el continente á costa de grandes sacrificios pecuniarios, que era el único medio de encontrarlos.

Las antiguas dinastías estaban asombradas de verme sobre el trono, y por más político que fuese el trato que manteníamos, conocían muy bien que yo no pertenecía á su rango, y que si reinaba era en virtud de un sistema que destruía el altar que el tiempo les había consagrado. Yo solo, era una revolución. El imperio los amenazaba tanto como la república, y aún lo temían más, porque era más poderoso. En esta virtud su plan político era el atacarme lo más pronto posible, antes que yo reuniese mis fuerzas; y los acontecimientos de la lucha que iba á presentarse, llamaban toda mi atención, y debían ponerme de manifiesto la extensión del odio que me profesaban, dándome á conocer cuáles de los soberanos se decidían por temor al sistema del imperio, y quiénes preferirían morir á entrar en transacciones con él.

Estas luchas debía causar nuevas combinaciones políticas en la Europa, y yo debía sucumbir, ó ser el árbitro de ellas. Acababa de reunir el Piamonte á la

Francia, porque era necesario que la Lombardía se apoyase en el imperio. Este hecho fué censurado de ambición, y sirviendo de señal al combate, se preparó el campo para darlo.

La batalla debía ser cruel, pues los austriacos preparaban todas sus fuerzas, y los rusos estaban decididos á reunir las suyas. El joven Alejandro acababa de subir al trono, y como los niños apetecen siempre hacer lo contrario de lo que hicieron sus padres, me declaró la guerra porque aquel había hecho la paz. No podía haber otro motivo, porque nosotros nada teníamos que hacer con los rusos, á quienes aún no había llegado su turno; pero las mujeres y los cortesanos lo decidieron así. Ellos creyeron hacer una cosa buena, porque yo no era persona de moda en el mundo, y dieron principio [sin saber lo que hacían] al sistema á que deberá la Rusia su grandeza.

Jamás la coalición abrió la campaña con menos acierto: los austriacos creyeron sorprenderme; pero no lo lograron. Inundaron la Baviera sin esperar la llegada de los rusos, y vinieron á marchas forzadas sobre el Rhin: mis columnas habían dejado el campo de Boloña, y atravesado la Francia, pasando el Rhin en Strasbourg; nuestra vanguardia encontró á los austriacos en Ulm, y los arrolló: yo marchaba sobre Viena á paso de camino, entrando en ella sin obstáculo; y olvidado un general austriaco de cortar los puentes del Danubio, me dejó pasar el río. De todos modos lo hubiera pasado; pero así llegué más pronto á la Moravia.

Los rasos desembocaban á este tiempo, y las reliquias de los austriacos corrieron á refugiarse bajo sus banderas. El enemigo quiso sostener á Austelitz, y fué batido; los rusos se retiraron en buen orden, y me dejaron el imperio de Austria. El Emperador Francisco solicitó de mí una entrevista, y se la concedí en un foso: me pidió la paz, y se la acordé, porque nada me interesaba su país, que no estaba preparado para la

revolución; pero con objeto á disminuir sus fuerzas, pedí á Venecia para la Lombardía, y el Tirol para la Baviera, reforzando de este modo á mis amigos á expensas de mis contrarios, que era el menor partido que podía sacar.

No era aquel momento para disputar, y por eso se firmó la paz, proponiéndosela al mismo tiempo á los rusos, pero Alejandro la rehusó, esta repulsa era noble, porque aceptando la paz, aceptaba la humillación de los austriacos y rehusándola, acreditaba su firmeza en los reveses, y su confianza en la fortuna; por eso la negativa me dió á conocer que la suerte del mundo dependía de los dos.

Vuelta á empezar la campaña, seguí la retirada de los rusos y llegué á Polonia. Un nuevo teatro se ofrecía á nuestras armas: entrávamos á ver aquellas antiguas posesiones de la anarquía y de la libertad encorbadas bajo un yugo extranjero; y los polacos esperaban mi llegada para sacudirlo.

No hice aprecio del partido que podía sacar de los polacos, y esta es la mayor falta que he cometido en mi reinado. Sin embargo sabía que era necesario levantar este país, para hacer de él una barrera á la Rusia, y un contrapeso al Austria, mas las circunstancias no fueron bastante felices en aquella época para realizar este plan.

Por lo demás los polacos me parecieron poco á propósito para llenar mis intenciones: es un pueblo susceptible de pasiones, é inconstante, en el que todo se hace por fantasía y nada por sistema: su entusiasmo es violento, pero no sabe reglarlo ni fijarlo, y esta nación lleva su ruina en su carácter. Quizá dando á los polacos un plan, un sistema y un punto de apoyo, hubieran podido formarse con el tiempo.

Aunque mi carácter jamás me ha conducido á hacer las cosas á medias, esto fué lo que hice en Polonia donde por otra parte me encontraba mal. Avancé en

el rigor del invierno hacia el país del Norte, cuyo clima no inspiró desconfianza alguna á los soldados, que eran de una moral excelente. Tenía que combatir un ejército maestro en el terreno y clima que me esperaba en las fronteras de la Rusia donde fui á buscarlo, porque no podía dejar debilitar mi tropa en un mal acantonamiento. Encontré al enemigo en Eylau, la acción fué sangrienta y quedó indecisa.

Si los rusos nos hubieran atacado al día siguiente nos habrían batido, pero sus generales (por fortuna) no tuvieron esta inspiración, y por el contrario me dieron tiempo de atacarlos en Freidlan, donde fué la victoria menos dudosa. Alejandro se defendió con valentía, y me propuso la paz, que era honrosa para las dos naciones, porque se habían medido con igual intrepidez. La paz se firmó en Tilsit y se firmó de buena fé. Yo lo atestigüé con el Czar mismo.

Tal fué el éxito de los primeros esfuerzos de la coalición contra el Imperio que yo acababa de fundar. El elevó la gloria de nuestras armas, pero dejó la cuestión indecisa entre la Europa y yo, porque nuestros enemigos no habían sido más que humillados y no fueron destruidos, ni variaron de opinión, por consiguiente nos encontrábamos en el mismo estado; y en el acto de firmar la paz estaba previendo una nueva guerra.

En efecto, era inevitable mientras que la suerte de ella no proporcionase nuevas combinaciones, y mientras los ingleses tuviesen un interés personal en prolongarla.

Era pues, necesario aprovechar el pasajero reposo que acababa de dar al continente, para ensanchar la base de mi Imperio, á fin de hacerlo más sólido y capaz de resistir los ataques sucesivos. El trono era hereditario en mi familia, que empezaba de este modo una nueva dinastía, que el tiempo debía consagrar como ha legitimado á las demás, puesto que desde el

Emperador Carlo Magno no se había dado una corona con tanta solemnidad. Yo la había recibido por el voto de los pueblos y por la sanción de la iglesia, y mi familia, llamada á reinar, no debía permanecer mezclada con el rango de la sociedad, porque hubiera sido una contradicción.

Yo había hecho muchas conquistas y era necesario ligar íntimamente aquellos Estados al sistema del Imperio, á fin de aumentar su consideración política. No hay otros lazos para unir á los pueblos más que los de los intereses recíprocos, y por consiguiente se hacía indispensable establecer una entera comunidad de relaciones entre nosotros y los países conquistados. No se trataba para esto mas que de cambiar su antiguo orden social para darles el nuestro, poniendo á la cabeza de sus nuevas instituciones, soberanos interesados en sostenerlas; y yo llenaba estos objetos, colocando á mi familia en los tronos que se hallaban vacantes.

La Lombardía era el más esencial de aquellos Estados, porque debía estar continuamente expuesta á los resentimientos de la casa de Austria. No quise darle el placer de poner á uno de mis hermanos sobre aquel trono, y siendo yo el solo capaz de llevar la corona de hierro, me la coloqué en las sienes, dando de este modo la mayor confianza á los lombardos, porque hacía su causa, mía propia. Este nuevo Estado tomó el nombre de reino de Italia, porque era un título muy grande é influía demasiado en la imaginación de los italianos.

El trouo de Nápoles estaba vacante. La reina Carlota, después de haber inundado de sangre las calles de Nápoles, y entregado su reino á los ingleses, había sido nuevamente arrojada de él. Faltaba un dueño á este desgraciado país para salvarlo de la anarquía y de las venganzas, y uno de mis hermanos subió á su trono.

La Holanda había perdido mucho tiempo antes la energía que constituye las repúblicas, y por consiguiente no tenía bastante fuerza para conservar esta representación habiendo dado prueba de ello desde el desembarco del año de 99. Yo no debía juzgar que echase de menos la casa de Orange por el modo con que la había tratado. Parecía pues que la Holanda tenía necesidad de un soberano, y la di otro de mis hermanos.

El menor era demasiado joven para contar con él; el cuarto no quería reinar, y se fugó por substraerse de ello.

No quedaba más república que la de Suiza, y no merecía la pena de hacerla cambiar de las reglas á que estaba acostumbrada. Mi autoridad, con respecto á este país, era limitada á impedir que se destrozasen entre sí, sin que me lo hayan agradecido.

Formando de este modo Estados aliados de la Francia y dependientes del imperio, debía al mismo tiempo reunir á la madre patria otra porción de territorios para conservar su preponderancia sobre todo el sistema. Con este objeto había reunido el Piamonte á la Francia, y no á la Italia, y del mismo modo agregué la Génova y Parma.

Semejantes reuniones nada valían en sí mismas, porque yo hubiera hecho con aquellos pueblos buenos italianos, y sólo hice medianos franceses; pero el imperio se oponía, no sólo de la Francia, sino de los Estados de la familia y de los aliados extranjeros, siendo muy esencial conservar la proporción entre estos tres elementos. Cada alianza nueva llevaba tras sí una nueva reunión, y en todos estos casos me censuraba el público de ambicioso, pero mi ambición jamás ha consistido en poseer algunas leguas cuadradas de más ó de menos, sino en hacer triunfar mi causa.

Esta causa no consistía sólo en las opiniones, sino también en el peso que cada partido podía colocar en

la balanza, y las leguas cuadradas pesaban en el plato de aquella, porque el mundo no se compone de otra cosa. Por eso aumentaba yo la masa de las fuerzas, á que daba movimiento, sin necesitar talento ni destreza para obrar aquellos cambios, pues bastaba un acto de mi voluntad, siendo demasiado pequeños aquellos países para tenerla propia en mi presencia. Dependía del movimiento que se daba á todo el sistema imperial, y el punto de donde partía este sistema estaba en Francia.

Era pues indispensable consolidar mi obra; dando á la Francia instituciones conforme al nuevo orden social que había adoptado. Era necesario crear un siglo para mí como yo lo había sido para él; era preciso ser legislador después de haber sido guerrero.

No había posibilidad de hacer retroceder la revolución, porque hubiera sido someter de nuevo los fuertes á los débiles contra el orden natural, y se hacía preciso comprender el espíritu de los hombres para acomodarles un sistema legislativo análogo á sus deseos, al que me lisonjear haber llegado, entablándolo uno que me sobrevivirá, y en el que he dejado á la Europa una herencia que no podrá repudiar.

En realidad no había otra cosa en el Estado sino una democracia dirigida por una dictadura, cuyo gobierno es bastante cómodo para la ejecución, pero de naturaleza temporal porque sólo es vitalicio en la persona del dictador. Yo debía hacerla perpetua, creando instituciones permanentes, y corporaciones duraderas para colocarlas entre el trono y la democracia; nada podía ejecutar por el impulso de las costumbres y las ilusiones, y me veía obligado á establecerlo todo en la realidad; por consiguiente era necesario fundar mi legislación sobre los inmediatos intereses de la mayoría, y crear mis corporaciones con los mismos, porque los intereses es lo que se encuentra de más real en el mundo.

Formé leyes, cuya acción era inmensa pero uniforme, teniendo por principio el sosten de la igualdad tan fuertemente marcada en sus códigos, que ellos solos seran suficientes á conservarla. Establecí una clase intermedia que era democrática porque se entraba en ella en todo tiempo y por todas carreras, y monárquica, porque no podía dejar de existir.

Esta corporación debía reemplazar en el nuevo régimen, el servicio que se consideraba hacer la nobleza en el antiguo, esto es, servir de apoyo al trono; pero en nada se le parecía; la antigua nobleza no existía sino por sus prerrogativas, la mía solo era hija del poder: la antigua nobleza no merecía aprecio sino por ser exclusiva; todos los que de algún modo se distinguían, entraban de derecho en la nueva, que no era más que una corona cívica, ni el pueblo le daba otro concepto; cada cual la merecía por sus obras; todos podían obtenerla al mismo precio y á nadie era ofensiva.

El espíritu del imperio estaba en su movimiento ascendiente, que es el carácter de las revoluciones, y agitaba toda la nación que se sublevaba para elevarse. Coloqué en la cima de este movimiento, grandes recompensas que se ofrecían por el reconocimiento público, y sus altas dignidades eran también conformes con el espíritu de igualdad, pues el último soldado las obtenía por acciones brillantes.

Después del desorden de la revolución, convenía restablecer el orden que es el sintoma de la fuerza y de la duración. Los administradores y los jueces, eran esenciales en el Estado, pues de ellos sólo dependía el orden público, ó lo que es lo mismo, la ejecución de las leyes. Los asocié al movimiento que animaba al pueblo y al ejército; los asocié á las mismas recompensas. Establecí una orden que distinguía á los administradores porque había recibido de los soldados el título de su honor; la hice extensiva á todos los que

servían al Estado, porque la primera de las virtudes, es el servicio de la patria.

También di por resorte al imperio un estrecho vínculo general que unía en sus intereses á todas las clases de la nación, porque ninguna quedaba subordinada ni excluida, formando en rededor de mí un cuerpo intermediario compuesto de lo más escogido de la nación, que se hallaba unido al sistema imperial por su vocación, por sus intereses y por sus opiniones; este numeroso cuerpo, aunque revestido del poder civil y militar, era reconocido por el pueblo porque se había constituido por sorteo entre las clases, y tenía confianza en él, porque sus intereses estaban ligados, no siendo un cuerpo ni decimado ni exclusivo, sino en realidad una magistratura.

El imperio descansaba sobre una organización fuerte; el ejército se había formado en la escuela de la guerra, en la que aprendió á batirse y sufrir; los funcionarios públicos se acostumbraban á hacer ejecutar estrictamente las leyes, porque yo no quería ni arbitrariedad ni interpretación, é iban acomodándose á darles el rápido impulso que con uniformidad había yo hecho extensivo á todo el imperio, cuya máquina se movía (según el arreglo que le di) á la sola voz de una orden.

Contuve las dilapidaciones del erario público, fijando en un solo punto el centro de la máquina fiscal, y sin dejar el menor vacío en este partienlar, porque en orden á caudales nada debe omitirse; y sobre todo, nada dejé al arbitrio de los administradores provinciales, convencido por la experiencia de que el abandono sólo sirve para enriquecerse algunos malversadores, á espensas del erario, del pueblo y de la causa pública.

Volvi el crédito al estado con no hacer uso del crédito; sustituí al sistema de empréstitos, que había perdido á la Francia, el de las impositiõess que la ha

regenerado; organicé la conscripción, ley rigurosa, pero grande y sólo digna de un pueblo que ama su gloria y su libertad, y cuya defensa no debe confiarse sino á sí mismo.

Abri nuevas comunicaciones al comercio; hice reunir la Italia á la Francia, facilitando los Alpes por cuatro caminos diferentes, y emprendí en este particular cosas que parecen casi imposibles. Hice prosperar la agricultura protegiendo las leyes relativas á la propiedad, y repartiendo con igualdad las cargas del Estado.

Erigi grandes monumentos sobre los que poseía la Francia, porque al mismo tiempo que debían servir de testimonios de su gloria, opinaba que ellos consagrarían en su favor los votos de nuestros descendientes; siendo cierto que los pueblos tienen inclinación á estas nobles imágenes de su historia.

Mi trono no brillaba sino por el esplendor de las armas; los franceses son amantes de lo sublime hasta en la apariencia. Hice adornar suntuosos palacios y reuní una corte numerosa, dándole carácter austero, porque ningún otro le era más apropiado. En mi corte no había diversiones, y las mujeres hacían un papel despreciable, pues todo se consagraba á la grandeza del Estado, y por esta causa he sido siempre aborrecido de ella. Luis XV era más amado.

Apenas se hallaba bosquejada mi obra cuando un nuevo enemigo se presentó inopinadamente á la palestra. Diez años había que la Prusia se mantenía en paz; la Francia tenía un placer en ello; pero los aliados que la deseaban mucho mal, la injuriaban, y á su pesar no dejaba de prosperar.

En todos casos, y singularmente en la última campaña, me había convenido su neutralidad y para asegurarme en ella le hice algunas proposiciones de cederle el Hannover, porque opinaba que semejante proposición recompensaba la pequeña violación que yo

me había permitido en su territorio, para acelerar la marcha de una división que me veía precisado á tener sobre el Danubio.

Habiendo la Inglaterra desechado las proposiciones de paz que le habíamos hecho (según nuestro uso) al tiempo de firmar la de Tilsir, la Prusia pidió la cesión del Hannover. Ninguna otra cosa deseaba yo más que hacerle este presente; pero me pareció que ya era tiempo de que esta corte se declarase abiertamente por nosotros, abrazando decididamente nuestro sistema. No se podía conquistar todo con la espada, era necesario que la política nos diese algunos aliados, y se presentaba la ocasión.

Sin embargo yo tuve ideas de que la Prusia tenía otras intenciones, y que creía haberme pagado suficientemente con su neutralidad. Desde este momento concebí que era ridículo aumentar un país con que no podía contar, y obrando con mi genio, no calculé bastante que dando terreno á la Prusia la comprometía y me aseguraba; lo rehúse todo, y al Hannover se le dió otro destino.

Los prusianos pusieron los gritos en el cielo porque no quise darles lo ajeno; se quejaron de mi pequeña violación del año anterior; se acordaron de pronto que eran depositarios de la gloria del gran Federico; los ánimos se exaltaron; una especie de conmoción nacional agitó á la nobleza de Prusia; la Inglaterra se apresuró á derramar la plata, y la revolución tomó consistencia.

Si los prusianos me hubieran atacado cuando estuve batiéndome con los rusos, me hubieran podido hacer mucho daño; pero era cosa tan absurda venir fuera de propósito á declararme esta guerra, semejante á una obstinación de muchachos, que estuve mucho tiempo sin creerlo; pero como nada hubiese más cierto, fué necesario entrar en campaña.

Confiaba batir á los prusianos, pero había destinado

mucho tiempo al efecto, porque tomé medidas (que no me fueron necesarias) contra las agresiones que sospechaba podrían suscitarme de otra parte. Por un acaso singular no me hicieron oposición dos horas, y por otro acaso sus generales no pensaron en defender algunas plazas que me hubieran detenido tres meses; de suerte que en pocos días fui dueño del país.

La felicidad con que se verificó esta derrota me dió á conocer que aquella guerra no había sido popular en Prusia. Yo hubiera debido aprovechar este descubrimiento para organizarla á nuestro modo; pero no supe manejarla.

El imperio había adquirido una gran preponderancia por la batalla de Jena; el público principiaba á mirar como ganada mi causa, lo que conocí por el modo con que me trataba: yo mismo empecé á creerlo así, y esta buena opinión me ha hecho cometer multitud de faltas.

El sistema sobre el cual había erigido mi imperio era enemigo nato de las antiguas dinastías: sabía que entre ellas y yo debía ser la guerra mortal, y por consiguiente era necesario tomar medios vigorosos para hacerla tan corta como fuese posible, á fin de aliviar el sufrimiento de los pueblos y de los reyes.

Por esta razón debí variar en parte la materia y forma de todos los Estados que la guerra había puesto bajo mi dominio, pues no se perfeccionan revoluciones conservando los mismos hombres y las mismas cosas; y estaba seguro que permaneciendo en el propio sistema de sus gobiernos, siempre serían mis contrarios, por ser enemigos que yo resucitaba.

De otro modo: si yo hubiera querido conservar su mismo gobierno (á falta de otro mejor), era necesario hacerlos comparticipes de mi grandeza, obligándoles á aceptar con mi alianza territorios y títulos. Siguiendo uno ú otro de estos planes (según se presentase la ocasión), hubiera extendido rápidamente los límites

de la revolución; nuestras alianzas habrían sido sólidas porque se hubieran hecho con los pueblos; yo les hubiera llevado las ventajas con los principios de la revolución; y hubiera alejado de ellos el azote de la guerra de que habían sido perseguidos por el espacio de veinte años, y que ha dado fin por declararse nuestros enemigos.

Es de creer que la mayoría de las Naciones del Continente hubiese aceptado esta grande alianza, y que la Europa fuese refundida sobre un nuevo plan análogo al estado de su civilización. Yo raciocinaba bien, pero hice todo lo contrario; en lugar de mudar la dinastía prusiana, como lo había amenazado, le volví sus Estados después de haberlos dividido. La Polonia no me agradeció el que no hubiese puesto en libertad más que la parte de su territorio, de que la Prusia se había apoderado. El reino de Westphalia se disgustó por no haber obtenido ventaja, y la Prusia furiosa por lo que yo le había quitado, me juró un odio eterno.

Yo pensaba (sin saber por qué), que los soberanos desposeídos por el derecho de conquista debían quedar agradecidos por la parte que se les dejaba; é imaginaba que podrían (después de tantos reve-es), aliarse de buena fe con nosotros porque era el partido que más les convenía. Opinaba hacer extensivas de este modo, las alianzas del imperio sin atraerme los odios que las revoluciones arrastran tras sí, y conocí al fin que se representaba un gran papel en quitar y volver coronas; me dejé seducir de este error cuya falta jamás se perdona.

Quise corregir á lo menos lo que había hecho en Prusia, organizando la confederación del Rin, porque esperaba contener la una con la otra. Para formar esta confederación ensanché los Estados de algunos soberanos á expensas de la caterva de pequeños príncipes que no servían sino para consumir los bienes de sus vasallos sin poder serles útiles para nada.

De este modo atraje á mi causa á los soberanos á quienes había engrandecido, y los hice conquistadores á su pesar; pero se conformaron también con el oficio, que hicieron voluntariamente causa común conmigo, y se han mantenido fieles á esta causa, mientras han podido.

El continente se hallaba pacificado por cuarta vez. Yo había aumentado la superficie y la preponderancia del imperio. Mi poder inmediato se extendía desde el mar Adriático hasta las bocas del Weser, y el de mi opinión, sobre toda la Europa; pero la Europa conocía como yo, que esta pacificación no era durable por los muchos motivos de resistencia que se le oponían, y que habiéndome yo manejado mal con ellas, no hice otra cosa que retardar la dificultad.

El principio que daba vida á esta opinión estaba en Inglaterra. Yo no tenía miedo alguno de atacarla cuerpo á cuerpo, y sabía que la guerra se renovarí en el continente mientras que el ministerio inglés pudiese costearla. La cosa podía durar mucho tiempo, porque los beneficios que produce la guerra son otros tantos medios de sostenerla, y era un círculo vicioso cuyo resultado sería la ruina del continente. Había necesidad de encontrar un modo de destruir los beneficios que la guerra marítima producía á la Inglaterra, á fin de arruinar el crédito del ministerio; y proponiéndome con este objeto el sistema continental, me pareció bien, y lo adopté. Pocos han comprendido este sistema, porque se obstinaron en no ver en él otro fin que el de aumentar el precio del café, pero debía tener muy diversas consecuencias. Debía arruinar al comercio inglés, y produjo el efecto contrario, como todas las prohibiciones, pues habiendo tomado más crédito el género, cedió en ventaja del comercio, no pudiendo deterrar el contrabando.

El sistema continental debía servir á hacernos conocer quiénes eran nuestros amigos y quiénes nuestros

enemigos, sin temor de padecer equivocación, pues la inclinación que se manifestase á él, sería un testimonio de la que se tenía á nuestra causa, por ser éste su distintivo y antemural.

En aquel momento fué indispensable establecer un sistema que había sido tan discutido; porque todo grande imperio debe tener, no sólo un objeto general en su política, sino en su economía. Debe, así como á los demás ramos del Estado, abrir camino á la industria, poniéndola en movimiento y perfeccionando sus adelantos; y la Francia carecía de ella cuando yo se la facilité por medio del sistema continental.

La economía de la Francia se había fijado, antes de la revolución, en negociar con las colonias, y en hacer el comercio de cambio. Esta era la moda de aquel tiempo, y por mucho que se hayan querido ponderar los resultados, es cierto que no tuvo otros que los de conducir á su ruina las rentas del Estado, acelerar la pérdida de su crédito, la destrucción del sistema militar, atraerse el desprecio de su consideración exterior, y experimentar la languidez de su agricultura. Estos mismos resultados la candujeron, finalmente, á firmar un tratado de comercio que ponía en manos de los ingleses el abasto de sus provisiones.

La Francia tenía hermosos puertos de mar, y algunos comerciantes cuyas fortunas eran colosales. La guerra había enteramente destruido el sistema marítimo; los puertos estaban arruinados; ninguna fuerza humana podía reintegrar á la Nación lo que la revolución había aniquilado, y siendo necesario dar otro impulso al tráfico para volver á su vigor á la industria francesa, no había otro medio de conseguirlo que el de quitar á los ingleses el monopolio de las manufacturas para hacer de ellas el objeto general de la economía del Estado; todo lo cual me obligó á crear el sistema continental. No podía evitarse este sistema porque era necesario dar un premio enorme á las fábricas, á fin de

comprometer el comercio á desembolsar las anticipaciones que exige el establecimiento de multitud de elaboraciones.

Las consecuencias justificaron mi modo de pensar, arrancando de su asiento á la industria y haciéndola pasar el mar, de que resultaron tan grandes progresos en el continente, que nada debía temer de la concurrencia de otra. Si la Francia quiere prosperar, que conserve mi sistema mudándole el nombre; si quiere decaer, no necesita otra cosa sino volver á las empresas marítimas y será destruida por los ingleses á la primera guerra. Me vi precisado á llevar el sistema continental á un extremo, con el objeto, no sólo de hacer beneficio á la Francia, sino daño á la Inglaterra. Recibíamos los efectos coloniales sólo por su mano, cualquiera que fuese el pabellón bajo que navegasen, y en este concepto se hacia preciso admitir los menos posibles, no habiendo para ello mejor medio que el darles un precio excesivo.

El objeto político se hallaba cumplido; las rentas del Estado se aprovechaban de ello, pero ofendí á las mujeres y se vengaron de mí. La experiencia acreditaba cada día más que el sistema continental era bueno, porque el Estado prosperaba á pesar de las cargas de la guerra: las imposiciones estaban al día y el crédito á la par con el interés de la plata; el espíritu de mejora se demostraba en la agricultura y en las fábricas. Se construían de nuevo los pueblos así como las calles de París; los caminos y canales facilitaban el tráfico interior: cada día se perfeccionaba algun invento: hice sacar azúcar de los navos y sosa de la sal; y los descubrimientos de las ciencias caminaban á la par con los de la industria. Hubiera sido una insensatez renunciar á un sistema en el momento en que producía el fruto, y por el contrario era preciso afirmarlo para dar otro tanto más fomento á la emulación.

Esta necesidad ha influido sobre la política de la

Europa, obligando á la Inglaterra á continuar el estado de guerra, que desde este momento tomó un carácter más serio; se trataba en ella del beneficio público, ó lo que es lo mismo de su existencia, y por esta causa se popularizó; los ingleses no volvieron á fiar su protección á los auxiliares, sino que la tomaron á su cargo, apareciendo en grandes masas sobre el campo. Desde entonces se hizo la lucha peligrosa, y lo preví en el acto de firmar el decreto. Sospeché que ya no habría reposo para mí, y que pasaría la vida en combatir las oposiciones que el público no veía, pero cuyo secreto poseía yo, porque era el único á quien las apariencias jamás han engañado. Me lisonjeaba interiormente de permanecer dueño de lo porvenir, en medio del ejército que me había creado, y que tan gloriosos sucesos hicieron invencible. Jamás dudó la victoria; sus movimientos eran rápidos, porque habíamos renunciado el sistema de campamentos y almacenes; en un momento podía ser transportado en todas direcciones, y llegaba á todas partes con el conocimiento de su superioridad. ¿Con semejantes soldados qué general no hubiera amado la guerra? Yo la amaba, lo confieso, y sin embargo desde la batalla de Jena no volví á disfrutar el lleno de confianza ni el desprecio del porvenir á que había debido mis primeros buenos resultados. Desconfiaba de mí mismo, y esta desconfianza causaba incertidumbre en mis disposiciones. Mi humor se había alterado y degenerado mi carácter; no obstante me dominaba; pero nunca es perfecto lo que no es natural.

El sistema continental decidió á la Inglaterra á hacernos guerra á muerte. El Norte estaba sometido y contenido por las guarniciones de tropas que tenía en las plazas. Los ingleses no tenían con él otras relaciones que las del contrabando; pero se le había entregado el Portugal, y yo sabía que la España favorecía su comercio, á la sombra de su neutralidad.

Para que el sistema continental valiese algo, era necesario que fuese completo. En el Norte lo había casi establecido, y convenia hacerlo respetar en el Medio Día. Pedí á la España el paso para un cuerpo de ejército que queria enviar á Portugal, y me lo concedió. Al aproximarse mis tropas la corte de Lisboa se marchó para el Brasil y me dejó su reino, haciéndose desde entonces preciso, establecer una ruta militar por medio de la España para comunicar con Portugal, y este paso nos puso en relaciones con la España: en cuyo país jamás había pensado á causa de su nulidad.

El estado político de la España se hallaba en inquietud; era gobernada por un soberano que en un todo difería á su favorito, y éste sin carácter y sin talentos no servía para otra cosa que para amontonar riquezas y dignidades.

El favorito se había hecho de mi partido porque queria gobernar á la sombra de mi alianza; pero se había manejado tan mal, que disminuido su crédito en España, no podía hacerse obedecer y por consiguiente su adhesión me era inútil. Las opiniones habían caminado en un sentido inverso del resto de la Europa. El pueblo que en todas partes se halla colocado en lo más elevado de la revolución, en aquel país permanecía muy por bajo de ella, porque las luces no se habían difundido por la segunda capa de la nación, deteniéndose en la superficie, esto es, en las altas clases, á cuyos individuos llamaban liberales. Estos sentían el abatimiento de su patria y se avergonzaban de obedecer un gobierno que arruinaba su país; de forma que los revolucionarios en España eran aquellos que tenian que perder en la revolución, y los que debían ganar, ni siquiera querían oír hablar de ella. La misma contradicción se experimentó en Nápoles, haciéndose cometer muchas faltas porque no poseía el secreto de introducirme en su conmoción.

La presencia de mis tropas en España, causó bas-

tante alboroto; cada cual la interpretó á su arbitrio, y exaltados los ánimos, me informaron haber dado principio una fermentación popular. Los liberales se resentieron de la humillación de su país, y creyeron impedir su ruina por medio de una conjuración, que aunque tuvo efecto, quedó limitada á hacer abdicar la corona al antiguo rey, y á dar de palos á su favorito, pero en realidad nada adelantaron con ella.

Apenas se verificó la conjuración cuando los conjurados se asombraron de su atrevimiento; teniendo miedo de sí mismos, de mí y de todo el mundo. Los frailes no aprobaban la violencia que se había ejercido contra el antiguo rey, porque era ilegítima. Yo la desaprobaba igualmente, aunque por distinto motivo; el sobresalto entró en la nueva corte, la revolución en el pueblo y la anarquía en el Estado.

La fuerza de los acontecimientos hizo un trastorno en España; puesto que principió en ella de hecho una revolución, que no podía ser de la misma naturaleza que la de la Francia, porque eran diversos los principios de que partía. Hasta entonces no tenía dirección alguna, porque carecía de jefe y no se había grangeado partido anterior, y por consiguiente era sólo una suspensión de autoridad, una subversión del poder y un desorden.

Nada se podía preveer acerca de la suerte de la España, más de que con un pueblo ignorante y feroz, aquella revolución no acabaría sin derramarse arroyos de sangre, y padecerse largas calamidades. ¿Qué es pues, lo que pretendían los hombres que solicitaban una variación en España? No apetecían una revolución como la nuestra, sino un gobierno sabio, una autoridad que fuese capaz de remover el entorpecimiento de su país, con el fin de darle consideración exterior, y civilización interior.

Yo podía concederle lo uno y lo otro, apoderándome de su revolución en el punto á que le habían con-

ducido. Se trataba de dar á la España una dinastía, que fuese vigorosa en razón de ser nueva, é ilustrada porque careciese de preocupaciones; la mía abrazaba estos extremos, y por lo mismo me propuse agregarle este trono. Lo más difícil estaba hecho, que era el desembarazarse de la antigua dinastía, pues los españoles habían dejado abdicar la corona al antiguo rey, y no querían reconocer al nuevo. Todo parecía presagiar que la España para evitar la anarquía, aceptaría sin violencia un soberano, que se presentaba revestido de una fuerza prodigiosa, entrando por este medio en el sistema imperial, y sin embargo de que el estado social de la España, fuese deplorable, no debía despreciarse su conquista.

Como es indispensable ver las cosas por sí mismo, para formar una justa idea de ellas, partí para Bayona, á donde tenía convocada la antigua corte de España que concurrió en aquel punto, porque no podía hacer cosa mejor. También había convidado á la nueva, y creí que no fuese, porque todo otro partido le hubiera sido más conveniente. Formé concepto de que Fernando abrazaría el de la revolución ó el de pasar á la América, pero no habiendo adoptado ni el uno ni otro, se dirigió á Bayona con su preceptor y confidentes, dejando á la España en abandono.

Apenas tuve las primeras conferencias con los jefes de los conjurados cuando advertí la ignorancia en que se hallaban de su propia situación. Ningún partido habían tomado sobre cosa alguna; nada preveían, y su política se resentía de un atraso de tres siglos. Desde luego me propuse no dejar la España entre sus manos.

Me decidí á recibir la abdicación de la familia Real y á colocar á uno de mis hermanos en el trono. Ningún obtáculo parecía oponerse á ello, porque la Junta de Bayona lo había reconocido; en España no había quedado ningún poder legal que se opusiera á la va-

riación de la dinastía; el antiguo rey no manifestaba desagrado sobre que yo hubiese quitado el trono á su hijo, retirándose á descansar á Compiègne; y el hijo fué conducido á Valencey, donde se habían hecho los preparativos al efecto.

Los españoles no tomaron un interés por el antiguo rey, pero siendo su hijo joven que ofrecía esperanzas y que había sido desgraciado, se exaltaron las ánimos en su favor y lo hicieron su héroe.

Los liberales reclamaban la independencia nacional; los frailes se quejaban de la ilegitimidad, y toda la Nación se armó bajo estos dos partidos.

Yo cometí un yerro en no haber dejado sobre su trono al joven rey, porque debiendo continuar las cosas en España de mal en peor, me hubiera adquirido el título de protector del antiguo, dándole un asilo; el nuevo gobierno no habría dejado de comprometerse con los ingleses; yo le hubiera declarado la guerra, así en mi nombre, como en representación del rey anterior; la España habría fiado á su ejército la suerte de esta guerra, y desde el momento de ser aquel batido, se hubiera sometido la Nación al derecho de conquista, sin haber siquiera soñado en murmurarlo, porque cuando se dispone de un país conquistado, no se hace otra cosa más que continuar sus usos.

Si yo hubiera tenido más paciencia habría seguido esta marcha, pero creí que siendo el resultado el mismo, los españoles aceptarían á priori un cambio de dinastía, que hacía inevitable el orden de las circunstancias. Cometí una torpeza porque no lo ejecuté por grados; acababa de despojar á la antigua dinastía de un modo ofensivo para los españoles, quienes heridos en su orgullo, no quisieron reconocer la que puse en su lugar, resultando que dejó de existir autoridad en parte alguna, ó lo que es lo mismo que existiera en todas partes. La Nación en masa se encargó de la defensa del Estado, pues no había ejército ni autoridad

á quien se pudiese confiar esta defensa; cada cual creyó en sí la responsabilidad, y yo mismo establecí la anarquía, convirtiendo contra mí los recursos que ella ofrece, y recibiendo todo el peso del furor nacional.

Esta nación de quien la historia no ha señalado sino la avaricia y ferocidad, era poco temible al enemigo; huía á la vista de nuestros soldados, pero los asesinaba por detrás. Se hallaba sublevada con las armas en la mano, y usando represalias, de una en otra llegó á constituir la guerra en un anfiteatro de atrocidades.

Yo conocía que daba un carácter de violencia á mi reino y que era un ejemplo perjudicial para los pueblos, y funesto para el ejército, porque consumía muchos hombres y fatigaba al soldado. Conocía que la guerra había sido mal principiada, pero una vez emprendida, no era posible abandonarla, porque el más pequeño revés engrairía á mis enemigos y volvería á poner la Europa sobre las armas y sobre todo porque yo debía siempre quedar victorioso.

No retardé el hacer la prueba; pasé á España á fin de acelerar el éxito y conocer el terreno en que iba á dejar á mi hermano. Ocupé á Madrid, y destruí al ejército inglés que venía en su socorro. Mis sucesos eran rápidos; el temor llegó á su colmo, la resistencia iba á acabar, no había un momento que perder y en efecto no se perdió. El ministerio inglés que siempre ha sido tan activo en buscarme enemigos como yo en batirlos, armó á la Austria.

Por esta vez fué dirigido el proyecto con mucha destreza: me sorprendió: es necesario hacer justicia á quien la merece. Mis ejércitos estaban esparcidos en Nápoles, Madrid y Hamburgo, aún yo permanecía en España. Era probable que anticipándose los austríacos consiguiesen buen resultado, que sucesivamente tragese otros, porque en este género de cosas el primer paso es el dificultoso. Hubiera podido incitar á la Prusia y á la Rusia, reanimar el valor de los españo-

les, y volver la popularidad al ministerio inglés. La corte de Viena tiene una política tenaz que jamás desordena los acontecimientos. Bastante tiempo he permanecido sin acertar la causa de ello: pero al fin conocí, aunque tarde, que semejante estado no tenía tan profundas raíces sino porque la natural bondad del gobierno había permitido que degenerase en oligarquía. Dirigían el estado una centena de nobles que poseían el territorio y se habían apoderado de las rentas, de la política y de la guerra, por cuyo medio eran árbitros de todo, dejando á la corte solo la firma.

Las oligarquías jamás varían de opinión, porque sus intereses son siempre unos mismos: todo lo ejecutan mal, pero siempre están en acción porque nunca parecen. Jamás consiguen buen resultado en sus empresas, pero toleran extraordinariamente los reveses en razón de que los padecen en sociedad. El Austria ha debido cuatro veces su conservación á esta forma de gobierno, y ella misma decidió la guerra que acababan de declararme.

No debía perder un momento: dejé la España precipitadamente y corrí hacia el Rhin. Junté las primeras tropas que halle á mano, y como el príncipe Eugenio se hubiese dejado ya batir en Italia, le envié refuerzo. Los reyes de Suabia y Baviera me facilitaron sus tropas y con ellas me dirigí á batir á los austríacos en Ratisbona, marchando al efecto sobre Viena.

Seguía á marchas forzadas la ribera derecha del Danubio. Contaba con el buen éxito del virey para verificar nuestra reunión, pretendía adelantar á los austríacos en Viena, pasar allí el Danubio, y colocarme en posición de recibir al archiduque.

El plan estaba bien concebido; pero era imprudente, porque debía habérmelas con un hombre hábil, y no tenía bastante tropa; pero aun estaba la fortuna de mi parte.

El archiduque hizo una excelente marcha, y habiénd-

dose penetrado de mi proyecto, se me adelantó conduciéndose con rapidez sobre Viena por la ribera izquierda del Danubio, y tomó posición al mismo tiempo que yo. Esta fue (según mi conocimiento) la sola buena maniobra que los austriacos hicieron jamás.

Mi plan de campaña había claudicado. Estaba á la vista de un formidable ejército que dominaba mis movimientos, y me obligaba á la inacción. Solo una grande acción podía terminar la guerra, y yo debía atacar porque el Archiduque me reservó este destino, que era bien difícil de desempeñar, por hallarse en aptitud de recibirme.

Por una suerte inesperada el Archiduque Juan en lugar de contener á toda costa al Virey, se dejó batir: el ejército de Italia lo arrojó del otro lado del Danubio, y tuvimos por nuestra toda su derecha; pero como no queríamos permanecer allí siempre, y era necesario acabar, hice echar los puentes; empezó á moverse el ejército; la división del general Massena desfiló la primera, y dió principio el fuego en el momento que por desgracia se rompieron los puentes.

Era imposible repararlos bastante pronto para socorrerlo, y fué atacado por todos lados. La tropa se defendió con un valor heroico, porque no tenía esperanza alguna; faltaron las municiones, y hubiera perecido si los austriacos no suspenden el fuego; creyendo que bastaba lo hecho para un solo día, volvieron á tomar su posición en el momento decisivo, y me sacaron de una mortal angustia.

No por eso experimentamos menos contratiempo, como me lo dió á entender la opinión: se publicó mi derrota; se anunció mi retirada, y aún se daban los detalles, pronosticándose mi pérdida. Los Tirolese se habían levantado, y fué necesario remitir aquel punto el ejército de Baviera: se formaron partidos en Prusia y en Westphalia, y corrían el país para excitar á un levantamiento: los ingleses intentaron una expedición

contra Amberes, que habria tenido buen éxito si no hubiera sido por su ineptitud, y mi situación se empeoraba cada día.

Al fin, conseguí echar nuevos puentes en el Danubio, y el ejército pasó el río en una noche espantosa. Yo asistí á su pasaje, porque me hallaba muy inquieto; pero se verificó como podía desear; nuestras columnas tuvieron tiempo de formarse, y esta gran jornada se abrió bajo favorables auspicios.

La batalla fué gloriosa por lo disputada; pero los generales no hicieron sin embargo muchos esfuerzos de imaginación, porque mandaban grandes cuerpos en una llanura que se defendió por mucho tiempo. El valor de nuestras tropas y una intrépida maniobra del general Macdonald decidieron la jornada.

Una vez roto el ejército austriaco desfiló en desorden por un llano donde perdió mucha gente. Yo le seguí con viveza, porque era necesario decidir la campaña; y habiéndolo batido en Moravia, no tuvo otro partido que tomar sino pedirme la paz, que le concedí por la cuarta vez.

Esperaba que fuese durable, porque causa el ser batido como cualquier otra cosa, y porque en Viena opinaba un gran partido en favor de una alianza final con el Imperio.

Yo deseaba la paz, porque tenía necesidad de conceder algun descanso á los pueblos, que en lugar de disfrutar las ventajas de la revolución, hasta entonces no habian experimentado sino sus estragos; no-otros no podíamos ya darles protección como al principio de la guerra; y para acostumbrar la opinión de la Europa á la naturaleza de mi poder, no era necesario manifestárselo siempre bajo un aspecto hostil.

Por otra parte, el enemigo aseguraba á todos que no tomaba las armas sino para libertarlos del azote de la guerra, y para bajar de precio las mercancías inglesas. Estas insinuaciones hacían prosélitos, y la guerra des-

popularizaba la revolución, siendo este el motivo por qué yo apetecía la paz; pero como fuese necesario para conseguirla obtener el consentimiento del ministerio inglés, se encargó el Austria de pedirlo, y aquel se negó á darlo.

Esta repulsa me inquietó, porque acreditaba que la Inglaterra conocía en sí recursos que yo ignoraba, y que en vano intenté descubrir. En lugar de poder desarmar, me ví precisado á mantenerme sobre pié de guerra y á fatigar á la Europa. Me incomodaba bastante que los aliados hubiesen conseguido el honor de la lucha, á pesar de haber sido en mi favor los resultados, porque disfrutaban el aire de inocencia que da la defensa de las cosas que se llaman legítimas porque son antiguas; y por el contrario, yo tenía el de agresor porque peleaba por destruirlos y por establecer novedades, gravitando sobre mi sólo el peso de la acusación, sin embargo de que la guerra de la revolución no ha sido otra cosa que el resultado del estado de la Europa.

Esta era la crisis que mudaba sus costumbres, y esta la consecuencia inevitable del paso de un sistema social á otro. Si yo hubiese sido el inventor de este sistema, habría tenido la culpa de los males que causó; pero no se inventó por persona alguna, y lo produjo sólo la marcha del tiempo. Ella preparó sordamente esta revolución, como había conducido la del protestantismo, con las desgracias que le siguieron. La guerra ha dependido tanto de mí, como de los aliados, ó más bien dicho, ha dependido del modo con que fué creado el género humano.

Los ingleses continuaron la guerra sin auxiliares, pero no sin aliados, pues tenían por tales todos los enemigos de la revolución. En España había terreno para batirnos, y allí volví á enviar mis tropas, habiendo hecho mal en no volver yo mismo, porque sólo el interesado hace bien las cosas; pero me hallaba cansado

de tantas fatigas, y meditaba además un proyecto que debía dar un nuevo carácter á mi reino.

Antes de ponerlo en práctica me suscitaron un nuevo inconveniente que no había previsto. Mis tropas ocupaban el Norte, y los ingleses no tenían bastantes fuerzas para atacarme en aquel punto. En el Mediterráneo era donde su marina les aseguraba la superioridad. Poseían á Malta y disfrutaban de la Sicilia, de las costas de España, del Africa y de Grecia, y quisieron aprovechar tantas ventajas.

Ellos probaron hacer un movimiento de reacción en Italia, para construir una segunda España, si fuese posible. Por todas partes había mal contentos, porque yo no pude colocar á cada uno en sus derechos, y lo mismo era en Italia que en otros puntos. El estado eclesiástico no me quería, porque mi reino había destruido el suyo, y los devotos me detestaban á su ejemplo. El pueblo bajo participaba de estos sentimientos porque aquel aún tenía influencia en Italia. En Roma se estableció el cuartel general de esta oposición, como la única ciudad de Italia donde pensaba substraerse de mi vigilancia, desde allí comunicaba con los ingleses, y promovía la sublevación; me insultaba en escritos clandestinos, y esparcía falsos rumores: hacía reclutas para los ingleses: pagaba los bandidos del Cardenal Rufo para asesinar á los franceses. É intentaba incendiar el palacio del Ministro de la policía en Nápoles: siendo indudable que los ingleses tenían un plan sobre la Italia, y que fomentaban las turbulencias.

Yo no debía permitirlo, ni tolerar que se insultase y asesinase á los franceses. Me conformaba con dar repetidas quejas á la Santa Sede, de la que recibía obsesivas contestaciones, para obligarme á tener paciencia; y como jamás he sido de un natural pacífico, advertí que había una decidida mala voluntad contra nosotros, y que era necesario anticiparse para impedir

la explosión, por lo que hice que mis tropas ocupasen á Roma.

En lugar de contener la eferescencia esta medida (á la verdad un poco violenta), irritó los espíritus. Ella mantuvo la tranquilidad en Italia, y retardó los planes de Lord Bentinck; pero la clase devota hizo secretamente contra mí todo lo que puede sugerir el odio y el espíritu de la Iglesia.

Este volcán de turbulencia tenía sus ramificaciones en Francia y en Suiza. El estado eclesiástico, los mal contentos y los partidarios del antiguo régimen (porque aun los había) se reunieron para intrigar contra mi autoridad, y hacerme todo el mal posible. No se presentaban como conjurados, sino que acogíendose bajo las banderas de la Iglesia, se batían con excomuniones y no con el cañón. Tenían su contraseña de orden y reunión, y era una sociedad ortodoxa que yo no podía sorprender en ninguna parte, porque se hallaba en todas.

Además era difícil atacar á esta gente en detall, porque hubiera sido una persecución, y este es el partido que toman los débiles y que detestan los fuertes. Creí poder dispersar este complot, atemorizándolo con un gran golpe de autoridad. Quería demostrarles mi resolución, haciéndoles entender que deseaba mantener el respeto al orden, y que me costaba poco conseguirlo.

Sabía que el modo más seguro de hacerme dueño de aquel partido era separarlo del Jefe de la Iglesia. Me detuve mucho tiempo antes de tomar esta resolución, porque me resistía á verificarlo; pero en proporción que la retardaba se hizo más necesario el que me decidiese.

Traía á la memoria que Carlos V, que era más devoto y menos poderoso que yo, se atrevió á hacer prisionero á un Pontífice, y no habiéndole resultado mal alguno, creí poder hacer yo lo mismo; por cuya razón

fué extraído de Roma el Pontífice, conducido á Savona, y Roma agregada á la Francia.

Este hecho político bastó para desbaratar los proyectos del enemigo, permaneciendo la Italia pacífica y sometida hasta el día en que tuvo fin el Imperio; pero la guerra de la Iglesia continuaba con el mismo encarnizamiento. El celo de los devotos se reanimó, y aunque su acción era lenta, no dejaba de ser venenosa contra mí.

Por mucho cuidado que yo pusiese en lo contrario, los devotos llegaron á comunicarse con la Savonia y á recibir sus instrucciones. Los religiosos de la Trapa de Fribourg dirigían esta correspondencia, que se imprimía por ellos, y circulaba de uno á otro curato en todo el Imperio. Fué necesario trasladar al Santo Padre á Fontainebleaud, y desterrar los de la Trapa para impedir estas comunicaciones; y sin embargo creo que no lo conseguí.

Esta pequeña guerra causaba mal efecto, porque no pude quitarle el carácter de persecución. Debía procederse rigurosamente contra gente desarmada, y á mi pesar tenía que inmolar víctimas. Estas desgraciadas ocurrencias de la iglesia causaron hasta quinientos prisioneros de estado; pero razones políticas obligaron á publicar menos de cincuenta. Me conduje mal en todo este negocio; y aunque era bastante sereno para despreciar fábulas, hice mucho daño, queriendo impedirlo.

Un gran proyecto ocupaba el Estado. Me parecía conveniente consolidar mi reino, presentándome á la faz de la Europa con una nueva consideración, de lo que esperaba grandes resultados. Mi poder era incontestable, y ninguna otra cosa le faltaba sino el carácter de perpetuidad, que no podía adquirir mientras no tuviese heredero. Sin esta condición mi muerte podía ser por un momento perjudicial á mi dinastía, porque toda autoridad para ser perfecta debe tener prevenidas las épocas sucesivas.

Conocía la necesidad de separarme de una esposa, de quien no podía esperar sucesión, y me era sensible dejar la persona que más he amado. Estuve mucho tiempo sin resolverme; pero ella misma se resignó por el afecto que siempre me tuvo y acepté su sacrificio porque era indispensable. La política más sencilla me indicaba la alianza con la casa de Austria. La corte de Viena se hallaba cansada de sus desgracias, y uniéndose para siempre conmigo, ponía su seguridad bajo mi garantía, haciéndose por esta alianza participante de mi grandeza, y teniendo yo desde entonces tanto interés en protegerla como había tenido en batirla. Por último, con este contrato (que tuvo efecto) establecimos el poder más formidable que jamás ha existido, y que era muy superior al del imperio romano.

Sólo la Rusia y las reliquias de la Prusia estaban en el continente fuera de los límites de nuestro poder; el resto nos obedecía. Una preponderancia tan grande debía hacer decaer de ánimo á los enemigos, y pude creer, sin necesidad de mucha previsión, que había acabado mi obra, y colocado mi trono al abrigo de toda persecución.

Mi cálculo era justo, pero las pasiones no tienen cálculo. La apariencia obraba en mi favor. El continente se hallaba tranquilo, y se iba acostambrando á verme en el trono; á lo menos así me lo testificaba su profunda humillación, capaz de haber engañado á otro más hábil que yo. El respeto que debían á la sangre de la casa de Austria, legitimaba mi reino á los ojos de los soberanos. Mi dinastía tomaba elevación en la Europa, y me persuadí que no se disputaría el trono al hijo que la emperatriz acababa de dar á luz.

No había inquietudes sino en España, donde los ingleses habían conducido grandes fuerzas, pero esta guerra no me incomodaba, porque estaba resuelto á

ser más tenaz que los españoles, y porque con el tiempo se consigue todo. El imperio era bastante poderoso para sostener la guerra sin recibir perjuicio, ni impedir el que yo embelleciese á la Francia, y continuase cuantas empresas eran de su utilidad. La administración se mejoraba, y se organizaban las instituciones que deberían asegurar la fuerza del imperio, realizando una generación que había de ser su apoyo.

La obligación de mantener el sistema continental ofrecía sólo dificultades con los gobiernos, cuya localidad facilitaba el contrabando. Entre aquellos Estados, la Rusia se hallaba en una situación que presentaba más dificultades. Su civilización estaba poco adelantada para permitirle carecer de los productos de la Inglaterra. Sin embargo, yo exigía que fuesen prohibidos. Este fué un absurdo, pero indispensable para completar el sistema prohibitivo. El contrabando se hacía, y yo lo había previsto, porque el gobierno ruso vigila poco su país; pero como se pasa con menos facilidad por las puertas cerradas que por las abiertas, el contrabando introduce siempre menos mercaderías que la libre entrada y yo llenaba las dos terceras partes de mi objeto. Sin embargo, me quejaba lo mismo; se justificaban; volvían las reconvenciones, y al fin llegamos á irritarnos, no pudiendo subsistir este modo de entendernos.

Nosotros debíamos en efecto chocar con la Rusia después de la alianza contratada con la Austria, porque debiendo saber la Rusia que nuestra unión política no podía tener otro enemigo que ella, (atendiendo á que éramos dueños del resto del continente) era necesario que se conformase con prestarnos una nulidad complaciente, ó que se preparase á hacernos frente, si había de mantener su jerarquía. Era demasiado fuerte para consentir en ser nada, y demasiado débil para resistirnos; pero en esta alternativa le convenía más presentar firmeza en su actitud, que reconocerse de

antemano por vencida, y siendo este último partido el peor, se decidió la Rusia por el primero.

Advertí cuando menos lo esperaba, cierta arrogancia en las relaciones políticas de Petersburgo. Se negaron á la confiscación de efectos de contrabando, quejándose al mismo tiempo de que yo hubiese ocupado el país de Oldemburg; y como mis contestaciones fuesen correspondientes al tono que ellos usaban, y ni ellos ni yo teníamos sufrimiento, indispensablemente íbamos á venir á las manos.

Mi confianza en el buen resultado de esta guerra era grande, y yo lo fundaba en el plan que habia concedido, por medio del cual esperaba dejar terminada la dilatada contienda en que habia consumido mi vida. Me parecia además que llegados al estado en que nos hallábamos, los soberanos de la Europa no debian tomar parte directa en esta última guerra, porque nuestros intereses se identificaban. Por el contrario, la política de los principes debia inclinarse á mi favor, porque mi profesión no era ya la de destruir tronos sino la de afirmarlos. Yo habia vuelto á hacer formidable la dignidad de los reyes, en lo cual trabajé por su causa, y con mi alianza estaban seguros de reinar al abrigo de la guerra y de las revoluciones.

Esta política era de tal consideración, que creí en los soberanos bastante penetración para concebirla, y no desconfiaba de ellos. En efecto, ¿quién hubiera podido adivinar que seducidos por el odio que me profesaban, abandonasen el partido del trono, é introdujesen ellos mismos la revolución en sus Estados para ser tarde ó temprano las víctimas?

Calculé que la Rusia tenia demasiada extensión para poder entrar jamás en el sistema europeo que yo acababa de rehacer, y cuyo centro era la Francia. Se hacía preciso dejarla fuera de la Europa, para que no perjudicase la unidad de este sistema; era necesario dar á esta demarcación política, fronteras

bastante sólidas para resistir el peso de toda la Rusia; é indispensable reponer aquel estado en el lugar que ocupaban cien años antes.

Sólo la gran masa de mi imperio era capaz de intentar semejante acto de violencia política; pero creía que fuese posible, y el único medio de poner al mundo á cubierto de los cosacos. Para que tuviese efecto este plan, debía restablecer la Polonia sobre una base substancial, y batir á los rusos, para obligarlos á aceptar las fronteras que se iban á trazar con la punta de la espada. La Rusia hubiera podido sin deshonor firmar la paz que debiese establecer sus fronteras, porque nada hubiera tenido de afrentosa, respecto á que era un reconocimiento de su poder, y una prueba de temor por nuestra parte.

Colocado así por mis preocupaciones fuera de los radios de la economía europea, y separada de esta economía por trescientas mil guardias, la Rusia hubiera vuelto á la amistad de Inglaterra, y habría conservado su independencia política; y el modo de existir en su integridad; porque hubiera sido para nosotros tan extranjera como el reino del Tiber.

Nada habia más puesto en razón que este plan, cuya pérdida se echará menos tarde ó temprano; pues colocada la Europa por consentimiento mutuo, bajo un sistema único y refundido sobre el modelo que pedía la disposición del siglo, hubiera ofrecido el más grande espectáculo que la historia ha descrito; pero la demasiada prevención obstruía los ojos de los soberanos que no podían conocer el daño donde verdaderamente existía, creyendo verlo donde no se hallaba el remedio.

Partí para Dresde. Esta guerra decidiría la cuestión que se disputaba desde veinte años á la fecha, debiendo ser la última, en el supuesto de que más allá de la Rusia se acababa el mundo. Nuestros enemigos tenian sólo un momento que aprovechar, y por eso intentaron hacer el último estuerzo. La corte de Austria

principió por desorganizar mis planes acerca de Polonia, resistiéndose á devolverle lo que le había tomado, y yo me consideré obligado á guardarle consideraciones, cuya debilidad desbarató todos mis planes; porque desde el momento en que cedí en este punto me fué imposible abordar francamente la cuestión de la independencia de Polonia, viéndome precisado á dividir este país, sobre el que debía reposar la seguridad de la Europa. Por mi debilidad se disgustaron los polacos, y entraron en desconfianza, porque conocieron los sacrificaba á mi conveniencia. Advertí mi falta y me avergonzaba de ella, no queriendo ir á Varsovia donde nada tenía que hacer por el momento, ni otro partido que tomar, que el de librar en mis victoria sucesivas la suerte de aquella nación.

Sabía que la temeridad suele producir fruto, y discurrí que me sería posible lograr en una sola campaña lo que había pensado hacer en dos; esta celeridad me agradaba porque mi carácter había empezado á inquietarse. Me hallaba á la cabeza de un ejército que no tenía otros sentimientos que los de la gloria, ni otra patria que el campo de batalla. En lugar de asegurar mi territorio, y avanzar á golpe seguro, atravesé la Polonia y pasé el Niemen. Batí los ejércitos que se me opusieron, y marchando sin detención entré en Moskow. Esté fue el término de mis buenos sucesos, y debió haberlo sido de mi vida. Dueño de una capital que los rusos redujeron á cenizas, debí creer que este imperio se reconocía vencido, y que aceptaría las brillantes condiciones de paz que le propuse; pero entonces fué cuando la fortuna abandonó nuestra causa. La Inglaterra concluyó un tratado entre la Rusia y la Puerta, que dejó disponible el ejército de la primera. Un francés, que por casualidad había subido al trono de Suecia, hizo traición á los intereses de su patria, y se alió con sus enemigos, en la esperanza de cambiar la Finlandia con la Noruega.

El mismo trazó el plan de defensa á la Rusia, y la Inglaterra se opuso á que aceptase la paz. Yo estaba admirado de que se retardase su conclusión. La estación se avanzaba; y desde que me aseguré que no querían la paz, determiné la retirada. Los elementos la hicieron cruel, y los franceses adquirieron el mayor honor por la firmeza con que soportaron los reveses, acreditando que jamás pierden el valor sino con la vida.

Conmovido yo mismo con la vista de aquel desastre, tuve la necesidad de recordar que un soberano no debe jamás manifestar debilidad, ni doblegarse.

La Europa se hallaba más admirada de mis reveses que lo había estado de mis victorias, pero yo no debía equivocarme su admiración. Acababa de perder la mitad de aquel ejército que había causado su terror y podían esperar vencer los restos, porque había cambiado la situación de la fuerza, debiendo prever que pasado el primer asombro, volvería á tener contra mí la constante coalición, cuyas voces de alegría resonaban ya en mis oídos.

No hay peor momento para hacer la paz que el de una derrota. Pero sin embargo el Austria, que se complacía en ver disminuido mi poder, pues se mejoraba la parte que tenía en mi alianza, propuso la paz, ofreciendo su mediación; pero tenía perdido su crédito.

Era preciso vencer de nuevo, y estaba seguro de lograrlo desde que advertí que la Francia participaba de mi opinión. Jamás ha presentado la historia un gran pueblo bajo mejor aspecto. Contristado por sus pérdidas, solo discurría el modo de repararlas; y lo consiguió en tres meses. Este hecho responde á la charlatanería de los hombres que no saben triunfar sino con los desastres de su patria.

Quizá me debe la Francia, en parte, la actitud que conservó en la desgracia; y si hubo en mi carrera un

momento que merezca el aprecio de la posteridad, debe ser aquel, por el trabajo que me costó sostenerlo.

De nuevo me presenté á la Europa para abrir la más formidable campaña. El enemigo se sorprendió de volver á ver tan pronto nuestras águilas. El ejército que mandaba era más belicoso que aguerrido, pero llevaba consigo el patrimonio de una dilatada gloria, y lo conducía al enemigo con confianza. Tenía que cumplir un gran deber, porque era necesario restablecer nuestro crédito militar, y emprender de nuevo la lucha que había estado cerca de terminarse.

Yo conserbaba todavía la Italia, la Holanda y la mayor parte de las plazas de Alemania, habiendo perdido muy poco terreno; pero los ingleses redoblaban sus esfuerzos; la Prusia nos hacía la guerra por insurrección; los Príncipes de la Confederación estaban prontos á marchar en socorro del más fuerte, y como yo lo era aun, seguían mis banderas pero con lentitud. El Austria procuraba conservar la dignidad de los neutrales mientras que corrían la Alemania sublevando los pueblos contra nosotros. Todo mi sistema se hallaba destrozado.

La suerte del mundo debía decidirla el acaso; porque no había plan determinado en parte alguna. Todo dependía de una batalla, y era la Rusia la que debía terminar la cuestión, porque se batía con grandes fuerzas y de buena fé.

Ataqué el ejército Pruso-Ruso batiéndolo tres veces, y como estas victorias desorganizaban los planes de los adictos á la Inglaterra, aparentaron abandonar los proyectos hostiles, y comisionaron al Austria para que me propusiera la paz.

Las condiciones eran tolerables en la apariencia, y muchos, puestos en mi lugar, las hubieran aceptado, porque no se pedía otra cosa que la restitución de las provincias Illyriennes, y de las ciudades Anseáticas; el derecho de nombrar soberanos independientes de

los reinos de Italia y Holanda; la retirada de mis tropas de la España, y la restitución del Sumo Pontífice á Roma. También debían haberme pedido que renunciase á la Confederación del Rhin y á la mediación de la Suiza, pero tenían instrucciones de ceder sobre estos dos artículos.

Mi opinión sin duda se hallaba muy debilitada, en atención á que después de tres victorias se tenía el atrevimiento de proponerme que abandonase unos Estados que los aliados aun no se habían determinado á amenazar.

Si yo hubiera consentido recibir la paz, el imperio se habría arruinado en menos tiempo que consiguió elevarse. Quedaba por este tratado todavía poderoso en el mapa, pero nada era en la esencia; y el Austria, había roto nuestra alianza en el mero hecho de haberse elevado á la dignidad de mediadora y unídose al enemigo.

El restituir las ciudades Anseáticas hubiera sido confesar que estaba en el caso de hacer devoluciones, y esto solo daría motivo para que todos hubiesen querido recobrar su independencia: colocaba la insurrección en los países reunidos, y abandonando la España daba vigor á todas las oposiciones, y sobre todo, deponiendo la corona de hierro, ponía también en compromiso la del imperio; razones por las que se convenca que las consecuencias de la paz me eran siempre funestas, al paso que las de la guerra podían salvarme.

Es indispensable decirlo de una vez, eran demasiado grandes los sucesos y los reveses que marcaban mi historia para dar una suspensión á mis procedimientos. Era necesario que la revolución del siglo XIX se perfeccionase sin temor de retroceso, ó que se sofocase bajo montones de cadáveres. El resultado de esta cuestión tenía en expectativa al mundo entero. Si yo hubiera firmado la paz en Dresde, habría quedado in-

decisa, y me hubiera visto precisado á entablar de nuevo la guerra, principiándola cuando ya no era joven, y cuando tenía á mi cargo un imperio fatigado, á quien había prometido la paz, y que me censuraría el no haberla admitido.

Convenía mejor á aprovechar el único momento en que el destino del mundo dependía de una sola batalla, y en el que hubiera quedado á mi disposición si la hubiera ganado.

Yo rehusé la paz, y como cada uno ve las cosas á su medida, el Austria no vió sino mi imprudencia, y creyó que era la ocasión favorable de unirse á mis enemigos. No me convencí de esta desunión hasta el último momento, pero me hallaba en el caso de soportarla, pues estaba hecho mi plan de campaña que debía producir un resultado decisivo.

El inconveniente de los grandes ejércitos es que el general no puede hallarse en todas partes. Mis manobras eran, á mi entender, las mejores que había combinado jamás; pero el general Vandamme abandonó su posición, y se dejó hacer prisionero, Maedonadi, creyendo ascender á mariscal del imperio, estuvo próximo á perecer en las invasiones del ejército contrario. El mariscal Ney se dejó francamente batir, y mi plan fué desbaratado en pocas horas.

Fuí batido, y determiné la retirada quedando todavía bastante fuerte para volver á tomar la ofensiva mudando de posición. No quería perder las ventajas de las plazas que ocupaba, pues con una sola victoria sería nuevamente dueño del Norte hasta Dantzick. Por el contrario reforcé sus guarniciones mandando se sostuviesen hasta el último extremo, y en esta parte ejecutaron mis órdenes.

Me retiraba lentamente con un ejército respetable; pero me retiraba y los enemigos me seguían engrosándose, porque nada aumenta los ejércitos como las victorias. Toda la enemistad que el tiempo había reu-

nido se sublevó de una vez. Los Alemanes querían vengarse de los males de la guerra, y el momento les era propicio, porque yo había sido vencido. La tierra producía enemigos, como lo tenía previsto, y los esperé en Leipsiek en las mismas llanuras en que poco antes habían sido batidos.

Nuestra posición no era buena porque éramos atacados en semicírculo, y aun la victoria misma no hubiera podido tener buenos resultados para nosotros. En efecto, tuvimos la ventaja el primer día, pero sin poder recuperar la ofensiva, siendo aquella una batalla sin efecto que era preciso volver á empezar. El ejército se batía bien, sin embargo de su laxitud; pero en aquel momento (por un hecho que la posteridad designará como quiera) los aliados que peleaban en nuestras filas volvieron repentinamente las armas contra nosotros, y fuimos vencidos.

Tomamos el camino de la Francia, pero una retirada tan larga no pudo hacerse sin desorden. La fatiga y el hambre hicieron perecer mucha gente. Los Bávamos después de haber desamparado nuestras banderas, quisieron impedirnos volver á Francia. Los franceses pasaron sobre sus cadáveres, y entraron en Maguncia, costándonos esta retirada tanta gente como la de Rusia.

Nuestra pérdida fué tan grande que yo mismo me consterné de ella. La Nación se hallaba abatida, y si los enemigos hubiesen seguido su marcha, hubieran entrado con nuestra retaguardia en Pasis; pero el aspecto de la Francia los intimidó, y permanecieron mucho tiempo en nuestras fronteras antes de atreverse á pasarlas.

No se trataba ya de la gloria, sino del honor de la Francia, y por eso contaba con los franceses; pero como no era ya dichoso, me sirvieron mal. No acuso de ello al pueblo, siempre pronto á verter su sangre por la patria: tampoco me quejo de traición, porque es más

difícil hacerla que lo que se cree. Solo acuso al desaliento, fruto ordinario de la desgracia, y del que no estuve exento. El hombre acobardado permanece indeciso porque nada ve delante de sí que sea bueno, y ninguna cosa tienen de peor los negocios que la indecisión.

Yo hubiera debido desconfiar de este abatimiento general, y proveer á todo por mí mismo; pero me conlie de mi ministerio lleno de terror, en el que todo se ejecutaba mal. Las plazas fuertes no estaban reparadas ni provistas porque no habían sido amenazadas por el espacio de veinte años. El celo del paisanaje ocurrió á este daño; pero la mayor parte de los comandantes eran viejos enfermos, que se hallaban destinados en ellas como por descanso de sus servicios militares. Casi todos mis prefectos eran tímidos, y solo pensaban en preparar la fuga en lugar de defenderse. Yo hubiera debido mudarlos á tiempo para no tener en los primeros puestos sino hombres intrépidos, si es que se encuentran entre los que tienen que perder.

Nada había pronto para nuestra defensa cuando los suizos entregaron á los aliados el paso del Rhin. Los enemigos, á pesar de su victoria, no se habían atrevido á abordarlo de frente, y avanzaron con cautela. Se hallaban asustados de marchar sin obstáculos sobre un país que creían sembrado de bayonetas, pero no encontraron nuestra vanguardia hasta Langres.

Entonces dió principio esta campaña demasiado conocida para que yo la repita, y que dejará un nombre inmortal á aquella pequeña porción de valientes que no desconfiaron de la salvación de la patria. Ellos me volvieron la confianza, y creí por tres ocasiones que nada era imposible con tales soldados.

Tenia todavía un ejército en Italia y fuertes guarniciones en el Norte; pero había poco tiempo para hacerla venir á nuestro socorro, siendo necesario vencer en el acto. La suerte de la Europa se hallaba concen-

trada en mí solo, y nada había importante sino el punto en que yo estaba.

Los aliados me ofrecieron la paz (tanto era lo que desconfiaban de conseguir ventaja); pero después de haberla rehusado en Dresde, no podía admitirla en Chatillon. Para hacer la paz era necesario salvar á la Francia, y volver á poner nuestras águilas sobre el Rhin.

Después de semejante tentativa nuestras armas hubieran sido tenidas por invencibles. Los enemigos hubieran temblado al aspecto del hado que me daba la victoria. Dueño aún del medio dia y del Norte por mis guarniciones, una sola batalla me volvía mi preponderancia, y hubiera sido tan glorioso en los reverses como lo fui en las victorias.

Este resultado se hallaba muy próximo, porque mis evoluciones habían tenido buen efecto. El enemigo estaba desalentado y sin tino; una conmoción general iba á acabarlo todo: faltándole solo un momento; pero mi pérdida estaba decidida. Un correo que tuve la imprudencia de dirigir á la Emperatriz, cayó en manos de los aliados, y vieron que estaban perdidos. Un corso que se hallaba en su consejo les dió á entender que la prudencia era más perjudicial que la audacia, y tomaron el único partido bueno que les quedaba, y que yo no había previsto, adelantándose y marchando sobre París.

Les habían ofrecido facilitarles la entrada; pero esta promesa hubiera sido ilusoria si yo hubiese puesto la defensa de París en mejores manos. Confíe en el honor de la Nación; pero cometí la necedad de dejar en libertad á aquellos que sabía carecían de él. Llegué muy tarde á su socorro, y esta ciudad, que no supo defender ni á sus Soberanos, ni sus murallas, había abierto las puertas al extranjero.

Acusé al general Marmot de haberme hecho traición; pero hoy le hago justicia. Ningún soldado ha

vendido la fé que debía á su país: en otra clase de gente se ha encontrado la perfidia, pero no fuí dueño de un primer movimiento de dolor, viendo firmada la capitulación de París por mi más antiguo hermano de armas.

La causa de la revolución se hallaba perdida, pues yo estaba vencido. No eran ni los realistas ni los cobardes, ni los descontentos, los que me habían destruido, sino los ejércitos enemigos; y los aliados eran dueños del mundo, porque ya no podía disputarles su imperio.

Yo estaba en Fontainebleau rodeado de una tropa fiel, pero poca numerosa. Aún hubiera podido probar con ella la suerte de los combates, porque era capaz de acciones heróicas; pero la Francia hubiera pagado muy caro el placer de esta venganza, adquiriendo el derecho de acusarme de sus males: y me sometí, porque no quise que ella me imputase otra cosa que la gloria á que había elevado su nombre.

Me propusieron la abdicación, y conceptué que era una necesidad, respecto á mis intereses, pues había abdicado desde el día que fui batido; pero pudiendo servir esta fórmula algún día á mi hijo, no dudé en firmarla.

Un partido numeroso deseaba que este niño subiese al trono para conservar la revolución con mi dinastía, pero era imposible: los mismos aliados no podían escoger, y se veían obligados á colocar en él nuevamente á los Borbones. Cada uno se atribuía la gloria de haber sido el móvil de su vuelta al trono, pero á nadie se debía sino á la necesidad, pues era una consecuencia inmediata de los principios porque se había combatido hacia veinte años. Cuando recibí la corona puse los derechos del trono bajo el amparo de los pueblos, y restituyéndola á los Borbones, la ponía bajo la protección de los soldados dichosos. Este era el único modo de extinguir para siempre el fuego revoluciona-

rio; y el llamar cualquier otro Soberano para reinar en Francia, no hubiera sido otra cosa que sancionar solemnemente la revolución, ó un hecho de insensatez contra los derechos de los Soberanos.

Diré más: la vuelta de los Borbones era una felicidad para la Francia, porque la libertaba de la anarquía, y le prometía el reposo, asegurándole la paz. Esta era indispensable entre los aliados y los Borbones, pues con ella se protegían mutuamente, y la Francia no era complice en esta paz, porque no se trataba de su utilidad, sino de la familia que convenía á los aliados poner en el trono. Este era un tratado con el que se quería agradar á todos, y el mejor modo de que la Francia se pudiese escusar de la mayor derrota que una Nación guerrera ha podido jamás experimentar.

Yo era prisionero, y esperaba ser tratado como tal; pero sea por la especie de respeto que inspira un antiguo guerrero, ó por el espíritu de generosidad que ha dirigido esta revolución, me propusieron que escogiese un asilo. Los aliados me cedieron una isla y un título, que consid'aron tan nulo el uno como el otro. Me permitieron (y en esta parte su generosidad fué muy noble) llevar en mi compañía un pequeño número de aquellos soldados viejos que habían corrido conmigo tantas fortunas, y algunos de aquellos hombres á quienes la desgracia no desalienta.

Separado de mi esposa y de mi hijo, contra todas las leyes divinas y humanas, me retiré á la isla de Elba sin ninguna especie de proyecto para lo sucesivo. Quedé reducido á un mero espectador del siglo, pero sabía mejor que ningun otro, en que mano iba á caer la Europa: sabía además que ella sería conducida por acaso, y que los efectos de este acaso podían volverme á poner en juego. Sin embargo, la impotencia de contribuir á él me impedía formar planes, viviendo en la historia como un extranjero, pero la marcha de los acontecimientos se precipitó más que lo que yo creía, y me

sorprendieron en mi retiro. Recibía los diarios que me instrúan del pormayor de los negocios, y al través de sus mentiras procuré conocer el verdadero espíritu de las cosas.

Me pareció que el Rey había descubierto el secreto de nuestro siglo, conociendo que la mayoría de la Francia quería la revolución: que sabía por la experiencia de veinte y cinco años que su partido era muy débil para resistir á la mayoría que acaba siempre por dar la ley: siendo indispensable para reinar que lo hiciese de acuerdo con la misma, es decir, con la revolución, y que para no ser revolucionario, rehiciese de nuevo dicha revolución en fuerzas del derecho divino que le estaba conferido.

Esta idea era ingeniosa, pues hacía á los Borbones revolucionarios con seguridad de conciencia, y á los revolucionarios realistas, conservando sus intereses y opiniones. No debía pues haber más que un corazón y un alma en la Nación, y esto era lo que se repetía, pero no lo cierto.

Sin embargo, se sacaba tanto fruto de esta combinación, que la Francia, bajo su régimen, hubiera florecido en pocos años, y el Rey hubiera resuelto con solo un rasgo de su pluma el problema porque yo había combatido veinte años, puesto que establecida la nueva economía política en Francia, la hacía reconocer sin contestación en toda la Europa. Ninguna otra cosa le faltaba para conseguirlo que el saberse gobernar.

Para llevar á efecto esta grande obra, el Rey había formado una Constitución, fundada en los mismos principios que lo están todas las demás, y que era excelente, porque lo son todas cuando se ponen en ejecución; pero como las constituciones no son más que hojas de papel, no tienen otro valor que el que les da la autoridad que se encarga de defenderlas, y en parte alguna de Francia existía esta autoridad. En lugar de reunirse en las solas manos que tenían su responsabili-

dad, dejó el Rey que se dividiesen entre todos los partidos que llevaban su nombre, y en lugar de ser el Jefe del Estado, se dejó constituir en Jefe del partido. Todo tomó en Francia un color faccioso, y se estableció la anarquía.

Desde entonces no hubo más que inconsecuencia y contradicción en todo el sistema de la corte, desmintiendo las obras á las palabras, porque en el fondo del corazón se quería otra cosa diversa de la que existía. El Rey había formado una Constitución para impedir que se la formase el pueblo, pero era evidente que pasado el primer momento esperaban los realistas destruirla paso á paso, porque no les acomodaba.

Solo se colocaron piedras angulares en el edificio del gobierno: se restableció la nobleza; pero no habiéndosele dado ni prerrogativas ni poder, no era Democrática porque era exclusiva, ni Aristocrática porque nada suponía en el Estado, de suerte que se había hecho un mal servicio á la nobleza restituyéndola sobre este pie, pues siendo ofensiva al pueblo se le dejaba espuesta sin darle armas para defenderse, y esta era una contradicción que debía atraer continuos choques.

Se quiso restablecer el estado eclesiástico, pero se escogió un obispo secularizado, para reparar el trono y el altar; se pretendió hacer olvidar la revolución, y resucitaron sus cenizas: se quería poner en movimiento la revolución del año de 89 con los realistas, y la contra revolución del 31 de Marzo con los ex-constitucionales, pero en ambas cosas obraron desacertadamente, porque no se hacen revoluciones sino con hombres que nacen con ellas, y por esta razón el Rey no debió haberse servido sino de jóvenes de veinte años: se pretendía sostener la revolución; y se envilecían sus instituciones, desanimando de este modo el cuerpo de la Nación que se había criado con ellas, y acostumbrado á respetarlas.

Conservaban mis soldados porque les tenían miedo

y se les pasaba revista por gente que hablaba de gloria, solo por haber saludado á los Cosacos.

Nadie tenia confianza en lo que existia, porque en ninguna parte se veia un punto de apoyo. No lo habia en los intereses porque se hallaban comprometidos; ni en las opiniones, porque estaban en continuo choque; ni en la fuerza, porque no habia á la cabeza de los negocios ni brazos, ni voluntad.

Yo estaba bastante bien informado de lo que pasaba en el Congreso de Viena donde se divertían en ridicularizarme. Supe á tiempo que los ministros de Francia habian decidido al Congreso á sacarme de la isla de Elba para desterrarme á la de Santa Elena, y me costó mucho trabajo el creer que el Emperador de Rusia hubiese consentido tan pronto en faltar á la fé, de los tratados, pues hice siempre mucho aprecio de su carácter; más convencido de la certeza, pensé en el modo de substraerme de la suerte á que se me destinaba.

Mis débiles medios de defensa bien pronto hubieran sido destruidos, y por eso debía probar el modo de adquirirlos mayores, para hacerme por segunda vez temible al enemigo.

La Francia no tenía confianza alguna en su gobierno: el gobierno tampoco la tenía en la Francia. La Nación conocía que sus intereses no eran los del trono, y que los del trono tampoco eran los suyos; siendo aquella una mutua traición que debería perder al uno ó al otro. Era ya tiempo de prevenirla, y concebí un proyecto que parecerá atrevido, pero que en realidad era muy puesto en razón.

Pensaba volver á ocupar el trono de la Francia. Por débiles que fuesen mis fuerzas eran mayores que las de los realistas, porque tenía por aliado el honor de la patria, que jamas se extingue en el corazón de los franceses.

Confiado en este apoyo pasé revista á la pequeña tropa á quien destinaba tan grande empresa. Los sol-

dados estaban mal vestidos porque no habia tenido con qué equiparlos, pero eran de corazones intrépidos.

Mis preparativos no duraron mucho porque solo llevaba armas, y opinaba que los franceses nos proveerian de todo. El coronel inglés que me custodiaba habia pasado á divertirse á Liorna, y me hice á la vela con buen viento.

Nuestra pequeña flota no padeció accidente alguno durando la travesia solo cinco días, al cabo de los cuales volví á ver las costas de Francia, cerca de la misma playa donde habian tomado tierra quince años antes, á mi vuelta de Egipto.

La fortuna parecia sonreírseme como antes, y como antes, volvía á aquel país de gloria para restablecer sus águilas y hacerlo independiente.

Desembarqué sin obstáculo, y me restituía á Francia desgraciado. Mi comitiva consistia en un pequeño número de amigos y hermanos de armas que habian participado conmigo de la fortuna y la desgracia; pero este era un nuevo motivo para adquirirse el respeto y el amor de los franceses.

Yo no tenía plan determinado porque solo poseia datos muy vagos sobre el estado de las cosas. Aguardaba mi decisión de los acaecimientos, y solo habia tomado algunos partidos para los casos probables.

Solo tenia un camino que seguir porque me faltaba punto de apoyo. Grenoble era la plaza fuerte más vecina, y marché hácia ella con la brevedad posible, porque quería saber á qué atenerme acerca de mi empresa. La acogida que tuve en mi marcha superó mis esperanzas, confirmando mi proyecto, y observé que la parte del pueblo que no se habia corrompido por pasiones ni por intereses, conservaba un carácter voronil, al cual ofendía la humillación.

Descubrí al fin la primera tropa que dirigieron contra mí; eran soldados míos y me adelanté sin te-

mor (tan seguro estaba de que no se atreverían á hacerme fuego). Ellos volvian á ver á su Emperador marchando á la cabeza de aquellos antiguos maestros de la guerra, que tantas veces les trazaron el camino de los combates.

Yo era todavía el mismo, puesto que les llevaba la independencia con mis águilas.

¿Quién no hubiera creído que los soldados franceses titubearían un momento entre los juramentos prestados de oficio bajo las banderas del extranjero, y la fé que habían jurado á aquel que venía á libertar á la patria? El pueblo y los soldados me recibieron con las mismas aclamaciones de alegría. Yo no tuve otro obsequio que estas aclamaciones, pero ellas valían más que los mejores aparatos, porque me prometían el trono.

Esperaba hallar alguna resistencia de parte de los realistas, pero me equivoqué: no me opusieron alguna y entré en París sin verlos, como no fuese en las ventanas. Nunca empresa más temeraria en la apariencia costó menos trabajo en su ejecución, y fué porque estaba conforme con el voto de la Nación, y porque todo se hace fácil cuando se sigue una opinión.

La revolución terminó en veinte días sin haber costado una sola gota de sangre. La Francia cambió de aspecto, y los realistas ocurrieron á pedir socorro á los aliados. La Nación vuelta en sí recobró su vigor. Era libre, pues acababa de hacer colocándose en el trono, el acto más grande de espontaneidad que pertenece á los pueblos. Yo no me encontraba en aquella situación si no por su elección, pues no la hubiera conquistado con mis seiscientos soldados. Ella no me temía ya como Príncipe, sino me amaba como su salvador. El tamaño de mi empresa había hecho desaparecer mis infortunios, y me había restituido la confianza de los franceses, siendo de nuevo la persona escogida por ellos.

Jamás el todo de una nación se ha espuesto á situación más peligrosa, con tanto abandono é intrepidez, sin calcular ni el peligro ni las consecuencias. El amor á la independencia inflamó á aquel pueblo, que la historia colocará con prelación á los demás.

Yo había rehusado la paz que me ofrecían en Chailon, porque estaba sobre el trono de Francia y me hacía descender mucho; pero podía admitir la que acordaron á los Borbones, porque venía de la isla de Elva, y se puede uno detener al elevarse, y jamás cuando descende.

Creí que la Europa asombrada de mi vuelta y de la energía del pueblo francés, temería dar principio á la guerra con una nación cuya temeridad veía, y con un hombre cuyo carácter por sí solo, era más fuerte que todos sus ejércitos.

Hubiera sucedido así si el Congreso se hubiese disuelto, y hubiésemos tratado uno á uno con los Soberanos; pero su amor propio se acaloró porque estaban unidos, y fueron inútiles mis esfuerzos para mantener la paz.

Yo debiera haber previsto este resultado, y aprovechar el primer ímpetu del pueblo, para acreditar hasta qué punto éramos respetables, y el enemigo hubiera temblado de nuestro atrevimiento, cuando por el contrario no vió otra cosa que la debilidad de mi indecisión; y tenía razón, porque yo no obraba ya según mi carácter. Mi actitud pacífica adormeció á la Nación dejándola creer que era posible la paz. Desde entonces se perdió mi sistema de defensa, porque los medios de oposición eran inferiores á los riesgos.

Era necesario principiar de nuevo la revolución para adquirir los recursos que ella ofrece. Era indispensable excitar todas las pasiones para aprovecharme de su ceguedad, sin lo cual no podía salvar la Francia.

Yo hubiera podido arreglar esta segunda revolución

en los mismos términos que la primera; pero jamás he apreciado las conmociones populares, porque no hay brida que las detenga. y me engañé creyendo que se podían defender las Termópilas, cargando las armas en doce tiempos.

Quise sin embargo hacer una parte de esta revolución, como si hubiera dudado que nada valen las cosas á medias. Ofrecí á la Nación su libertad porque se quejaba de haberla perdido bajo mi primer reinado, y esta libertad produjo su efecto ordinario, pues dió á las palabras el valor de las acciones. La clase imperial se disgustó porque destruía el sistema á que estaban unidos sus intereses. El cuerpo de la Nación se manifestó indiferente porque apreciaba poco la libertad, y los Republicanos desconfiaban de mi proceder, porque no era conforme con el que hasta entonces me habían observado.

De este modo establecí yo mismo la desunión en el Estado. Bien lo conocí, pero contaba con la guerra para arreglarlo. La Francia acababa de levantarse con tanta valentía; había manifestado tanto menosprecio por lo futuro: su causa era tan justa (puesto que era el derecho más sagrado de las naciones) que yo esperaba ver tomar las armas á todo el pueblo por un solo grito de honor y de indignación; pero ya era tarde.

Conocía el peligro de mi posición; medía el ataque y la defensa, y observé que no guardaban proporción. Principié á desconfiar de mis recursos; pero no era el momento de decirlo. Por un accidente desgraciado me puse enfermo al aproximarse la última crisis. Me hallaba con el alma despedazada en un cuerpo mortificado.

Los ejércitos se acercaban. En el mio había voluntad y entusiasmo en el soldado, pero no en los Jefes que estaban fatigados, eran viejos, habían servido mucho en la guerra, y tenían terrenos y palacios. El Rey

les había dejado sus bienes y sus empleos, y venían como aventureros á arriesgarlos de nuevo conmigo, principiando su carrera, y por poco amor que tuviesen á la vida, nadie gusta pasarla dos veces: esto es mucho exigir de la naturaleza humana.

Partí para el cuartel general, solo contra todo el mundo, y probé á combatirlo. La victoria nos favoreció el primer día, pero nos engañó al siguiente. Fuimos vencidos, y la gloria de nuestras armas vino á morir en los mismos campos donde había nacido veinte y tres años antes.

Hubiera podido defenderme todavía, porque mis soldados no me hubieran abandonado, pero no se quería otra cosa que mi persona. Pedían á los franceses que me entregasen á los enemigos, y esto era pedirles una bajeza para obligarlos á batirse. Yo no valía tanto sacrificio, y debía hacer demisión, no quedándome tampoco otro partido que abrazar. Decidido á entregarme al enemigo esperaba que se contentarían con los rehenes que iba á depositar en sus manos, y que pondrían la corona en las sienes de mi hijo.

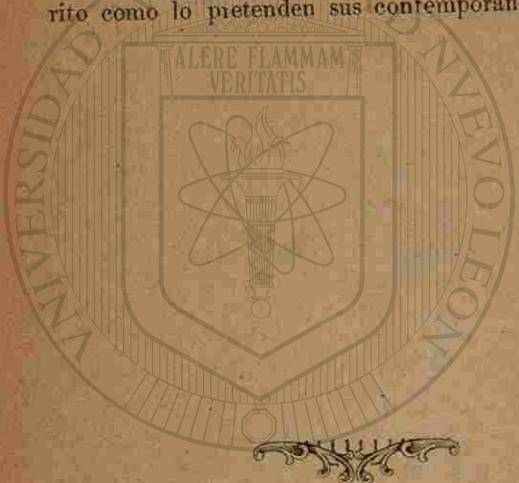
Era imposible colocar á este niño sobre el trono en 1814, pero la cosa me parecía conveniente en 1815. No digo los motivos: quizá el tiempo los descubrirá.

No dejé la Francia hasta que el enemigo se acercó al sitio de mi retiro. Mientras no hubo más que franceses alrededor de mi, quise permanecer en medio de ellos solo y desarmado, siendo esta la última prueba que podía ofrecerles de confianza y afecto. y el gran testimonio que daba de su lealtad á la faz del mundo.

La Francia respetó en mí la desgracia hasta el momento en que dejé para siempre sus riberas. Hubiera podido pasar á América, y llevar mi derrota al nuevo mundo; pero después de haber reinado en

Francia, no debía envilecer su trono buscando otra gloria.

Prisionero en otro hemisferio, nada tengo que defender sino la reputación que la historia me prepara. Ella dirá que un hombre á cuyo favor se declaró todo un pueblo, no debe ser tan escaso de mérito como lo pretenden sus contemporáneos.



CAPILLA ALFONSO IX

DOLORES

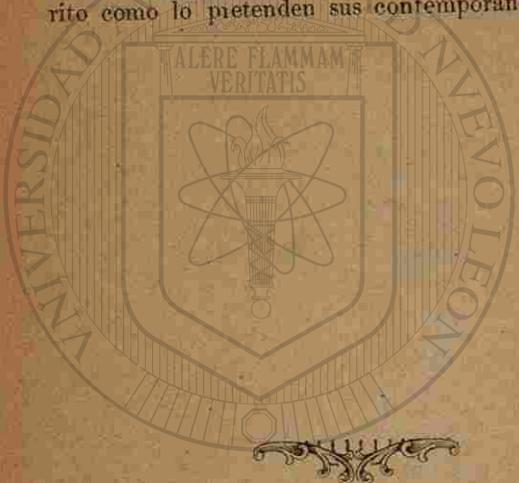
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Francia, no debía envilecer su trono buscando otra gloria.

Prisionero en otro hemisferio, nada tengo que defender sino la reputación que la historia me prepara. Ella dirá que un hombre á cuyo favor se declaró todo un pueblo, no debe ser tan escaso de mérito como lo pretenden sus contemporáneos.



CAPILLA ALFONSO IX

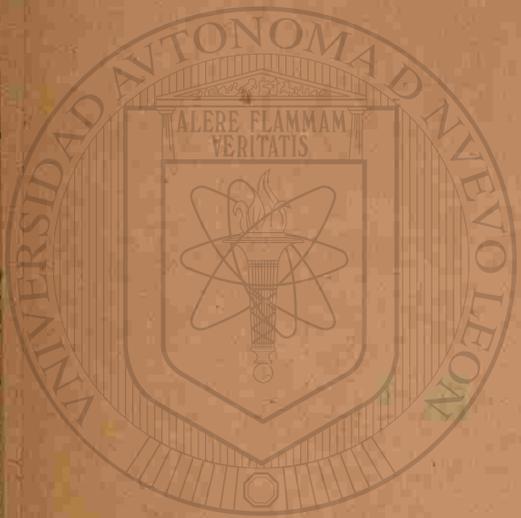
DOLORES

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



®



CAPILLA ALFONSO

FEDERICO BALART

DOLORES

POESIAS

CON PROLOGO DE

M. L. PORTUGAL

EDITOR

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

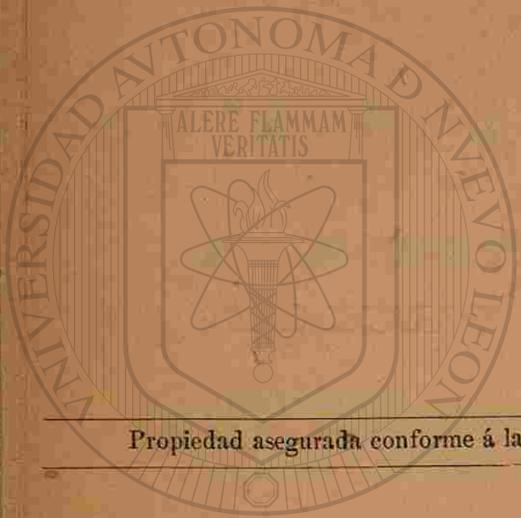
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MEXICO.

IMPRENTA COSMOPOLITA

COLONIA DE SAN RAFAEL

1894



Propiedad asegurada conforme á la ley



FONDO HISTORICO
RICARDO COVARRUBIAS

PROLOGO

No, no es un prólogo, temeridad sería prologar el admirable libro de Balart. ¿Quién pretende formar un marco, por más que sea obra de divino orífice, al sublime cuadro del crepúsculo? «Dolores» es la cristalización de una alma, cristalización hecha lágrima: á lágrima como la blanca y firme estalactita gota á gota.

Este artículo es impresionista: en él están expresados todos los sentimientos, todas las sensaciones, todas las ideas, todas las armonías que en mí despertaron á su lectura.

«¡Dolores!» y qué bien cuadra el nombre de la muerta eternamente amada, á la colección de poesías que forman el ya famoso libro, cada una de ellas es como un pétalo de una flor blanca y triste, reunidas componen esa azucena purísima, nacida al borde de un sepulcro, alimentada con un inmenso dolor, y que derramará siempre el perfume de una tristeza infinita.

La obra llama desde luego la atención por su unidad y por su sencillez y la crítica se detiene porque los grandes dolores imponen silencio.

La lira de Federico Balart ha lanzado en la armonía poética de este momento literario una nota excepcional, la que parte del fondo del corazón; la que vibra en los labios y no pasa por el cerebro; la que se condensa en una gota de llanto, y no en la burbuja de oro de la frase brillante; la que traduce el dolor humano y golpea en cada corazón; la que despierta en el recuerdo un dolor parecido; la que viene á decirle á nuestros duelos: llorad conmigo.

La «María» de Isacc, ese supremo idilio, hiere el alma: porque el dolor de Efrain lo hemos sentido antes, y la tristeza latente se despierta, se aviva y gime con aquella otra tristeza pálida y casta.. Con «Dolores» pasa otro tanto. ¿Quién

no ha depositado sobre la tumba de uaa esperanza la pasionaria de sus dolores? ¿Quién al recorrer las páginas del hermoso libro de Balart, no ha sentido que el llanto interno, esas lágrimas que no salen á los ojos, pero que bajan en silencio al fondo del corazón, descienden en secreto, acompañando el duelo del poeta, aplauso el más sincero y el más callado, ese que no resuena porque no hallaría ritmo para manifestarse, que nadie lo escucha, pero que bendice al que cantó la doliente estrofa.

Los que esgrimis la espada de la crítica no lle-
gueis á abrir el libro, él es una piscina santa á donde van á beber los que sufren, él es belleza porque es todo ternura y sentimiento, porque es el grito, no de la desesperación que blasfema, sino de la nostalgia de una alma, nostalgia que canta en el acorde del gemido, sollozo del que sufre, eco de plegaria, balada trístisima del que sueña, miserere del que llora desde la cárcel de la vida enviando hasta ultratumba el perfume de un amor que no apagó la distancia ni la muerte.

Nunca podría repetirse con mayor verdad lo que no ha mucho decía Bolet Peraza "toda belleza tiene alma, llámesela idea ó llámesela sen-

timiento." "Dolores" tiene dos almas, la de la muerta que palpita en el amor del vivo y la de éste que quedó en aquellas páginas. Parece que el poeta vació en el ánfora delicada de sus versos, el alma entera, desafío en que venció á la muerte, revancha sublime. Allí sobre el fondo obscuro de sus tristezas vivirán sus versos brillando como lágrimas de plata en negro terciopelo que cubre un ataúd, allí, repito, se estrecharán eternamente las almas del poeta y de la ausente. En su impotencia la silenciosa segadora se detendrá ante el monumento levantado por el bardo á su amada, monumento, escrito hecho ritmo, acorde, elegía, monumento de aquellos que perduran.

La inspiración de Balart no se debilita en esa lucha en que la mayor parte de los poetas se empeñan hoy, buscando la forma más ó menos gallarda, pero siempre novísima; el autor de "Dolores" no es el mosaista empeñado en la labor prismática, en el escarceo de la frase, en el pulimento cansado del vocablo; á Balart, para llorar su dolor, le hubiera bastado, el canto del rapsodista griego antes de Homero.

La poesía de Balart es sentimiento y por ende reflejo de un estado de ánimo. A veces se apode-

ra de él la duda y parece que del ánfora del verso va á surgir.

"Una adelfa purpúrea: la blasfemia"

Luego el creyente se levanta con el escudo de la fé y entonces aroma el vaso del ritmo,

"Una azucena blanca: la plegaria"

Balart no pertenece á ninguno de esos grupos que han formado escuela llamándose decadentistas, la última escuela que la estravagancia literaria ha formado en Alemania Poetas *fin de siècle* que no irán más allá de las fronteras del que vemos que termina.

Podría citar las bellezas de este poema del amor y del sufrimiento y sus defectos, que en mi humilde concepto también los tiene; pero ¿para qué si el lector que tiene ya en sus manos este libro va á conocer unas y otros?

"Dolores" ha venido á demostrar que en este período del egoismo y de la mentira hasta en el arte, hay corazones que sienten con toda la pureza del amor nunca extinto y que no es preciso el esfuerzo cerebral gastado en la obra de japonismo, ni el epíteto extravagante, ni el pensamiento vestido de falsos arreos, para producir una obra hermosa. Leed, leed el poema y sentireis como yo he sentido. No es el canto que es-

cuchamos al pasar por el bosque en el que el ave dice el trino de sus amores; es la queja de la tórtola viuda que llora junto al nido abandonado' queja que no se detiene en el oído, que penetra y baja hasta las profundidades del corazón, donde se cristalizan los dolores y se elaboran las lágrimas.

"Dolores" es el grito de una alma, por eso es grande; "Dolores" es sentimiento, por eso es bello; "Dolores" es dolor, por eso vivirá siempre.

MANUEL LARRAÑAGA PORTUGAL.

AL LECTOR

Este libro, que al mundo lanzado veo,
Lector, contra el torrente de mi deseo,
Por más que hoy tu mirada sobre él irradie,
Para tí no se ha escrito.—¡Ni para nadie!
Exudación de un alma de angustia llena,
La materia y la forma le dió una pena.
En sus versos, desnudos de gala y arte:
Ni voluntad ni esfuerzo tuvieron parte:
Lágrimas son que turbias se aglomeraron,
Que en informes estrofas se coagularon,
Y en una alma nacieron que el duelo enluta,
Como la estalactita nace en la gruta.
Yo, que en densa tiniebla desaparecido
Soy un triste habitante del triste olvido,

Mis canciones dejaba sonar á solas
Como en playa desierta suenan las olas,
Al pié de árbol estéril, hojas caídas,
Entre el polvo rodaron desconocidas.
Hoy, que contra mi gusto las lanzo al viento,
Tales como las hallo te las presento.
La corrección mezquina, meticulosa,
Que los versos á veces convierte en prosa,
Si tersura les presta, verdad les quita:
¿Quién corrige, quién pule la estalactita?
Lo que en su masa tosca puede agradarte
Es ver cómo espontánea creció mi arte;
Y de ese crecimiento pierdes la norma
Cuando á la estalactita quitas su forma.
Si este libro robarte logra un momento,
Sólo ha de ser en gracia del sentimiento;
Sentimiento que es siempre, de varios modos,
Si en cada cual distinto, común á todos.
En la roca pendiente sobre el abismo,
Cruza el hombre los brazos y entra en sí mismo
Y duda, al ver el alma y al ver el mundo,
Cuál de los dos abismos es más profundo;
Mas siempre halla en el fondo de entrambos huecos,
Para iguales gemidos, iguales ecos.
Desde que el mundo es mundo, con varios nombres
Iguales desventuras lloran los hombres.
Ya Job llevó la carga que yo ahora llevo:

¡Bajo el cielo estrellado no hay nada nuevo!
El volcán siempre arroja la misma lava:
Hoy pensamos lo mismo que Job pensaba,
Porque, bajo el azote de suerte impía,
Hoy sentimos lo mismo que Job sentía:
A más crudas desgracias, penas más crudas,
¡Y, á mayores problemas, mayores dudas!
Y, siendo igual el fondo del sentimiento,
¿No lo han de ser las formas del pensamiento?
¡Ay! desde Adán, el hombre siempre ha tenido
Para iguales dolores igual gemido:
En placeres y penas, por varios modos,
Nada es tuyo ni mío; ¡todo es de todos!
Cuando Mayo los campos cubre de flores,
Cantan la misma endecha los ruiseñores;
Pero, aunque confundidas en un lamento,
Cada voz se distingue por el acento.
Catedral cordobesa, que, si hoy bendita,
De otro Dios y otro culto fuiste mezquita:
Entre cuantas columnas te hacen preciada
Para tí ni una sola fué cincelada.
Pero, si en sus robustos fustes gigantes
Otros cien edificios pasaron antes,
Hoy que en ellos descansas, dí, ¿quién te quita
Tu original belleza, noble mezquita?
En la flor de los campos, blanca ó bermeja,
Delicados aromas bebe la abeja;

Pero el licor sabroso que el panal mana
No es romero, tomillo ni mejorana:
El dulzor que en el labio la miel nos deja
Es algo que tan sólo le da la abeja,

Yo no aspiro á que ensalces mi fantasía,
Lector, á mi me basta tu simpatía;
Y en ella sin temores el alma espera,
Que no hay voz despreciada cuando es sincera.
Todo ajeno gemido vibra en nosotros;
Los unos padecemos lo que los otros;
No se pierden los ayes en el vacío:
¡Mi dolor siempre es tuyo, y el tuyo es mío!

PRELUDIO

*

Yo te bañé con mi llanto,
Yo te abrí la obscura caja,
Y, dominando mi espanto,
Yo te vestí la mortaja:
Blanca toca y negro manto.

Tu cuerpo cubrí de flores,
Y te ceñí por corona
(¡Postrer don de mis amores!)
El velo de tu Patrona
La Virgen de los Dolores,

Después, en mi fiebre amante,
Junto á tí me arrodillé,
Y convulso y delirante,
Sobre tu yerto semblante
La cabeza recliné.

Y, abismado en el dolor,
Seis horas pasé mortales

Hablándote de mi amor,
Al trémulo resplandor
De los cirios funerales.

El sentido al fin perdi;
Y, sin que yo lo advirtiera,
Alguien me arrancó de allí:
¡Muriera yo junto á tí,
Primero que en mí volviera.

¿Qué sentí?—Lo que, abatida
Por la zarpa del león,
Sentirá la cierva herida;
Lo que la garza, oprimida
Por la garra del haleón.

Algo que no es vil excusa
Ni santa conformidad;
Que ni asiente ni rehusa;
¡Horrible mezcla confusa
De estupor y de ansiedad!
Por salir de aquel estado
Pugnaba con vano empeño
Pensando que era soñado:
¡Un año entero ha pasado,
Y aún me parece que es sueño!

*

Desde aquel amargo día
Vivo en triste soledad;

Y, en esta lenta agonía,
La mitad del alma mía
Llora por la otra mitad.

Fija la vista en el suelo,
Largo tiempo te llamé
Con amargo desconsuelo:
Hoy sé que estás en el cielo;
¡Y en el cielo te hallaré!

Dios, que mira mi aficción,
Cuando en la noche callada
A El levanto mi oración,
Con su palabra sagrada
Se le dice al corazón.

Y estas tiernas emociones
Y dulces melancolías,
Origen de mis canciones,
¿Qué son sino inspiraciones
Que tú del cielo me envías?

Obra tuya debe ser
Este cambio singular
Que no acierto á comprender:
Yo nunca supe cantar,
Y ahora canto sin saber.

Canciones de triste acento,
Siempre regadas de llanto;
Porque, en hondo abatimiento,

Los sollozos son mi canto,
La muerte mi pensamiento;
Que, como es dura mi suerte
Y abrigo la convicción
De que en la gloria he de verte,
Sólo pensando en la muerte
Se me ensancha el corazón.

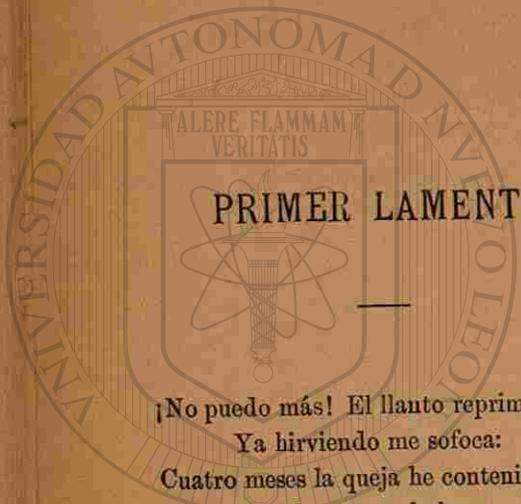
*

Aquel ruiseñor sin nido
Que vaga por la pradera
Conturbado y dolorido
Con el recuerdo querido
De su pobre compañera,
Cuando al fin el canto agota,
Sobre una rama sin flor
Que el cierzo iracundo azota
Repite una sola nota,
Eco de un solo dolor.
Así yo que, sin ventura,
Con el alma destrozada
Y envuelto en tiniebla obscura,
Llevo hasta el fondo apurada
La copa de la amargura,
En la horrible turbación
Que me oprime el corazón
Y la mente me enajena,

Ni tengo más que una pena,
Ni sé más que una canción.

Querella de mi agonía,
Conforme sale de mí
A tí mi dolor la envía:
¡Oyela tú, vida mía,
Porque es toda para tí!

JULIO DE 1880.



PRIMER LAMENTO.

¡No puedo más! El llanto reprimido
Ya hirviendo me sofoca:
Cuatro meses la queja he contenido,
Con el puño en la boca.

¡No puedo más! Perdona, Dios clemente,
Perdona si te agravió
Rompiendo al fin los diques al torrente
Que rebosa en mi labio.

Gimiendo me sorprende la mañana;
Gimiendo paso el día:
En sólo un pensamiento ¡oh Dios! se afana
Tenaz el alma mía.

Entre oscuros cipreses ven las aves
Una tumba ignorada:

Para dos fué labrada—¡tú lo sabes!—
Para dos fué labrada!

Aún la mitad, Señor, está vacía,
Y un cadáver me espera:
¡Logre, logre su ansiada compañía
Mi pobre compañera!

Cuando en la triste noche el viento azota
Los árboles desnudos,
Y la lluvia descende gota á gota
Sobre los campos mudos,

Allá vuela mi mente enamorada,
Allá vuela afanosa,
Buscando á la que sola y olvidada
Bajo el mármol reposa.

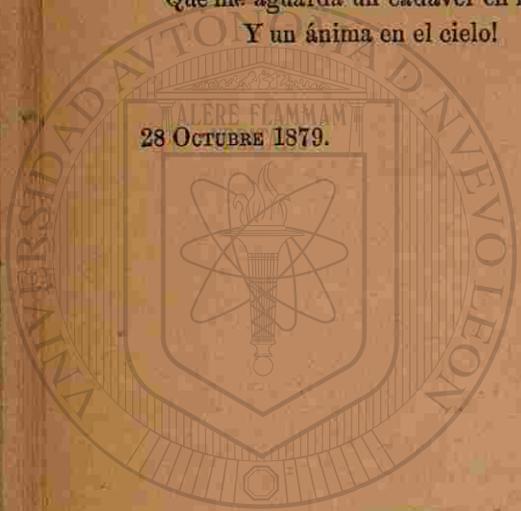
Desde que ella partió, sordo mi oído,
Ciegos están mis ojos,
Y mi lecho, que ayer de amor fué nido,
Ya es tálamo de abrojos.

¡No puedo más, Señor! Niebla sombría
me impide verla y verte.

Manda un rayo de luz á mi agonía,
¡Y venga en él la muerte!
La muerte, sí, la muerte es mi esperanza,
La muerte redentora
Que esta tormenta tornará en bonanza
Y esta noche en aurora,

¡Misericordia, oh Dios! ¡Cese esta guerra,
Cese este ardiente anhelo;
Que me aguarda un cadáver en la tierra
Y un ánima en el cielo!

28 OCTUBRE 1879.

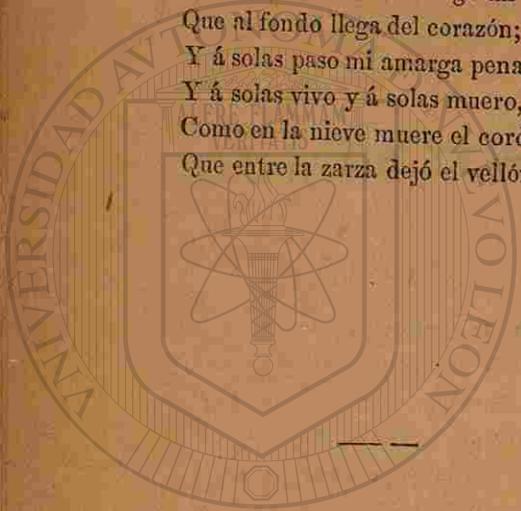


CAPILLA ALFONSO

SOLEDA D

Cuando abatido dejo mi casa
Y al campo salgo, triste y sombrío,
Tal vez me quedo mirando al río,
Tal vez me quedo mirando al mar:
Como esa linfa que pasa y pasa,
Fueron mis dichas y mis venturas,
Como esas olas mis amarguras,
Que van y vienen sin descansar,
Mudo y absorto, soio y errante,
Ya en mí se cifra mi vida entera:
Nadie se cuida, nadie se entera
De los suspiros que al viento doy.
Ya no me queda ni un pecho amante
Que con sus penas mis penas junte,
Ni un dulce labio que me pregunte
De dónde vengo ni á dónde voy.

Nadie ve el duelo que mi alma llena;
Mis negras dudas á nadie fío;
Todas mis fuerzas embarga un frío
Que al fondo llega del corazón;
Y á solas paso mi amarga pena,
Y á solas vivo y á solas muero,
Como en la nieve muere el cordero
Que entre la zarza dejó el vellón.



CAPILLA ALFONSO

COMPañIA

De ir solos por la vida nos quejamos
A la contraria suerte:
Y solos nunca vamos;

Que, mientras por la vida caminamos,
Siguiendo nuestros pasos va la muerte.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



PUNTOS DE VISTA.

La sombra por el cielo se extendía
Con resplandor escaso,
Serenos y melancólico, en ocaso,
Iba muriendo el día;
Sobre el vago crepúsculo que huía,
Negra su forma recortaba el monte
Cuyas cumbres enhiestas
Dibujan con sus picos y sus crestas
La línea desigual del horizonte;
Y entre la obscura sombra que caía
Y el monte que siniestro la esperaba,
Como una tumba, misteriosa y fría,
La noche sobre el mundo se cerraba.

Y él entonces me dijo:—¿Por qué triste
Siempre tu alma cobarde se acongoja?
¿Por qué al placer tu pecho se resiste
Cuando el cierzo despoja
Sañudo al árbol de su inútil hoja,
Y cuando Abril de flor los campos viste?
Y yo le respondí:—Jamás en calma
Sourríe á las miserias de este mundo
Quien con tedio profundo
La duda y el dolor lleva en el alma.
Y él añadió:—Contempla la belleza,
Contempla la alegría
Con que el mundo renueva cada día
La madre universal Naturaleza.
Y yo:—Contra la duda no hay guarida:
El hombre que probó su amargo deajo,
Mientras al cuerpo el alma lleva unida
No vuelve á desplegar el entrecejo.
En esa sucesión no interrumpida
Que un sér en otro sin cesar convierte,
Tú escuchas los alientos de la vida,
Yo escucho las congojas de la muerte.
Y él á mí:—La esperanza es luz del mundo;
En todo brilla su esplendor fecundo:
Mientras en las regiones del ocaso
Con ceño moribundo
Sepulta el sol su resplandor escaso

Que extinguiéndose va de loma en loma,
Tibio, dulce, tranquilo, paso á paso,
Nuevo fulgor por el oriente asoma,
Sus rayos extendiendo por la duna
Como blanco cendal en muelle cuna.—

Dijo, y miré.—Rayaba por oriente
Claro nimbo esplendente;
Y entre las sombras de la noche bruna
Subiendo silenciosa al horizonte,
Sobre el valle y el monte
Su sudario de luz tendió la luna.

EXEQUIAS

Si el cielo, de noche,
Me paro á mirar,
Tantas luces y tanto silencio
Me dan que pensar;
Y, al ver como callan
Tierra, viento y mar,
Me parece que el mundo es un muerto
Que van á enterrar.

Durará lo que dure mi triste vida;
Dolor que, lento y sordo, pero tremendo,
Corazón y memoria me va royendo,
Desde la triste noche que, enajenado,
A la luz de unos cirios pasé á tu lado.

*

Seis meses han corrido desde aquel día:
¿Quién ya de tí se acuerda, Dolores mía!
Tu imagen se ha borrado como una sombra:
Nadie por tí pregunta, ¡nadie te nombra!
¿Qué resta de tu vida, pobre Dolores?
¿Qué de la dulce historia de mis amores?
¡Una pena que oculto como un misterio,
Y un nombre en una losa de un cementerio!
Ya entre tu amor y el mío se eleva un muro.
Todo en mi vida es triste, todo es obscuro.
Tu voz, tu voz amada, de dulce acento,
Ya en mis tristes congojas no me da aliento;
Tus ojos amorosos ya no me miran
Ni tus labios de rosa por mí suspiran;
Y aquellos brazos ¡bellos que me estrechaban,
Y aquellas pobres manos que me halagaban,
Del nicho en el obscuro ¡recinto estrecho
Ya inmóviles se cruzan sobre tu pecho.
De mis dichas, ¿qué resta para memoria?
¡Tu despojo en la tumba; tu alma en la gloria!

RESIGNACION

Llevo en un relicario colgado al cuello
Tu retrato y un rizo de tu cabello,
Y, sobre esas reliquias de mis amores,
La imagen de la Virgen de los Dolores.
Cuando en mis amarguras su auxilio imploro,
Al pronunciar su nombre suspiro y lloro;
Porque es esa palabra, de encanto llena,
El nombre de mi esposa y el de mi pena.
¡De penas y de nombres harto sabía
Quien te dió el que llevabas, Dolores mía!
De dolor traspasada cruzaste el mundo,
Y en mi pecho dejaste dolor profundo:
Dolor que, aquí en el fondo del alma herida,

¿En la gloria!—¿Quién sabe lo que está escrito?
¿Quién penetra el secreto del infinito!

*

Dios, que escuchas mi llanto, que ves mi duelo,
¡Llévame con mi esposa, llévame al cielo!
¡Junta nuestras dos almas, y redimidas,
En éxtasis eterno vivan unidas!
Perdona si te ofenden mis pensamientos;
Perdona si te irrita con mis lamentos;
Perdona si, en la fuerza de mi amargura,
La exaltación del alma raya en locura.
Yo no sé lo que pienso ni lo que digo;
Pero yo te venero, yo te bendigo.
Yo escucharé obediente tu voz airada;
Yo besaré la mano que me anonada;
Pero si es que ignorantes tal vez caímos,
Si es ésta ¡oh Dios! la pena que merecimos,
Recuerda que mis pasos ella seguía
Y que, si hay culpa en algo, la culpa es mía.
Ella quizá fué débil; pero fué buena:
¡Yo, que soy el culpado, sufra la pena!
Este ruego ferviente mi amor te envía:
Si ha de perderse un alma, ¡toma la mía!
Pero déjame al menos, Dios soberano,
Que, al recibir el golpe, bese tu mano.
Conozco tu clemencia, y á ella me acojo.

No temo tu castigo: temo tu enojo;
Y si en perpetuo luto y en llanto eterno
Puedo amarte y amarla, ¿qué es el infierno?
¡Oh! perdona, perdona si, allá en tu altura,
Te ofenden los lamentos de mi amargura;
Y pues eres clemente, pues eres justo,
No se cumpla mi anhelo, sino tu gusto.
Oye tan sólo el ruego de mi agonía:
Si ha de perderse un alma, ¡toma la mía!

DICIEMBRE DE 1879.

LUZ Y SOMBRA

Cuando en el pavimento la persiana,
Como listada piel de tigre hircana,
De sombra y luz solar tiende una alfombra,
Si en ella clavo con tesón la vista,
Cambiando de tamaño cada lista,
Mientras mengua la luz, crece la sombra.
Yo bien sé que, aunque siempre repetido,
Sólo es vana ilusión de mi sentido
Ese de sombra y luz efecto extraño:
Yo bien sé que si aparto de él la vista,
Al mirarlo de nuevo, cada lista
Recobra su figura y su tamaño.
Pero es triste, muy triste Dios clemente,
Que así también, cuando tenaz y ardiente
Persigue el hombre la verdad desnuda,
Si en los grandes problemas un momento
Fija con atención el pensamiento,
Mientras mengua la fé crezca la duda.

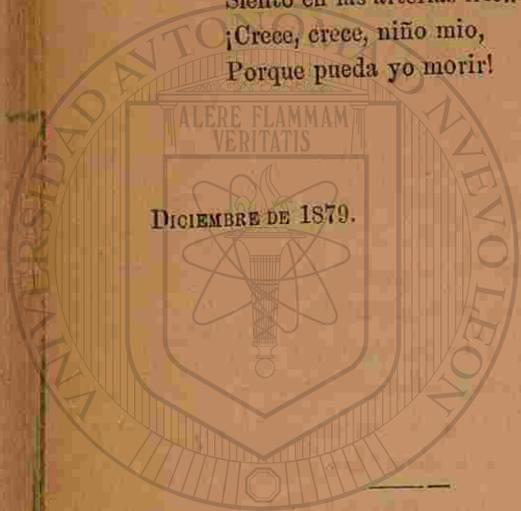
A FEDERICO

Niño que al triste fulgor
De mi estrella amortecida
Vas penetrando en la vida
Por la senda del dolor;
Que, angustiado cuando ves
Mi tormento y mi martirio,
Vives mustio como un lirio
Nacido al pie de un ciprés.
Y con infantil piedad,
Compartiendo mi agonía,
Ni aun buscas la compañía
De los niños de tu edad:
Cuando, en presencia de Dios
Que nos ve desde la cumbre,
Al dulce amor de la lumbre
Solos velamos los dos,

Y corren, sin que yo quiera,
Mis lágrimas silenciosas
Entre las ondas sedosas
De tu rubia cabellera,
Y en mi agitado interior,
Con lucha terrible y muda,
Combaten la fé y la duda,
La esperanza y el temor,
Aunque por tu edad ignoras
Lo duro de estas batallas,
Me ves silencioso, y callas;
Me sientes llorar, y lloras;
Y entonces, de una pasión
A otra pasión arrastrado,
Por dos fuerzas desgarrado
Se me parte el corazón.
Temblando, el llanto reprimo;
En mi congoja sombría,
Miento frases de alegría
Y el labio en tu frente imprimo;
Que aunque mi aficción es tanta
Y es tan acerbo mi mal,
No han de ser ellos dogal
De tu inocente garganta,
Procurando tu ventura,
El voto debo cumplir

De la triste que al morir
Te encomendó á mi ternura.
Crece, sí, mi dulce amor;
Nada perturbe tu calma,
Que aún no tienes, niño, el alma
Templada por el dolor;
Ni puede querer tu mal
La que, previendo mi duelo,
Me dejó para consuelo
Tu sonrisa angelical.
Vida de bien tan avara
Presta á tu infantil belleza
Una sombra de tristeza
Que más hermoso te para;
Mas ¡ay! me aterra pensar
Que mi constante amargura
Puede aumentar tu hermosura
Con la sombra de un pesar.
En este ambiente nocivo
Del dolor, que es mi elemento,
Por tí solamente aliento,
Por tí solamente vivo;
Y cuando, exaltado y loco,
Toda esperanza perdida,
Juzgo imposible la vida
Y á voces la muerte invoco,

Pensando en tu porvenir
Siento en las arterias frío.....
¡Crece, crece, niño mio,
Porque pueda yo morir!

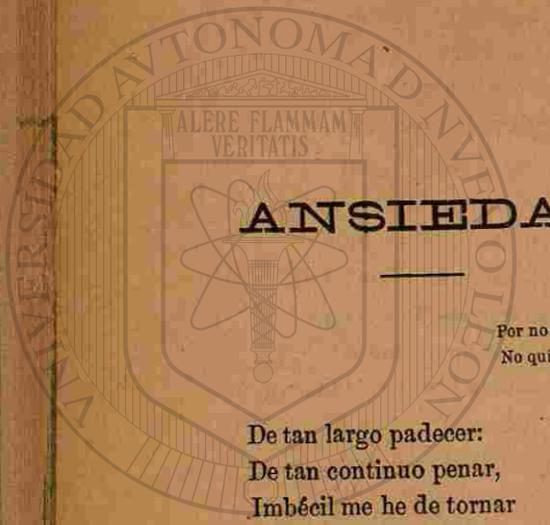


.....
Para Dios no hay eventos, no hay acasos:
Antes que el giro de la azul esfera
La eternidad á tiempo redujera,
Contó mis horas y midió mis pasos.

El mal y el bien me brindan con sus vasos,
Y esquivarlos en vano el alma espera,
Que de mi vida la fatal carrera
Mutaciones no admite ni retrasos.

Anterior á mi sér es mi destino;
Tasadas mis acciones *ab eterno*;
Fija la suerte, ineluctable el sino:

¡Y aún suponen que un Dios piadoso y tierno
Puede abrir al final de mi camino
La cima tenebrosa del infierno!



ANSIEDAD

Por no conocerme así.
No quisiera conocerme,
BOSCAN

De tan largo padecer:
De tan continuo penar,
Imbécil me he de tornar
O loco me he de volver:
Trastornado está mi sér
Desde que mi amor perdí;
Y es tanto el mal que sufrí,
Tanto el que sufriendo estoy,
Que no encuentro en lo que soy
Ni sombra de lo que fuí.
Cuando tiendo la mirada
Por los años de mi vida,
De hallarse tan abatida
Llora el alma sonrojada:

Hoy, al fin de mi jornada,
Al contemplarme y al verme
Débil, apocado, inerme
Contra la suerte fatal,
Por no conocerme tal
No quisiera conocerme.

Desde que mi bien perdí
Con lucha implacable y muda
La certidumbre y la duda
Batallando están en mí:
Ni creo lo que creí,
Ni niego lo que negué;
Y, examinando el por qué
De cuanto temo y deseo,
Todas las sendas tanteo
Y en ninguna siento el pie.

¡Feliz, feliz el creyente
Que espera, firme y entero,
En un Dios justo y severo
O en un Dios dulce y clemente!
Mas ¡ay de aquel que impaciente
Sondea la eternidad,
Y en vaga perplejidad,
Jamás el ánimo inclina
Ni á la justicia divina
Ni á la divina bondad!
Para el que no osa creer,

Es la eternidad baldía
Un interminable día
Sin mañana y sin ayer;
Noche fué su amanecer,
Y en su horizonte sombrío,
Negro recorre el vacío
Un sol que, entre opacas nieblas,
Rayos lanza de tinieblas
Y ondas esparce de frío.
Pero aquel que, en su impiedad,
A la negación se aferra,
Del animo al fin destierra
Duda, temor y ansiedad:
El admite una verdad,
¡Triste verdad, bien lo sé!
Mas para el alma que fué
Presa de cobarde anhelo,
Cualquier creencia es consuelo:
¡La fe en la nada aún es fe!
Yo, como el agua que llueve
Corre esparcida sin cauce,
Como la rama del sauce
Que á todo viento se mueve,
Presa de la duda aleve
Cambio sin saber por qué;
Y, exhausto de toda fe,
Con amargo desconsuelo,

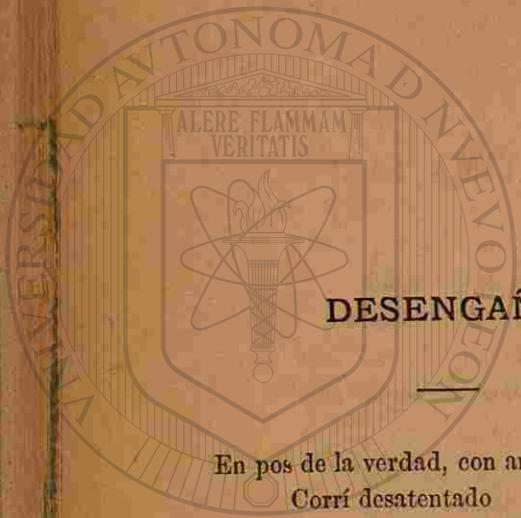
Consternado miro al cielo
Cuando nombro á la que amé,
En vano la Religión
Me manda, con ceño airado,
Que olvidando lo pasado
Procure mi salvación;
Que negocie mi perdón,
Y que, aplicando al veneno
Que oculto llevo en el seno
La triaca que me den,
Agencie mi propio bien
Sin pensar en el ajeno.
¡Traición fuera, vil traición,
Olvidar, salto de brío,
A la que por mí, Dios mío,
Arriesgó mi salvación!
En indisoluble unión,
Almas que supo juntar
Al pie de tu propio altar
Amor trocado en deber,
¡O juntas se han de perder,
O juntas se han de salvar!
Y al salvarme, ¿qué ventura
Lograra yo ¡desgraciado!
Si en no tenerla á mi lado
Consiste mi desventura?
Aunque en la celeste altura

Donde mi clamor se estrella,
Desertando de su huella
Penetrar consiga yo,
Para quien tanto la amó,
¿Qué gloria ha de haber sin ella?
¡Oh! cuando uno ha de caer,
Acaso el otro, en la gloria,
Pierda la dulce memoria
De los amores de ayer.
Mas si no hemos de caber
A un tiempo los dos allí,
Haz, Señor, que junto á Tí
Mi esposa feliz se crea,
¡Ay! aunque yo no la vea
Ni ella se acuerde de mí!

ENERO DE 1880.

LA ULTIMA TABLA

En el abismo del dolor sumido
La mirada levanto á las alturas,
Y desde el hondo valle de amarguras
Te invoco ¡oh Dios! con ánimo abatido.
¡De la duda que ofusca mi sentido
Disipa Tú las ráfagas oscuras!
No te pido grandezas ni venturas:
¡Esperanza, y amor y fe te pido!
Aunque en sollozos mi dolor exhalo,
De punzante inquietud y angustia lleno.
Aún tu bondad á tu poder igualo.
No al odio dejes invadir mi seno:
Bueno te juzgo; pero, si eres malo,
¡Déjame, por piedad, juzgarte bueno!



DESENGAÑO

En pos de la verdad, con ansia impía
Corrí desatentado
Pero, alcanzada al fin, ¡cuánto daría
Por no haberla alcanzado!

ULTRA

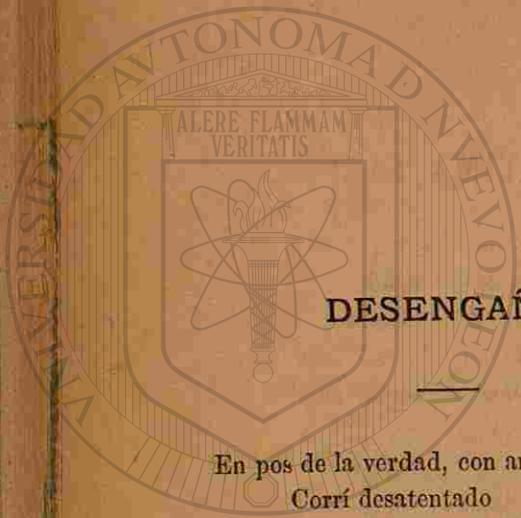
Morir... Dormir... —¿Dormir? — ¡Soñar acaso!
SHAKESPEARE.

I

Despierta, corazón, ésta es la hora:
Ya tu plegaria vespertina espera
La pobre compañera

Que á sombras del ciprés dormida mora.
Despierta, sí, despierta: ya incolora
Se angosta en las regiones del vacío
La franja del crepúsculo sombrío,
Semejante á la franja de la aurora.

Mas no: ¡cuán diferente!
Ese sol esplendente,
Que los cielos recorre paso á paso,
¡Qué alegre se levanta en el oriente!



DESENGAÑO

En pos de la verdad, con ansia impía
Corrí desatentado
Pero, alcanzada al fin, ¡cuánto daría
Por no haberla alcanzado!

ULTRA

Morir... Dormir... —¿Dormir? — ¡Soñar acaso!
SHAKESPEARE.

I

Despierta, corazón, ésta es la hora:
Ya tu plegaria vespertina espera
La pobre compañera

Que á sombras del ciprés dormida mora.
Despierta, sí, despierta: ya incolora
Se angosta en las regiones del vacío
La franja del crepúsculo sombrío,
Semejante á la franja de la aurora.

Mas no: ¡cuán diferente!
Ese sol esplendente,
Que los cielos recorre paso á paso,
¡Qué alegre se levanta en el oriente!

Y ¡qué triste se oculta en el ocaso!
Sonriendo, la aurora
Mece la cuna del naciente día;
El crepúsculo llora
Sobre el lecho mortal de su agonía
Despierta, corazón: ¡ésta es la hora!

*

¡Hora solemne y grave,
Su nido busca silenciosa el ave
Por el bosque vecino,
Y en la torre lejana
La trémula campana
Lanza el triste lamento vespertino;
Desde el cielo profundo,
Desplegando sus negros pabellones,
En fúnebres crespones
Va la noche cayendo sobre el mundo;
Al hálito invernal de Guadarrama,
La niebla, de los valles desprendida,
Por los desnudos árboles tendida
Cuelga su blanco tul de rama en rama;
Y, con rumor de lúgubre misterio,
Tan vago que las auras no lo advierten,
Sobre mi frente su tristeza vierten
El sauce y el ciprés del cementerio.
Ellos, de mi dolor graves testigos,

Ya por suyo me cuentan y me miran:
Sus secretos me dicen como amigos;
Sus sentimientos de piedad me inspiran;
Y tienen uno y otro por tan cierto
Ser mi propia mansión la sepultura,
Que, cuando en medio de la noche obscura
Salgo dejando mi lugar desierto,
Se admira el sauce, y el ciprés murmura:
“¿Adónde vas, adónde, pobre muerto!”

*

Aquí el alma se eleva y se contrista
Pensando en esta vida transitoria.
¿Qué es el hombre? ¡Ay de mí! ¡Frágil arista!
¡Mentira su saber! ¡Humo su gloria!
¡Nada en él que á la muerte al fin resista!
—“Quitado de la vista,
Pronto se va también de la memoria!”
Ni amor ni gratitud le prestan nido:
Bien lo dice este osario
Sobre cuyo recinto solitario
Tiende sus alas el traidor olvido.
La yerba borra lo que fué sendero,
Y estas desiertas soledades cubre
(¡Miserable sudario postrimero!)
Ya con su nieve Enero,
Ya con sus hojas pálidas Octubre.
Abismo en cuyo fondo no medido

Ni penetra la luz ni el viento zumba,
Si es más honda que el bátraco la tumba,
Más hondo que la tumba es el olvido.

¡Vanidad! ¡Vanidad! ¡Miserable suerte
De todo humano bien! Gloria, riqueza,
Poder, talento, juventud, belleza....
¿Qué hay seguro en la vida, qué?— ¡La muerte!

*

¿Y más allá?— ¡La sombra inexplorada!
¡La negra inmensidad desconocida!
¡El misterio!

Con ola desmayada
Llega á la tumba el mar de nuestra vida.

Mas lo que al hombre espera
Detrás de aquel estrecho tenebroso
¿Es puerto de reposo,

O es nuevo mar sin fondo y sin ribera?

Cuando un cadáver miro,
Mudo de horror, ni aliento ni respiro.
¡Ay! aquella tensión inmoble y fría
¿Es inercia? ¿es dolor? ¿es sueño? ¿es calma?....
¡Problema que á la ciencia desafía!

¡Oh eternidad sombría!
¡Oh abismo de los vértigos del alma!
“¡Morir! ¡Dormir!— ¡Dormir?— ¡Soñar, acaso!,
¡Y ésa es la duda que nos turba el pecho

Ante el último paso

Que lleva, oh tumba, á tu recinto estrecho!
¡Duda espantosa que la mente enerva!
¿Es materia no más, materia inerte,
Lo que de nuestro sér al fin conserva
En sus garras fatídicas la muerte?

Espíritu!.... ¡Materia!....— ¡Unión oscura
Que en vano el sabio deslindar procura!
¿A qué esa dualidad mal definida
Con que el hombre duplica su miseria?

Para explicar la vida,
El espíritu basta, ó la materia.

Pero ¿cuál?— Cuando enfoca vuestro lente,
Oh sabios el anverso y el reverso,
De la cuestión ¿qué queda al fin patente?
¿Es mi mente porción del universo,
O el universo engendro de mi mente?

¡Problema tremebundo,
Que á todo pensador arruga el ceño!
Yo, cuando en duda tal el juicio empeño,
Aquí, de la conciencia en lo profundo,
Mejor concibo el mundo como un sueño
Que el alma como un átomo del mundo!

*

Más, en rigor, ¿qué añade á mi ventura
Ser espíritu ó ser materia impura?

Esto que piensa, en mí (sea cual sea:
Alno soplo divino

Que ingrávigo los orbes señorea,
O átomo miserable que, sin tino,
En ciego torbellino,
Del mundo con los átomos guerrea),
Ello es que existe y siente;
Y, obra de Dios ó aborto de sí mismo,
Siempre ha de hallar presente,
Oh eternidad, tu inevitable abismo.
Triste verdad, pero verdad notoria.
Dilema que no admite dilatoria:
Si existe Dios, existe la justicia;
Y la iniéua malicia
Y la virtud constante y meritoria
Han de encontrar eterno
El premio en las delicias de la gloria
O el castigo en las penas del infierno.
Si Dios no existe como fuerza esterna,
Si El no sacó los mundos de la nada,
La materia es eterna:
Porque eterna ha de ser, siendo increada
Mas, si en ella el espíritu no anida,
Si ella sola se rige y se gobierna,
Ella ha de ser quien sufre dolorida;
¡Y, eterno el mundo y el dolor eterno
Siempre hallará la mente confundida,
A falta de las penas del infierno,
El espantoso infierno de la vida.

*

¡Una vida tras otra!—¡Horrenda suerte!
¡Perdurable agonía!—
¡En pos de las tinieblas de la muerte,
Surge el lívido albor de un nuevo día!
¡Eterno, inexcusable cataclismo!
¡Tras un abismo, un monte!....
¡Tras un monte, un abismo!....
¡Y un horizonte en pos de otro horizonte!....
¡Y otro!....¡y otro después!....—Siempre lo mismo!
¡Funesto aborto del sepulero inerte,
Cada breve existencia consumida
Termina en las congojas de otra muerte,
Germen de los tormentos de otra vida!
¡Batalla eterna, misteriosa y muda!
Sobre este helado suelo que ahora, insano,
De su verdor el ábrego desnuda,
Poderoso y lozano
Su agreste pompa tenderá el verano.
Con inconsciente amor, la madre tierra
Que los yertos despojos
De cuanto ha sido, en su regazo encierra,
Fecundizada por los rayos rojos
Del sol primaveral, trocará en germen
De vida y de vigor la podredumbre

De esas reliquias que ateridas duermen,
Por la voraz raíz arrebatados,
En ciega muchedumbre,
Los átomos que hoy yacen disgregados
Veránse á influjo de la etérea lumbre
En savia exuberante transformados.
De ella tomando aromas y colores,
La verde rama cubrirán las flores.
Y la flor, convertida en dulce fruto,
Al hombre avaro rendirá tributo:
Tributo que, á las fuentes de la vida
Dando nuevo caudal con nuevos dones,
Nuevas generaciones
Te traerá, Humanidad nunca extinguida!
¡Oh fosa! en tus arcanos,
Que las tinieblas de la muerte enlutan,
Voraces los gusanos
La podredumbre humana se disputan;
Y los hombres, inquieta muchedumbre
Que pulula espantosa,
Otros gusanos son, que en otra fosa
Devoran otra horrible podredumbre.
¡Festín abominable!
Los seres á los seres devorando,
Con furor insaciable
Van el suplicio eterno renovando.
Así, en lucha jamás interrumpida,

La muerte se alimenta de la vida,
La vida se alimenta de la muerte,
Y—¡oh pavoroso arcano!—
El sér humano en polvo se convierte,
Y el polvo se convierte en sér humano!

*

Y si, por dura ley reconocida,
Es la vida función de la materia;
Y el dolor consecuencia de la vida,
¿Qué esperanza de paz, segura y seria,
Nos das, oh eternidad nunca eludida?
En vano, consternado, miro al cielo.
El trémulo fulgor de las estrellas]
No me asegura el bien que, loco, anhelo:
¡La ley universal columbro en ellas!
Si tiendo la mirada con recelo
Por la estrellada bóveda serena,
O la convierto á la región obscura
Donde el hombre, amarrado á su cadena,
La frente inclina con dolor al suelo,—
Desde el astro que vívido fulgura
En la celeste altara,
Hasta la leve titilante gota
Que refringe su luz como un topacio,
La vida universal llena el espacio,
La vida universal el tiempo agota.
Ante la inmensidad todo es lo mismo:

Y, en ciego y perdurable cataclismo,
Siempre de angustias y dolor fecundos,
 Átomos son los mundos,
Y mundos son los átomos. — ¡ Abismo!
La nebulosa apenas percibida,
De millones de soles niebla densa,
Es menuda molécula perdida
Del negro espacio en la extensión inmensa;
Y la azucena que entreabrió á la aurora
 La copa tembladora
De sus pétalos cándidos y tersos,
Lleva por gala entre el follaje umbrío,
Millones de millones de universos
en cada limpia gota de rocío!
 Y, con giro incesante,
De la nítida gota en lo profundo,
 Cada invisible mundo
Siglos de siglos vive en cada instante.
La importancia del tiempo es á medida
De cada sér al universo adscrito:
En cada sér que puebla lo infinito
Es diferente el ritmo de la vida;
Interminable ciclo es en el uno
Lo que, en el otro indivisible instante:
¡Para llenar un año de Neptuno,
Un siglo de la Tierra no es bastante!
¡Confusión! Nada es grande ni pequeño.
¡A veces, contemplado de hito en hito,

Se desvanece el mundo como un sueño;
Y á veces, cuando atónito medito,
De un lado á otro, más fatal, más fosca,
 Su inmensa curva enroscada
La siniestra espiral de lo infinito!
No me habléis de esas fúlgidas esferas
Que mansiones del bien finge la mente:
Su paz, su dicha, su tranquilo ambiente,
Quimeras son no más, ¡vanas quimeras!
Porque deslumbre su esplendor mis ojos,
 ¡Esas pobres lumbreras
Han de ser realidad de mis antojos?
¡Ilusión! Esta vil tierra mezquina
 Donde reina la muerte,
 Donde el dolor domina,
Donde el débil es víctima del fuerte,
Donde el hombre, juguete de la suerte,
Falso en su fe, mudable en sus consejos,
Vive propenso al mal, y al bien rehacio, —
¡Esta tierra también, vista de lejos,
Es un astro en las sombras del espacio!
Una en esencia, en formas diferente,
La gran Naturaleza, conmovida
 Por su fuerza inmanente,
 Con giro permanente
Y en cadena jamás interrumpida,
Todo lo crea y todo lo destruye,
Y, deshecho, otra vez lo reconstruye

Con apariencia nunca repetida.
Y, en esta fuente que perenne fluye,
Morir es renacer á nueva vida,
Que á una pena otra pena sustituye.

Y, si vivo á tortura condenado,
¿Qué alivio dan á mi tormento duro
El ciego olvido del dolor pasado,
Ni la ciega ignorancia del futuro?

De mi anterior y venidera historia
Nada el inquieto pensamiento alcanza:
¡Por un lado se ofusca la memoria!
¡Por otro se confunde la esperanza!
Aun en esta fugaz vida presente,
Las huellas de pesares y venturas,
Del tiempo con la rápida corriente

Se borran de la mente
Cual labor en arenas inseguras:
Con más causa, imprevistas ú olvidadas,

Las dichas y amargas
De existencias pasadas y futuras
En profundo misterio están veladas;
Y, entre densas tinieblas apiñadas,
Esta vida de angustias y de tedio
Es un instante conocido, en medio
De dos eternidades ignoradas.

Pero, aunque nada mi conciencia sabe
De ese ayer, ya remoto, ya vecino,
¿Es mi carga presente menos grave
Ni menos escabroso mi camino?
Por contener un vino y otro vino
¿Guarda de todos la fragancia el vaso?
¿O, de los vientos combatido, acaso
Recuerda el mastelero de la nave,
Cuando surca veloz las verdes ondas,
El canto melancólico del ave
Que ayer el nido cobijó en sus frondas?
Pálido, torvo, sin valor, sin tino,
Por los resquicios del eterno muro
Que oculta lo pasado y lo futuro,
Se asoma inquieto el hombre á su destino,
Como á un abismo obscuro.

Entre las sombras avanzando el cuello,
Nada ve, nada alcanza. Mas, si escucha,
Lamentos oye de lejana lucha,
¡Clamores que le erizan el cabello!

¡Vive en tinieblas, ánimo impaciente!

Mas lo que no consiente
Negaciones ni dudas, lo seguro

Es el dolor presente,
Recuerdo y vaticinio permanente
Del pasado dolor y del futuro.

Cada átomo del mundo es un cautivo,

Cada estrella del cielo una espelunca.
Si á veces me pregunto pensativo,
Cuándo el tormento cesará en que vivo,
Cada astro es una voz que dice. "¡Nunca!"

¡Oh armonía del mundo,
Del eterno dolor eterno grito!
¡Oh manantial del sér, negro y profundo!
¡Oh trabajo infecundo:
"Verter lo inagotable en lo infinito!"

*

¿Y es ésta la ventura
Que á mi angustia mortal brinda el ateo?
Cuando en el libro de la vida leo,
Siempre te encuentro, eternidad oscura,
Y, al descifrar la página futura,
Creo en el mal cuando en el bien no creo
¡Triste materialismo,

Tu esperanza más clara y más segura
Es caer de un abismo en otro abismo!
¡Si justiciero existe un Dios eterno,
Infierno puede haber, puede haber gloria,
Mas si es lo eterno la mundana escoria,
Y es su ley el dolor, todo es infierno!
¿Dónde la nada está? ¿Dónde se encierra
La perdurable paz que ansíe demente?
Eterna la materia, eternamente
Al sér mantiene con el sér en guerra.

¡Sin la imagen de Dios omnipotente,
El infinito material aterra!

II

Mas, de improviso, en niebla tan sombría
La luz de la esperanza reverbera;
Su faro enciende la conciencia austera;
Y al puro rayo que su llama envía,
La impiedad vocinglera
Calla con estupor, como quien viera
En la alta noche despuntar el día.

En vano á la evidencia me resisto,
Cuando yo propio el argumento ofrezco
Contra el error en que tenaz insisto:
Aborreciendo el padecer, padezco;
Aborreciendo la existencia, existo;
Y ¿aún recuso el poder de otro más fuerte
Que, providente acaso, acaso ciego,
Insensible á la queja y sordo al ruego,

Dispone de mi suerte?

Si de mí mi destino dependiera,
Si muerte fuera para mí la muerte,
¿Cuándo lo que padezco padeciera?

Existe Dios; existe, y en El creo.
No es mentida ilusión de mi deseo:

¡Cuanto más iracundo

Cierro los ojos á la luz del mundo,
Mejor su faz en mi conciencia veo!

Los que juzgan inútil su existencia,
Por más que en la impiedad ciegos se gocen,
Para fundar su ciencia,
Sujeto á ley el mundo reconocen.—
¿Ley sin legislador?—¡Sueño! ¡Demencia!

PERO ESE DIOS POTENTE SOBERANO
¿Es de venturas perennal venero?
¿Es de miserias manantial insano?
Vengativo, elemento ó justiciero.
¿Qué es para el hombre, en fin? ¿Padre ó tirano?

Cuando á veces sus obras considero,
(Mal que á mi fe y á mi esperanza cuadre),
Aunque á sus piés postrado le venero,
Por tirano le tengo, y no por padre.
Si todo es obra de su fuerte diestra,
Si en todo brilla su saber profundo,
¿Quién lanzó á las tinieblas de este mundo

Tanta cosa siniestra?
¿Quién puso al tiburón la triple fila
De sus dientes voraces?
¿Quién en secreto afile
Las garras de las fieras montaraces?
¿Quién erizó la zarza punzadora
Que el pie desnudo del mendigo araña?
¿Quién la raiiente espiga bienhechora
En los brazos ahogó de la cizaña?

¿Quién á los ojos del insomne buho
Dió la atracción que al pájaro fascina?
¿Quién dirige de noche el triste duo
Del lince y de la loba en la neblina?
¿Quién el veneno destiló en el pomo
De su cóncavo diente á la culebra?
¿Quién la virtud, cual frágil vidrio, quiebra?
¿Qué juez firmó, sellándolas con plomo,
Las sentencias que el báratro celebra,
Y su pluma infernal limpió en el lomo
Del tigre, del leopardo y de la cebra?
Si es Dios creador, y bueno, y soberano,
¿De dónde nace el mal?—¡Horrible arcano!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE CIENCIAS EXACTAS Y NATURALES
INSTITUTO GENERAL DE BIBLIOTECAS
*
¿Nadie examina sin pavor, Dios mío,
Misterio tan tremendo y tan profundo!
Más ¡no! cuando en tu luz el alma inundo,
Yo, á despecho del mal, en Tí confío.
El mal no es obra tuya: es el vacío
Que, donde faltas Tu, queda en el mundo!
Si el mundo como Tú, fuera perfecto,
Su esencia con tu esencia fundiría,
Y tus obras quedarán sin efecto:
El mundo que tu mano formó un día,
Sólo puede existir siendo imperfecto.
La imperfección, que es ley de su existencia,
A todas horas, por doquier, trasluce:

Sólo forzando su bastarda esencia.

Tu sabia providencia,
De los senos del mal, el bien produce.
Si tu ardiente mirada no ilumina

La cúpula del cielo,
La obscuridad sus ámbitos domina,
Y, entre los pliegues del nocturno velo,
Hacia la nada la creación camina;
Si de tu aliento bienhechor carece.

La selva enmarañada,
De efluvios deletéreos impregnada
La brisa nuestras fuerzas entumeece,
Y la flor de la adelfa nos ofrece
Su purpurina copa envenenada;
Si tu mano las rocas no encadena,
Los altos montes desquiciados crujen;
Y si tu augusta voz no los refrena,
El leon y el volcán furiosos rugen.

*

Y es bien, Señor, es bien que así suceda:
Sin el terror que en la conciencia queda
Tras los azares de la humana vida,
¿Quién habrá que atajar el vuelo pueda
De la soberbia, que en el alma anida
Como el ave nocturna en la arboleda?
¡Oh! Cuando de mi juicio temerario
Me aparta la razón, á luz más clara

Tu rigor considero necesario:

Si tu mano severa,
Cuando yerro, mi error no castigara,
¿En qué tu omnipotencia conociera?

Desde el primer sollozo de la cuna,
Sed de placer, ardiente, nos devora:
Cuanto el mundo en sus senos atesora
Pedimos por tributo á la fortuna;
Y cuanto bien gozamos

Bajo la esfera de la blanca luna
Obra de nuestro mérito juzgamos.
Desvanecido por la dicha el hombre,
Aunque los ojos torne á lo infinito,
No ve, Señor, tu sacrosanto nombre
Con viva luz en el zenit escrito:
Sus turbios ojos la soberbia empaña,
Cual polvo por el viento arrebatado;
Pero al fin te descubre, consternado,
Si ardiente el llanto sus pupilas baña.

El dolor es la espina punzadora
Que nos hace bajar la vista al suelo;
Pero, en las sombras del humano duelo,
El es también la mano redentora
Que nos indica el cielo.
El dolor nos advierte
Que encima de esa bóveda estrellada
Hay un Dios justo y fuerte,

Arbitro de la vida y de la muerte,
Señor del universo y de la nada.
No son dos dioses, no, como allá un día
 Persia ciega creía;
Persia, que cuando el cielo contemplaba,
Dos poderes contrarios descubría:
Uno que las estrellas inflamaba,
Otro que las estrellas extinguía.
Sola una mano el universo mueve.
 El aire que la nieve
Cusja en las altas cimas de Monecayo
 Es el mismo en que Mayo
Tibia la esencia de sus flores bebe:
Así también, sin ira ni desmayo,
La diestra que los mundos equilibra
 Es la misma que el rayo
Sobre la frente de los mundos vibra.
 Justo á un tiempo y elemento,
Dios la piedad con el rigor hermana:
Su cólera, volcán incandesciente,
Confunde á veces la soberbia humana
Con hórrido aluvión de lava hirviente;
 ¡Pero, á su pie, la fuente
Del eterno perdón perenne mana!

*

Atribulado espíritu, ¡despierta!
Si á Dios acudes, la esplendente puerta,

Límite de los ámbitos del cielo,
Jamás cerrada encontrará tu anhelo:
¡Abierta está, de par en par abierta!
 La puerta del abismo....
Esa no la abre Dios: ¡la abres tú mismo!

*

Ni ¿qué otro abismo que tu mente oscura?
Como arrastra el forzado su cadena,
Sujeta al pie, colgada á la cintura,
Oh conciencia, en tu lóbrega clausura,
Cada crimen arrastra en pos su pena.
No esperes, criminal, con ansia vana
Esquivar el fatídico escarniento:
Si á veces duerme la justicia humana,
Tremenda la justicia soberana
Suscita el velador remordimiento.
¡En vano, en vano intentarás la huida!
¡Seguro, inevitable es el castigo;
Que, de tí propio acusador testigo,
 Mientras dura tu vida,
Donde quiera que vayas, vas contigo!
 En público y á solas,
¡Oh miserable criminal perverso!
Ya cuando ruge el huracán adverso,
Ya cuando braman las revueltas olas,
Temes por enemigo al universo;

Y, en el silencio de la noche, cuando
Vas por la obscura selva caminando
Si alzas la vista al estrellado cielo,
Hondo pavor á tu conciencia inspiran
Esos ojos sin rostro que te miran
Entre las sombras del nocturno velo.

Como entra en lo profundo
De la cloaca vil precipitado
Fuliginoso cieno nauseabundo
Por la lluvia del cielo arrebatado,
Así, en negro aluvión, de horror preñado,
La nocturna tiniebla que á deshora
Con los rayos del sol barre la aurora
Se sume en la conciencia del malvado.

Espantosa caverna
Donde, á manera de nocturnas aves,
Tristes anidan las congojas graves,
Su alma vive bañada en noche eterna.

*

Mas si se vuelve á Dios con fe segura,
Dios en ella sus dones multiplica,
Y en luz la anega, y calma su amargura,
Y al fuego del dolor la purifica.

El dolor—¡oh misterio!—
El dolor no es el mal: ¡es el cauterio!
Que á nuestra corrupción el Cielo aplica!

*

Corazón miserable, nunca dudes
De la bondad divina en tu impaciencia.

Con santa competencia
Brillan en Dios potentes dos virtudes:
Exentas de flaqueza y de sevicia,
Siempre ante la divina Omnipotencia
Resiste á la Clemencia la Justicia;
Mas vence á la Justicia la Clemencia.

¿Por quién tomas á Dios? ¿Por quién?—Su Esencia
De toda perfección norma segura,

Su bondad evidencía:
Inmenso es su poder; su inteligencia
Más que la luz fulgura;
Y marchita se agosta en su presencia
Toda humana hermosura.

A sus altos decretos
El tiempo y el espacio están sujetos,
Todo á sus santas leyes obedece:
Desde el astro que inmóvil resplandee
En la cúpula azul del firmamento,
Hasta el bólico raudo que parece
Gallardete de luz tendido al viento.
Todo á su augusto imperio se sujeta:
Hasta el vago cometa

Que del cielo se pierde en lo profundo
O junto al sol tremola
Tendida al éter la candente cola
Angurando catástrofes al mundo,
En su órbita encerrado le venera;
Y, si de ella se aparta vagabundo,
Dios, con su mano que en la sombra oculta,
Lo ataja en la mitad de su carrera,
Lo prende por la ardiente cabellera,
Y en los negros espacios lo sepulta.
Para su voluntad, todo es posible.
Para su comprensión, todo es pequeño;
Que, del ser y el no ser, árbitro y dueño,
El torna en realidad lo inconcebible,
Y lo evidente, en sueño —
¡Triste oprobio de humanas vanidades!
De unas á otras edades,
Sombras ayer, mañana resplandores,
Las antiguas verdades son errores,
Los antiguos errores son verdades,
Sólo es segura, oh Dios, tu inteligencia;
Ciega y muda ante Tí, borra la ciencia
La página que ha escrito.
En tu mente se anega lo infinito;
La eternidad se encoge en tu presencia.
Tu hermosura pregon a el firmamento:
Ante tu dulce aliento,

Efluvio pestilente
Despiden los fragantes cinamomos;
Y los rayos del sol resplandeciente,
Ante los rayos de tu excelsa frente
Dicen temblando:—“¡Oh Dios! ¡tinieblas somos!”

*

Y á esa Esencia divina,
Que en sí la plenitud del bien encierra,
¿Puede faltar, oh amor, tu peregrina
Lumbrera que ilumina
Los ámbitos del cielo y de la tierra?
¡Oh dulce ley forzosa!
¿Qué es el amor, qué es el amor, Dios mio,
Sino el lujo del ser en quien rebosa
Vida, fuerza, valor y poderío?

¡Fuerza! ¡amor! ¡Dos palabras
Que un solo bien acordes significan!

Tú, amor, con tu poder el mundo labras:
Tus alientos los orbes vivifican:

Por tu saeta herido,
Su trino el rui señor alza en la olmeda;
Por tí el águila enreda
Sobre el alto peñón su toscó nido;
Por tí el lirio campestre
Segrega el dulce aroma de su estambre;
Por tí zumba el enjambre

Que agota el zumo al romeral silvestre;
A tu hálito fecundo,
Se inunda en lluvia de placer el mundo:
Despide la violeta su fragancia,
Rebosa la colmena, su tesoro
La vid nudosa en el lagar escancia,
Y la granada espiga, en letras de oro,
Repite por los campos:—“¡Abundancia!”
¡Oh amor, oh amor, tu diestra omnipotente
Los astros á los astros eslabona!
Tú ciñes con tus manos á la frente
De la noche su espléndida corona:
Sin tu tierno latido
Que conmueve los átomos, perdido
El dulce efluvio que entre sí se envían,
Como el diamante en el crisol fundido
Los astros á la nada volverían.

Tú, más casto, más puro,
A más sublime condición nos llevas
Si el alma humana, miterioso, elevas
Mostrándole en el cielo el bien futuro:
Tú solitario habitas
El obscuro rincón de las ermitas
Perdidas en los páramos desiertos;
Tú en el retiro y la oración marchitas
Las frentes de los santos cenobitas
Que riegan por los vivos y los muertos.

¡Oh universo, hervidero de la vida,
Fuente perenne que á torrentes manas,
Tú, en unión por el cielo bendecida,
Fuerza y amor hermanas!
Por más que el hombre su sentido tuerza,
FUERZA Y AMOR, en Dios como en el hombre,
Un bien expresan con distinto nombre;
Y fuerza es el amor, y amor la fuerza.

*

Y, siendo Dios la Fuerza Omnipotente
Que el mundo esparce, como esparce el prisma
Los colores del sol resplandeciente,
¿No ha de ser el Amor su Esencia misma?
Señor, que en tu infinito poderío
El universo riges con tu dedo,
Sólo de tu piedad duda el impío:
¡No cabe en Tí, Dios mío,
La cobarde crueldad, hija del miedo!

Mal tu poder comprende
Quien teme que piadoso lo desdore:
¡El hombre cuyo pecho el odio enciende,
Es quien tu gloria ofende
Consagrando en tus aras sus rencores!

*

¡Alienta, corazón! La Omnipotencia
No puede ser cruel: el Fuerte es Bueno,
Y no hay bondad cumplida sin clemencia.

Señor, si al hombre que, de dudas lleno,
Doblando la rodilla
Bajo tu pedestal la frente humilla,
Rechazaras airado de tu seno;

Si con juicio sereno

Condenaras su flaca inteligencia
Por no alcanzar misterios de tu esencia;
Si, de piedad y compasión ajeno,
Descargaras en él tu airada mano,
Y en su error te ensañaras vengativo,—
Yo misero mortal, yo vil gusano,
Yo, que más generoso te concibo,
Fuera mejor que Tú, Dios soberano!

¡No! mi mente turbada

Podrá errar si tu Esencia considera;
Mi inteligencia durará ofuscada,
Pero mi corazón seguro espera.
Y es tan viva esta fe, que si del cielo
Viera hundirse la bóveda estrellada
Y los mundos volver en corvo vuelo
A los lóbregos senos de la nada,—

Del negro espacio en la región vacía,
Transido de vapor, mudo de espanto,
¡Dios elemente, Dios santo,

Yo en tu inmensa bondad esperaría!

¡Oh! cuando el alma hiere

La luz que en tu mirada centellea,

No hay un átomo en mí que en Tí no crea,
No hay un átomo en mí que en Tí no espere;
Y, ciego con los vívidos destellos,
Que ofuscan mi turbada fantasía,
A expresarte mi amor no alcanzaría
Si lenguas se tornaran mis cabellos!

*

Este férvido amor que á Dios se lanza
Buscando lo perfecto en lo absoluto,

Esta firme esperanza

Que robustecen el dolor y el luto,

Esta te poderosa

Que ilumina las sombras del misterio,
Hablan al corazón en cada fosa
De tu recinto, ¡oh mudo cementerio!

Por eso, con la mente obscurecida,

Pero con la conciencia despejada;

Cansado de la vida,

Pero á vivir el alma resignada;

Fiel á Dios y á la esposa

Que en tí cayó desde mis brazos yerta

Y en tu seno esperándome reposa,

¡Oh muda tumba solitaria y fría

Donde ni un eco mi clamor despierta,

Yo, al espirar la luz de cada día

Sin miedo y con amor llamo á tu puertal

ENERO Y FEBRERO DE 1880.

En los altos espacios—¡raro portento!—
Falta luz á sus ojos, aire á su aliento;
Sudor de sangre baña su torva frente;
Vértigos tenebrosos cruzan su mente;
Sus miembros relajados embarga el frío:
¡Todo es calma, silencio, sombra, vacío!

*

Tal es también la suerte del hombre vano
Que penetrar intenta lo sobrehumano:
Cuando á inquirir misterios de Dios se lanza,
Cuanto más alto vuela, menos alcanza;
Y cuanto más invoca su estéril ciencia
Más confunde su orgullo la Omnipotencia.

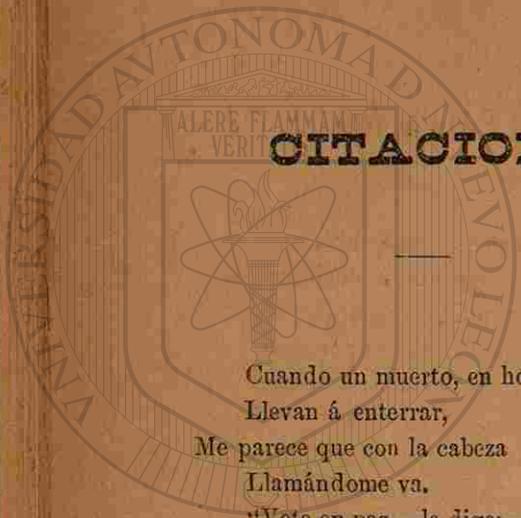
*

Pliega, pliega las alas, amaina el vuelo,
Pensamiento que altivo subes al cielo.
Mejor á Dios te elevas cuando te humillas:
¡Nunca es más grande el hombre que de rodillas!

HUMILDAD.

Pensamiento, que al cielo subes y subes,
Mira bien no te pierdas entre las nubes.
Pliega, pliega las alas, amaina el vuelo,
Pensamiento que altivo subes al cielo.
No te arrebate loca la humana ciencia:
Los consejos atiende de la prudencia;
Escucha á los que, en alas de su ardimiento,
Cruzaron las regiones del vago viento,
Y verás que encontraron—¡triste enseñanza!—
Fallidas las promesas de su esperanza.

Del éter en la triste región inerte,
Acechando la vida vela la muerte,
Conforme de la tierra se va elevando
El hombre, de la vida se va apartando,



CITACION.

Cuando un muerto, en hombros,
Llevan á enterrar,
Me parece que con la cabeza
Llamándome va.

“Vete en paz,—le digo;—

“Vete, y duerme en paz;

Que á esa cita, más tarde ó más pronto,

“Nadie ha de faltar.”

A MEDIA NOCHE.

Quizá serán delirios de mi locura,
O fantasmas que engendra la noche oscura;
Pero—cuando, rendido tras larga vela
En que al alma doliente nada consuela,
Derramando en mis sienes letal beleño,
Mis párpados cansados entorna el sueño,—
Por las oscuras sombras, ó desvarío,
O unas alas se agitan en torno mío.
En medio del letargo que me domina,
Un rayo misterioso mi alma ilumina;
Y, entre las vagas dudas del aire vano,
Una visión distingo de rostro humano:
Visión fascinadora que infunde al alma
Esperanza y consuelo, quietud y calma.
Dulce expresión le prestan y aspecto santo
Una cándida toca y un negro manto,
Y su pálida frente leve rodea
Una blanca aureola que centellea.
Considera piadosa mi amargo duelo;

Con la mano tendida me muestra el cielo;
Y su voz, como brisa de primavera,
Dulce y mansa me dice: "¡Sufre y espera!"

*

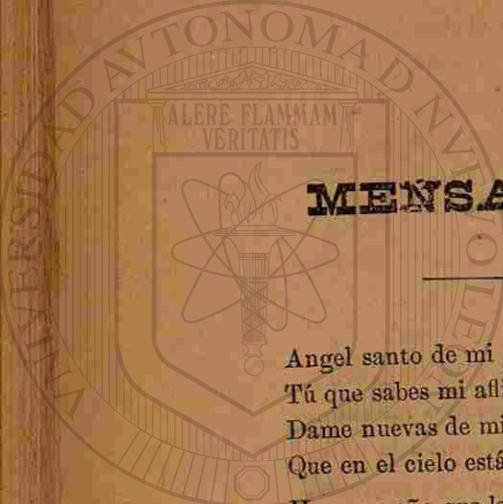
Yo conozco el aliento de aquella boca;
Yo conozco aquel manto y aquella toca,
Desde una triste noche que delirando,
A la luz de unos cirios pasé velando:
¡Triste noche solemne, triste velada
Que dejó el alma mía regenerada!

*

Dulce voz que me alientas en mi agonía,
¡Ay de mí si cesaras de hablarme un día!
Por tus santas palabras, que fiel venero
Resignado á mi suerte sufro y espero;
Por tí, por tí la mano de Dios bendigo,
Que imparcial nos reparte premio y castigo,
Por tí me postro humilde bajo esa mano,
Por tí soy religioso, por tí cristiano.
Dios, que sabe la historia de mi tormento,
Por tí en mis amarguras me infunde aliento.
Dulce voz misteriosa que tanto alcanzas,
Dulce voz que reanimas mis esperanzas,
Nunca niegues tus ecos al alma mía;
Que ¡ay de mí si cesaras de hablarme un día!

CUATRO TABLAS

Lujosa ó pobre, ligera ó grave
Desde que naces hasta que mueres,
De cuatro tablas consta la nave
Donde te embarcas sin inquietud:
Una es el timbre de tus honores,
Otra es la mesa de tus placeres,
Otra es el lecho de tus amores,—
Y otra la tapa de tu ataúd.



ALERE FLAMMAM
VERITATIS

MENSAJE.

Angel santo de mi guarda,
Tú que sabes mi afición,
Dame nuevas de mi esposa,
Que en el cielo está con Dios.
Hace un año que la llamo,
Que la llamo en mi dolor,
Sin que logren ver mis ojos
Su celeste aparición.
Pues por más que compasiva
Ella acude á mi clamor,
Las tinieblas que me ciegan
No me dejan verla, ¡no!
Sólo siento el dulce halago
De una santa inspiración,
Y una voz que sin palabras
Habla muda en mi interior,

Pero aquel bendito influjo
Se disipa tan veloz,
Que á dudar el alma vuelve
Si es verdad ó es ilusión.

Dime tú, que allá en el cielo
Ves su faz y oyes su voz,
Si se duele de mi pena,
Si se acuerda de mi amor,

Si me guarda el santo afecto
Que ante el ara me juró,
Y si á Dios ofrece unida
Su oración con mi oración;

Que yo sé que si en el cielo
La memoria no perdió,
No me falta en mis congojas
Quien por mí ruegue al Señor.

Díle, díle, por tu vida,
Que en mi amarga turbación,
Ni aún me curo de aquel ángel
Que al morir me encomendó.

Díle tú que el pobre niño,
Compartiendo mi afición,
Triste vive y macilento
Desde que ella nos dejó;

Porque son mis desventuras
Aguas turbias de aluvión,

Que al mortal que de ellas bebe
Le marchitan el color.

Embargada tengo el alma
De una vaga sensación,
De inquietud y desaliento,
De cansancio y estupor.

Mi alimento son las penas,
Mi consuelo es la aflicción,
Las vigiliasson mi sueño,
Mi placer es el dolor.

Ni me agrada selva umbría,
Ni jardín que tenga flor,
Ni ramblar que riegue el agua,
Ni lugar que alumbre el sol;

Ni me incitan los placeres,
Ni me ofusca el esplendor,
Ni la gloria me cautiva,
Ni me tienta la ambición;

Que grandezas y venturas
De este mundo engañador,
Si ofrecérselas no puedo.
¿Para qué las quiero yo?

ANIVERSARIO

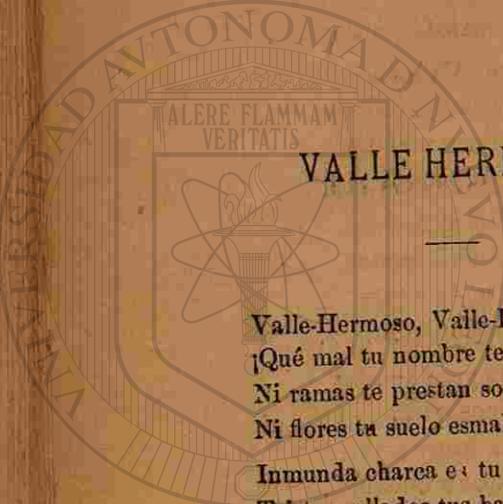
Hoy hace un año, que al morir el día
Con la luz del crepúsculo incolora,
Aquí, donde doliente gimo ahora,
A un tiempo comenzó nuestra agonía.

Breve la tuya fué; pero la mía,
Que el corazón y el alma me devora,
Prolongándose lenta de hora en hora
Dura al cabo de un año todavía.

Cuando de mi perdido bien me acuerdo
Y á medir mi desdicha el juicio alcanza,
Transido de dolor, el juicio pierdo;

Y abatido descubro en lontananza
Tus amores por único recuerdo
Y la muerte por única esperanza.

26 DE JUNIO DE 1880.



VALLE HERMOSO

Valle-Hermoso, Valle-Hermoso,
¡Qué mal tu nombre te cuadra!
Ni ramas te prestan sombra,
Ni flores tu suelo esmaltan.
Inmunda charca es tu fondo,
Tristes collados tus bandas,
Que el cierzo hiela en invierno,
Que el sol en verano abrasa.
Ni las aves te visitan,
Ni te conocen las auras,
Ni en la arena de tu suelo
La oveja su huella estampa.
Tu música son los golpes
Del martillo y la almadana
Con que el adusto cantero
Toseo granito desbasta;

Y tus aromas y esencias,
Los insalubres miasmas
De dos fétidos tejares
Que densa humareda exhalan.
Valle-Hermoso, Valle-Hermoso,
¡Por qué á tu estéril comarca,
Cuando triste muere el día,
Triste dirijo mi planta?
¡Qué irresistible atractivo,
Qué oculto misterio guarda
Para mi errabunda mente
Tu arena inhospitalaria?
¡Ay! que en la yerma colina
Que tus términos señala,
Cipreses de un cementerio
Las negras copas levantan;
Y, en el muro que los cerca,
Breve blanquecina mancha
Con poder irresistible
Ya es imán de mis miradas.
No es mucho ¡ay de mí! no es mucho
Que á tí el corazón me traiga:
¡No es mucho, que tengo amores
Ocultos tras esas tapias!
Si lo dudas, Valle-Hermoso,
Testimonios no me faltan.

Díselo tú, vida mía,
Díselo tú que me aguardas:
Dile, dile cuántas veces
En vigilia solitaria,
De rodillas á esas puertas
Logró sorprenderme el alba.
Díle que por tus amores
Las tinieblas no me espantan,
Ni las lluvias me intimidan,
Ni las nieves me acobardan;
Que aquí mi afán se mitiga.
Y aquí mi mente se explaya,
Y aquí mis dichas se encierran,
Y aquí mora mi esperanza.
Ya estos sauces me conocen,
Y estos cipreses me llaman,
Y estos senderos conservan
La señal de mis pisadas.
Lindero es ya de dos mundos
La losa que nos separa:
Tú, en uno, duermes sin vida;
¡Yo, en otro, velo sin alma!

ENERO DE 1881.

DESDE EL PROMONTORIO

En la Magdalena,
Cerca del Puntal,
Donde acaba el puerto
Y entra la alta mar,
Sobre el promontorio
Que al estrecho da,
Las revueltas olas
Me paré á escuchar.
Desde allí los ojos,
En la soledad,
Horizonte inmenso
Logran dominar.
Cuadro inquieto y vario,
De mudable faz,
Siempre parecido,
Pero nunca igual:

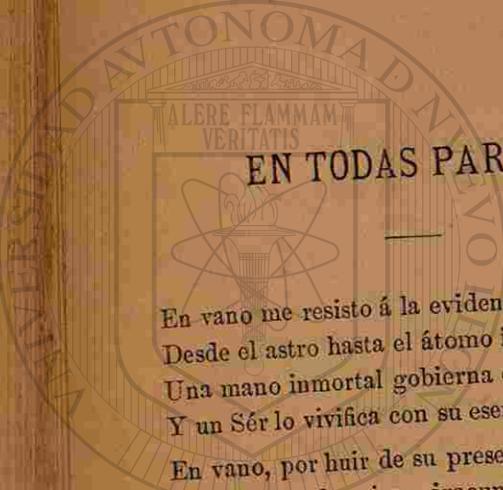
Olas encrespadas
Que avanzando van;
Blancos hervideros
Que alza el vendaval;
Crestas infinitas,
En que ofusca al par
Con lo innumerable
Lo descomunal;
Pálidas neblinas
Que á la costa dan
Algo de ilusorio,
Mucho de espectral;
Nubes que semejan
Cráter de volcán;
Lívidos destellos
En su obscuridad;
Blancas gaviotas
Que, con vuelo audaz,
Las turbadas ondas
Rasan al pasar;
Vaga transparencia,
Negra opacidad,
Que en el agua inquieta
Cambian de lugar;
Mónstruos que al abismo
Lanza horrible al haz

De la mar que vela
Su profundidad;
Asperos effluvios
De alga y ova y sal,
Varonil aliento
De la tempestad;
Brumas desgarradas
Por el huracán.
Velas que se pierden
En la inmensidad;
Inquietud perpetua,
Perdurable afán:
Nunca el agua en calma,
Nunca el viento en paz;
Y al lejano extremo
De esta enormidad,
Tras el velo tenue
De vapor fugaz,
Inmutable, fija,
Luenga, colosal,
Lisa, llana y triste
Como la verdad,
Entre mar y cielo
Línea horizontal,
Que parece el linde
De la eternidad.

En las hondas cuevas
Que á mis pies están,
Eco del abismo,
Grito sepulcral,
Queja que á las olas
Clama sin cesar:
“¿Cuando vuestro embate,
Cuándo cesará?
Mientras las rompientes
Con furor tenaz
Roneas le responden:
“¡Oh! ¡jamás! ¡jamás!”
Ante aquella lucha
Ciega y pertinaz,
Me embargó la mente
Vértigo infernal.
Aparté la vista,
Retiré la faz,
Y, al cerrar los ojos,
Descubrí otro mar:
Mar donde se funden
Sueño y realidad,
Y lo inverosímil
Es lo natural;
Mar donde terribles
Turban toda paz

Las eternas luchas
Entre el bien y el mal:
Lánguidos desmayos
De la voluntad;
Voz de la esperanza,
Siempre desleal;
Sombras de la duda,
Luz de la verdad;
El dolor perenne
Y el placer fugaz;
¡Y es que al duro embate
De la adversidad,
Ver el alma humana
Siempre es ver el mar!

JULIO DE 1881.



EN TODAS PARTES

En vano me resisto á la evidencia:
Desde el astro hasta el átomo infecundo,
Una mano inmortal gobierna el mundo,
Y un Sér lo vivifica con su esencia.

En vano, por huir de su presencia,
Los ojos á la luz cierro iracundo:
¡Mejor lo veo, con terror profundo,
En el fondo leal de mi conciencia!

Doquiera, oh Dios, que audaz me precipito,
Tu Sér de todo sér límite y centro:
Lo eterno agota y llena lo infinito,

En el mundo, en el alma—¡fuera y dentro!—
¡Ay! ¡cuanto más te encuentro, más te evito,
Y euanto más te evito, más te encuentro!

TRES AÑOS

Pasa un día y otro día,
Pasa un mes tras otro mes:
Tanto tiempo va pasando,
Que contarle ya no sé.

Filtración que gota á gota
Sobre un risco da en caer,
Grano á grano lo deshace
Y horadado al fin lo ve.

¡Pensamientos de mi mente,
Gotas sois de amarga hiel!
¡De qué roca tengo el alma
Que aún entera dura en pie!

Tres años llevo, tres años
De penar y padecer:
¡Lo que en ellos he sufrido,
Dios lo sabe y yo lo sé!

Dulce esposa de mi alma,
Sin tu amor, que fué mi bien,
Triste y árida es mi vida
Como copa de ciprés.

De llorar mi desventura,
Ciego al fin me quedaré:
¿Para que quiero los ojos
Si tu rostro no han de ver?

26 DE JUNIO DE 1882.

EL SAUCE Y EL CIPRES

(A CARLOS CANO, EN LA MUERTE DE SU HIJO)

*

Llevo tanta amargura dentro del alma,
Que de mí en vano esperas consuelo y calma;
Y, aunque á llorar contigo tu cuita vengo,
Mal puedo darte, Carlos, lo que no tengo.

Cuando de luto un pecho la muerte llena,
Lo que dura la vida dura la pena.

Recibe resignado la que hoy te aflige:
Los hombres las merecen; Dios las elige.
Por más que nos amargen, todas son buenas:
A ser de nuestro gusto, no fueran penas!

Yo, que llevo la mía muda en mi pecho,
Todo consuelo humano de mi desecho.
Aceptándola humilde sin resistencia,
Las horas le consagro de mi existencia;
Y no diera este amargo dolor profundo
Por todos los placeres que ofrece el mundo.

*

Cuando vierte la tarde sombra y misterio,
Penetro en el recinto del cementerio.
Allí, donde, perpetua reina la calma,
Silenciosos y tristes hablan al alma
El sauce, cuyas hojas besan el suelo,
Y el ciprés, cuya punta señala al cielo.
Allí, con mudas voces á su manera,
El uno dice:—“¡Lloral!” y el otro:—“¡Espera!”

*

Dice el sauce:—“Este suelo duro y helado
Para siempre te roba lo que has amado.
Aquel sér dulce y bueno que tu alma llora,
De polvo fué formado; polvo es ahora.
Ya no enreda sus manos en tu cabello
Ni sus brazos amantes ciñe á tu cuello;
Ya, en tus horas de angustia, con beso ardiente
No se posan sus labios sobre tu frente;
Ya de aquella mirada dulce y tranquila
No se filtran los rayos en tu pupila:
Ya son sus bellas manos yertos despojos;
¡Mudos están sus labios; ciegos sus ojos!
De polvo fué formado, polvo es ahora.
Sueño fueron tus dichas. ¡Ay! ¡Lloral! ¡Lloral!”

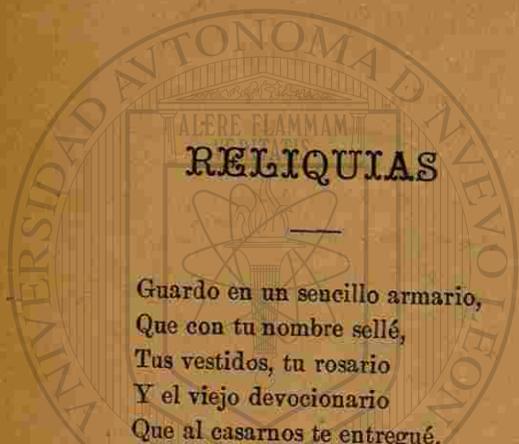
*

Dice el ciprés:—“No inclines la vista al suelo:

¡Los ojos y la mente levanta al cielo!
Lo que esa tierra cubre fué vil escoria:
Hoy, libre de ella, el alma vive en la gloria.
Vive; y, de tus acciones mudo testigo,
En tus noches de insomnio vela contigo.
Si en ruines pensamientos tu alma se anega,
Ella, ante Dios postrada, por tí le ruega;
Y, cuando el bien al cabo triunfa en tu pecho,
Sus dos alas extiende sobre tu lecho.
Velando en torno tuyo constante gira,
Y el mal de tu alma ahuyenta y el bien te inspira,
Y, ciñendo á tus sienes letal beleño,
Con el dedo en el labio te guarda el sueño.
Hombre, eleva los ojos á la alta esfera;
Allá van los que vencen. ¡Espera! ¡Espera!”

*

Así, cuando la tarde descende en calma,
Silenciosos y tristes hablan al alma
El sauce, cuyas hojas besan el suelo,
Y el ciprés cuya punta señala el cielo.
Así, con mudas voces, á su manera.
El uno dice:—“¡Lloral!” y el otro:—“¡Espera!”
Y yo, que los designios de Dios venero,
Resignado y humilde, lloro y espero,



RELIQUIAS

Guardo en un sencillo armario,
Que con tu nombre sellé,
Tus vestidos, tu rosario
Y el viejo devocionario
Que al casarnos te entregué.
Marchitos ya los colores
Que á tu ventana lucieron
En otros tiempos mejores,
Guardo allí también las flores
Que á la par de tí murieron;
Y entre objetos tan amados,
¡Dolores del alma mía!
Revueltos y enmarañados
Tus cabellos, impregnados
Del sudor de tu agonía,
Llorando á solas conmigo,
Por dar alivio á mi afán

— 91 —

Yo los beso y los bendigo;
Cuando me entierren contigo,
Con ellos me enterrarán.

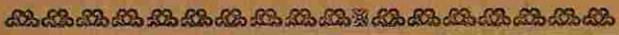
De tan largo padecer
Estoy macilento y cano:
Cuando me vuelvas á ver,
Si no los llevo en la mano,
No me vas á conocer.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

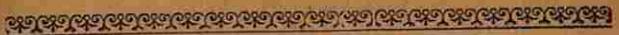
INSTITUTO GENERAL DE BIBLIOTECAS





SEMPER ET UBIQUE

De las estrellas blasfemé iracundo,
Por blasfemar de Dios hasta en sus huellas;
Y, huyendo de El y de ellas,
Me arrojé á lo profundo;
¡Y ahondé!... ¡y ahondé!...—Y, atravesando el mundo,
Hallé sobre mi frente las estrellas!



INSOMNIOS

Ella mitiga mi pena;
Ella mis faltas perdona;
Ella mi mente serena:
Mi Dolores es tan buena
Que ni aún muerta me abandona.
Yo, que á par del bien que espero
Mundo y vida tengo en poco,
Con profundo amor sincero,
Como á un ángel la venero,
Como á una santa la invoco;
Y ella, si en negro crespón
A envolver la duda alcanza
Mi vacilante razón,
Me ilumina el corazón
Con un rayo de esperanza.
En estas noches sin sueño,
Cuando tenaz y traidora,

Neutralizando el beleño,
Me agita con duro empeño
La fiebre devoradora;
Cuando aguardando impaciente
La luz del cercano día
Que aún no despunta en oriente,
Siento correr por mi frente
Sudores de la agonía;
Mientras implacable y fiera
Se acerca á pasos traidores
La muerte á mi cabecera,
La sombra de mi Dolores
Es mi mejor enfermera.

¡Cuántas veces, á mi cita,
Connigo viene á velar
Esa aparición bendita,
Sin cuyo amparo, en mi cuita

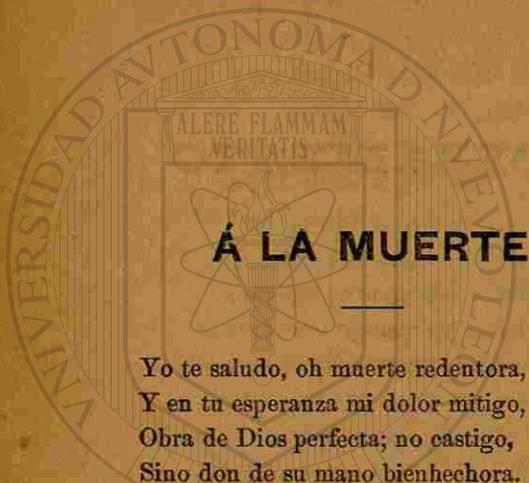
Nunca puedo descansar!

Como niebla misteriosa
Penetra en mi habitación;
Su mano en mi pecho posa,
Y su sonrisa piadosa
Me dilata el corazón.

Por el cuello me echa el brazo,
Con el labio me alza el ceño,
Y en ese místico abrazo,

Sobre su dulce regazo
Logro conciliar el sueño.
Santa sombra bienhechora
Que siempre á mi lado hallé
Compasiva y protectora,
¡Sostén mis pasos ahora
Que pongo en la tumba el pie!
Cíñe á mi sien el beleño
Que calma toda ansiedad;
Y así, en deliquio halagüeño,
Duerma yo contigo el sueño
Que dura una eternidad!

ENERO DE 1886



Á LA MUERTE

Yo te saludo, oh muerte redentora,
Y en tu esperanza mi dolor mitigo,
Obra de Dios perfecta; no castigo,
Sino don de su mano bienhechora.
Oh de un día mejor celeste aurora,
Que al alma ofreces perdurable abrigo,
Yo tu rayo benéfico bendigo,
Y lo aguardo impaciente, de hora en hora.
Ante las plagas del linaje humano,
Cuando toda virtud se rinde inerte,
Cuando todo rencor fermenta insano,
Cuando al débil oprime infucio el fuerte,
Horroriza pensar, Dios soberano,
Lo que fuera la vida sin la muerte!

DESALIENTO

Al cabo de seis años de agonía
Todo me cansa ya, todo me hastía:
Hasta el llanto que un tiempo me alivió.
Lleno estoy de estupor y de pereza,
Como el que al alba su jornada empieza
Y el sueño en larga noche no probó.
En mi ánimo confuso y turbulento,
Siempre, de pensamiento en pensamiento,
Tu dulce imagen vaga sin cesar,
Como en noche callada, triste y sola,
Melancólica vaga, de ola en ola,
La imagen de la luna sobre el mar.
Yo sé que Dios con su hálito podría
En el fondo leal del alma mía
Borrar tu imagen y extinguir mi amor.
Más ¡ay! para mi espíritu abatido,
A las lóbregas sombras del olvido
Prefiero el triste rayo del dolor;

Que si es terrible el ronco mar violento,
Cuando agitadas á merced del viento
Las verdes olas reventando van,
Más me horroriza el agua que, estancada
Por el árido cierzo congelada,
Resiste inalterable al huracán.

Sé que la saciedad la pena embota;
Sé que abusando, hasta el dolor se agota:
Sé que nada es eterno: ¡ni el amor!
Por eso, conteniendo el triste lloro,
Conservo mi ansiedad como un tesoro
Y como un beneficio mi dolor.

La vida sobre mí terrible pesa;
Y, entretanto, en el fondo de la huesa,
Sordo tu cuerpo á mi gemido está.
Mas nada hay fijo en la inconstante suerte:
Si hoy nos separa sin piedad la muerte,
La muerte al fin á unirnos volverá.

FE

Todo, Señor, publica tu existencia;
Todo tu gloria canta;
Y, si todo enmudece, la conciencia
Tu imagen agiganta.

Su fe te rinde el hombre en quien despiertas,
Ya esperanzas, ya angustias;

Su olor te dan las rosas entreabiertas
Y las violetas mustias.

Tu alabanza pregoná con su arrullo
La tórtola en la olmeda,

Y una oración te eleva en su mormullo
La trémula arboleda.

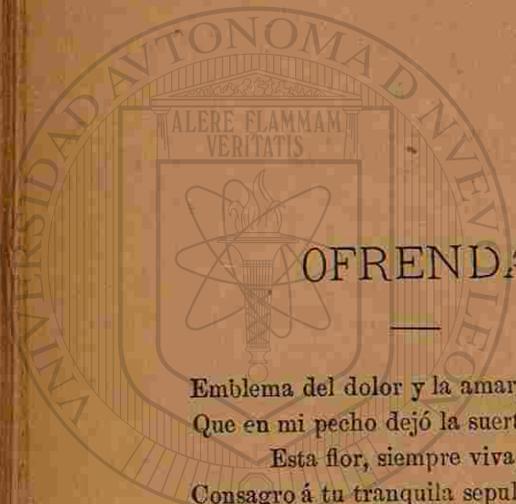
Nadie, Señor, tu enojo desafia
Ni tu ira desconoce;

Y, al quererte burlar, la hipocresía
Tu imperio reconoce.

El malo, como el bueno, al invocarte
Se somete á tu yugo;
Y aspiran á ponerte de su parte,
Ya el mártir ya el verdugo.
A tí claman, Señor, la plebe opresa
Y el déspota vencido:
Tu auxilio imploran el león sin presa
Y el ruiseñor sin nido.
Todos á tu poder se supeditan,
Y, besando tu huella,
Todos, Señor, tu amparo solicitan
Con razón ó sin ella.
Y, si airado nos vuelves el semblante
Con ceño moribundo,
Trepida como un seno palpitante
La redondez del mundo.
¡Sólo el sabio á dudar de tí se atrevel
¡El, con saña ferina,
Ciego escupe á la fuente donde bebe
Y al sol que le ilumina!
No estudia el libro que á Moisés pasmado
Tu almo labio dietaba,
Ni el otro donde Newton admirado
Tu nombre descifraba.
Haciendo escarnio de la fe sencilla,
No sabe—¡oh vil recelo!—

Ni doblar en la tierra la rodilla,
Ni alzar la frente al cielo.
Si halla claras tus huellas inmortales,
Blasfemando se aleja.
Ve la miel rebosar en los panales,
¡Y aún duda de la abeja!

JULIO DE 1888.



OFRENDA

Emblema del dolor y la amargura
Que en mi pecho dejó la suerte esquiva,
 Esta flor, siempre viva,
Consagro á tu tranquila sepultura.
Nació en los camposignorada y sola;
 Su amarilla corola
No arrebató al jazmín la esencia pura,
 Ni al nardo la frescura,
Ni al clavel los colores encendidos:
 No halaga los sentidos;
¡Pero tenaz sin marchitarse dura!

26 DE JUNIO DE 1888.

NOSTALGIA

Un cántico de amor y de esperanza
 Hierve en mi ardiente pecho:
A tí, Señor, mi espíritu lo lanza
 En lágrimas deshecho:
A las flores el llanto de la aurora
 Da vida en el estío:
Las lágrimas de amor que el hombre llora,
 Del alma son rocío:
¡Bendito Tú, Señor, que tal mudanza
 Diste á la pena mía,
Tornando en dulces horas de esperanza
 Mis horas de agonía!
En éxtasis divino arrebatado,
 Crece mi ardiente anhelo
Cada vez que contemplo embelesado
 Ese libro del cielo.

Leyendo lo que en él tu mano ha escrito,
Hora paso tras hora.
¡Siento una sed ardiente de infinito
Que el alma me devora!

*

¡Quién pudiera volar hasta esa esfera
De luz y de armonía!
¡Un alma, un alma amante allí me espera,
Que hermana es de la mía!

Desde que ella voló, yo aquí cautivo,
Su ausencia estoy llorando:
¡Nueve años hace que sin alma vivo,
Por ella suspirando!

A tí, callada tumba, á tí mi frente
Macilenta se inclina,
Como el ave del páramo á la fuente
Del agua cristalinal

¡Cuerpo, baja al sepulcro, que te espera
Como el mar á la nube!
¡Alma, remonta el vuelo á la alta estera!
¡Sube á los cielos, sube!

9 DE AGOSTO DE 1888. A MEDIA NOCHE.

RECUERDO

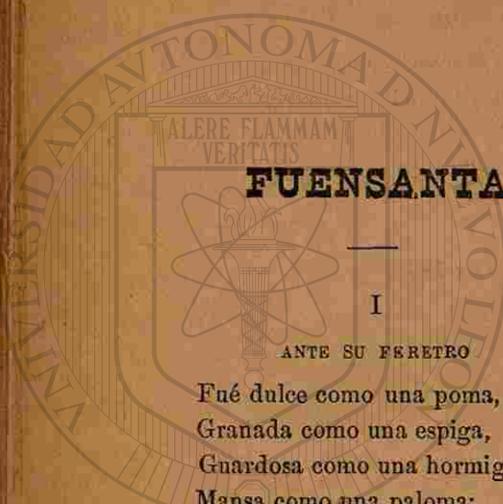
¡En mis brazos murió! Boca con boca,
Bebí anhelante su postrer aliento,
Que, aumentando por grados mi tormento,
Desde entonces el alma me sofoca.
Yo mismo la vestí. Mudo cual roca,
Sin lanzar un gemido ni un lamento,
Cumpliéndole un sagrado juramento,
Negro manto le puse y blanca toca.

Hoy, cuando la amargura me enloquece,
Una dulce visión de aspecto santo
Con hábito monjil se me aparece.

Compasiva me mira; y cuando el llanto
Mis párpados cansados humedece,
Las lágrimas me enjuga con su manto.

Hoy ante el trono de Dios
Es su santa tutelar.
No es necesario nombrarla;
Nombrarla fuera ofenderla;
¡Quien una vez llegó á verla,
Con nadie á de equivocarla!

10 DE FEBRERO DE 1890.



FUENSANTA

I

ANTE SU FERETRO

Fué dulce como una poma,
Granada como una espiga,
Guardosa como una hormiga,
Mansa como una paloma;
Dió consuelo á todo afán.
Dió á toda orfandad abrigo;
Ni su pan negó al mendigo,
Ni ociosa comió su pan;
El bien buscó sin reposo,
Siempre en Dios la mente fija;
Fué hermana para su hija,
Fué madre para su esposo;
Y de virtud singular
Dejando ejemplo á los dos,

II

UN AÑO DESPUÉS

A ANTONIO GRILO

Hoy hace un año que tu bien perdiste;
Doce hará pronto que perdi yo el mío;
Y desde entonces, con profundo hastío,
El alma llevo solitaria y triste.

No esperes que la calma reconquiste
Tu pobre corazón doliente y frio,
Ni que llene su baratro sombrío
Cuanto en el mundo material existe.

Tanto como el vivir dura esa cuita;
Y eterno fuera nuestro ardiente anhelo,
Si el alma, cuando atónita medita,
Sólo encontrara en el obscuro cielo
Esa serie de ceros infinita
Que describen los astros con su vuelo

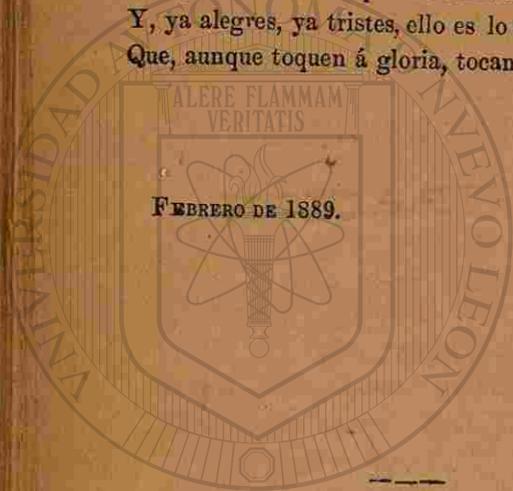
10 DE FEBRERO DE 1891.

LAS CAMPANAS

Hay en el campanario cuatro ventanas,
Y en ellas suspendidas cuatro campanas.
Con voz aguda á veces y á veces grave,
Cosas hablan que el labio decir no sabe;
Pero, si atento escucho, bien pronto advierto
Que unas tocan á gloria y otras á muerto.
Dicen las dos menores: "¡Cantad victoria!
¡Hoy el alma de un niño vuelve á la gloria!
Dicen las dos mayores: "Hoy muda y grave
Va un alma desprendida... ¿Dónde?— ¡Quién sabe!"
Y así alternando tocan, en turno incierto,
Unas veces á gloria y otras á muerto.

Yo sé que, ya remotas ó ya cercanas,
Siempre he de oír las voces de las campanas,
Mas ¿quién sabe en su turno, siendo tan vario,
Qué tocarán los bronces del campanario?
Yo, por más que medito, jamás acierto
Cuándo ha de ser á gloria ni cuándo á muerto.

¿Qué importa? En los espacios desvanecido,
Su clamor siempre es eco de algún gemido:
Recordando en qué para la humana escoria,
Siempre al mundo repiten la misma historia;
Y, ya alegres, ya tristes, ello es lo cierto
Que, aunque toquen á gloria, tocan á muerto.



ASPIRACION

Yo esperaba que Dios me dejaría
Gozar la paz de la vejez contigo,
Y que el sol de tu invierno me daría
Serena luz y bienhechor abrigo.

Yo esperé que la diestra soberana
Nos diera, en medio del tumulto humano,
Pasar como un hermano y una hermana
Caminando cogidos de la mano.

Yo esperé que corrieran nuestras vidas
Como van por oteros y por lomas
De dos en dos las tórtolas unidas,
De dos en dos unidas las palomas.

¡Oh mezquina esperanza malograda!
Hoy me deja el Señor, sordo á mi ruego,
Tras una juventud atropellada
Una vejez sin calma y sin sosiego.

¡Oh amor, fruto que tarde te sazonas!
Tu acidez, tu aspereza, tu amargura
Diste á mi juventud;—y hoy me abandonas:
¡Hoy que empecé á gozar de tu dulzura!

¡Oh Dolores, oh esposa, oh compañera.
Consuelo de mi espíritu afligido,
Perder tu amor, que fué mi vida entera,
Es perder ¡ay de mí! cuanto he vivido!

Por eso, en mi dolor, con ruego vano,
Pronunciando tu nombre miro al cielo,
Y, sordo á todo llamamiento humano,
Morir, sólo morir, doliente anhelo.

*

En vano me repiten que es locura
Tanto amor, tanta fe, tanta constancia;
Que el dolor, si su alivio no procura,
Más que duelo es estéril arrogancia;
Que es heno toda carne; sueño breve
Toda vida; ilusión todo contento;
Toda humana esperanza nube leve
Disipada al furor del ronco viento;

Que es sacrilego el hombre si no inclina
La frente ante la diestra soberana,
Y que acatar la voluntad divina
Es la primera obligación humana.

Yo los dejo decir, y, en mi agonía,
Resignado recibo su sentencia:
Ellos saben allá su teología;
Yo no sé más que amar: ésa es mi ciencia.
Yo sólo sé decir que no me es dado
Sufrir sin queja tan profunda herida,
Y que es triste marchar solo y cansado
Por el árido yermo de la vida.

¿Decís que el tiempo calmará mi duelo
Y el eco extinguirá de mi querella?—
Pues bien, por eso sucumbir anhelo:
¡Porque quiero morir pensando en ella!

*

¡Oh! Mal conoce, quien me pide calma,
A ese Dios cuyo santo nombre invoca,
A ese elemento Dios que llena el alma
De amor y llanto cuando en ella toca.
¡Oh! Mal conoce el ignorante sabio
Al que, por dar remedio á nuestra herida,
Valeroso á la hiel aplicó el labio
Y en prueba de su amor nos dió su vida:

Al que encendió la redentora llama
Que el bien acendra y santifica el duelo;
Al que nos dijo:—“Amados, como os ama
Vuestro Padre inmortal que está en el cielo;”

Al que, en prenda de amor sacrificado,
El amor infinito reverbera,
Y, al duro leño de la cruz clavado,
Con los brazos abiertos nos espera.

No puede, oh Dios, tu voluntad sagrada
Querer que en sus congojas y pesares
Olvide el corazón la fe jurada,
La fe jurada al pie de tus altares;

Ni que amores ante ellos prometidos
Sean, como en las fieras, en nosotros,
Apetito brutal de los sentidos
Que, agotado un manjar, se ceba en otros.

Tiene tu Libro, que en el alma imprime
Consuelo para todos los pesares,
Un cantar que por tierno y por subleme
Se apellida el *Cantar de los Cantares*.

Y aquel idilio, que en acción sucinta
Recónditos misterios nos declara,
Cuando el amor de Dios y el alma pinta,
Al de esposo y esposa lo compara.

¿Cómo ha de ver mi amor con ceño duro
Quien lo ensalzó con símil tan hermoso?

Ni ¿cómo has de execrar amor tan puro
Tú que eres todo amor, Dios bondadoso?

Tan grande es tu ternura sin falsía,
Que nunca en vano la invocó mi anhelo:
Al pronunciar tu nombre, de alegría,
Sobre mi frente se dilata el cielo.

Tu amor es puro manantial suave
Que en todo vierte su raudal fecundo.
Quien no probó tu amor, de amor no sabe:
¿De quién sino de Tí lo aprende el mundo?

Claro como la clara luz del día,
Tu verbo en todo sin cesar penetra:
¡Oh brisa, oh bosque, oh mar, vuestra armonía
No es una vana música sin letra!

Todo habla, y todo al par dice lo mismo;
Todo en una oración cifra su anhelo:
“¡Amor!” clama el reptil en el abismo;
“¡Amor!” repite el ángel en el cielo;

Y el sol, y las estrellas, y la luna,
Juntando sus plegarias al gemido
De tierra, viento y mar, cantan á una
El amor demandado y concedido.

*

¡Oh amor, oh santo amor, llama primera
Y última luz del alma congojada,

En la edad juvenil ardiente hoguera
Y hogar tranquilo en la vejez cansada!
¡Oh amor, que como el Fénix te eternizas
Por la virtud que en tí constante llevas,
Y si al fin te consumes en cenizas
De tus propias cenizas te renuevas!
¡Oh amor, oh santo amor, limpida fuente
De virtud, de ventura, de consuelo,
Que tienes en la tierra tu corriente
Y tu vena purísima en el cielo!
¿Qué es sin tí, qué es sin tí la humana vida?
¡Presá del vicio ó del dolor profundo!
¡Polvo seco ó materia corrompida!
¡Arido yermo ó lodazal inmundol
Todo cuanto en la tierra vil se mueve,
Por su inercia nativa tiende al suelo:
Tú, amor, tú eres la fuerza á quien se debe
Que las almas graviten hacia el cielo.
Vana es la dicha que del mundo nace,
Breve el placer que el mundo proporciona:
Humo aquella que el ábrego deshace,
Flor éste cuyo fruto no sazona.
¡Oh amor, oh amor, tú sólo eterno duras,
Tú sólo das delicias verdaderas,
Y, rotas las mortales ligaduras,
Más allá de la tumba perseveras!

*

Esposa, cuando el alma que hoy delira
Calme la muerte que con ansia espero,
Y el triste pecho que por tí suspira
Al viento rinda el hálito postrero;
Cuando, cubierto por la verde alfombra
Del césped, este cuerpo adolorido
Abra los ojos á la eterna sombra
Y al eterno silencio abra el oído;
Cuando sobre él, despojo miserable
Sumido en las tinieblas del osario,
Tomen su eterna forma inalterable
Los inmóviles pliegues del sudario;—
Entonces, para el alma libre y pura.
Gloria será cuanto es tormento ahora:
Lágrimas que lloró la noche obscura
Perlas son en la frente de la aurora.
Entonces, en los ámbitos del cielo,
Donde apaga el dolor su agudo grito,
La mente humana sin humano velo
Contemplará lo eterno y lo infinito;
¡Y entonces te veré!—Pero ese día
¿Cuándo, al fin, llegará? ¿Cuándo?—¡Qué importa!
¡Para el que espera el bien y en Dios confía,
La eternidad es corta!

RESTITUCION

Estas pobres canciones que te consagro,
En mi mente han nacido por un milagro.
Desnudas de las galas que presta el arte,
Mi voluntad en ellas no tiene parte:
Yo no sé resistirlas ni suscitarlas;
Yo ni aún sé comprenderlas al formularlas;
Y es en mí su lamento, sentido y grave,
Natural como el trino que lanza el ave.
Santas inspiraciones que tú me envías,
Puedo decir, esposa, que no son mías:
Pensamiento y palabra de ti recibo;
Tú en silencio las dictas, yo las escribo.

Desde que abandonaste nuestra morada,
De la mortal escoria purificada,
Transformado está el fondo del alma mía,

Y voces oigo en ella que antes no oía.
Todo cuanto, en la tierra y el mar y el viento,
Tiene matiz, aroma, forma ó acento,
De mi ánimo abatido turba la calma
Y en canción se convierte dentro del alma.
Y es que, en estas tinieblas donde me pierdo,
Todo está confundido con tu recuerdo:
¡Sin él, todo es silencio, sombra y vacío
En la tierra y el viento y el mar bravo!

Revueltos peñascales, áspera breña
Donde salta el torrente de peña en peña;
Corrientes bullidoras del claro río;
Religiosos murmullos del bosque umbrío;
Tórtola que en sus frondas unes tus quejas
Al calmante zumbido de las abejas,
Aguila que te ciernes en corvo vuelo
Por el azul espacio que cubre el cielo;
Golondrina que emigras cuando el Octubre
Con sus pálidas hojas el suelo cubre,
Y al amor de tu nido tornas ligera
Cuando esparce sus flores la primavera;
Aura mansa que llevas, en vuelo tardo,
Efluvios de azucena, jazmín y nardo;
Brisas que en el desierto sois mensajeras
De los tiernos amores de las palmeras:—
¡De las pobres palmeras que separadas

Se miran silenciosas y enamoradas!)—
Pardas nieblas del valle, nieves del monte,
Cambiantes y vislumbres del horizonte;
Tempestad que bramando con ronco acento
Tus cabellos de lluvia tiendes al viento;
Solitaria ensinada, restinga ignota
Donde oculta su nido la gaviota;
Olas embravecidas que pone á raya
Con sus rubias arenas la corva playa;
Grutas donde repiten con sordo acento
Sus querellas y halagos la mar y el viento;
Velas desconocidas que en lontananza
Pasais como los sueños de la esperanza;
Nebuloso horizonte, tras cuyo velo
Sus límites confunden la mar y el cielo;
Rayo de sol poniente que te abres paso
Por los rotos celajes del triste ocaso;
Melancólico rayo de blanca luna
Reflejado en la cresta de escueta duna;
Negra noche que dejas de monte á monte
Granizado de estrellas el horizonte;
Lamento misterioso de la campana
Que en la nocturna sombra suena lejana,
Pidiendo por ciudades y por desiertos
La oración de los vivos para los muertos;
Plegaria que te elevas entre la nube
Del incienso que en ondas al cielo sube
Cuando al Señor elevan himnos fervientes

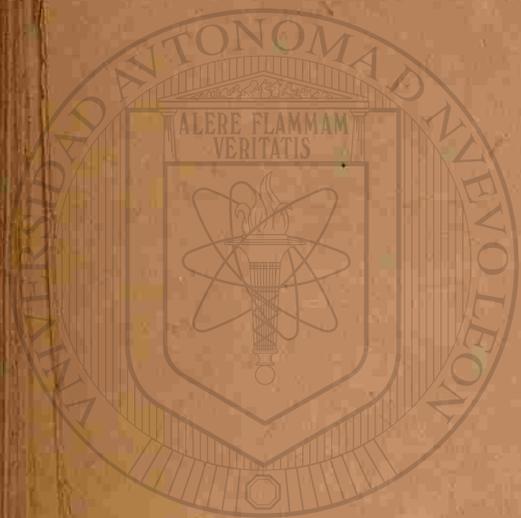
Santos anacoretas y penitentes;
Catedrales ruinosas, mudas y muertas,
Cuyas góticas naves hallo desiertas,
Cuyas leves agujas, al cielo alzadas,
Parecen oraciones petrificadas;
Torres donde por cima de la veleta
Que á merced de los vientos se agita inquieta,
Señalando regiones que nadie ha visto
Tiene inmóvil sus brazos la cruz de Cristo:
Luces, sombras, murmullos, flores, espumas,
Transparentes neblinas, espesas brumas,
Valles, montes, abismos, tormentas, mares,
Auras, brisas, aromas, nidos y altares,—
Vosotros en el fondo del alma mía
Despertáis siempre un eco de poesía,
Y es que siempre á vosotros encuentro unido
El recuerdo doliente del bien perdido,
Sin él, ¿qué es la grandeza, qué es el tesoro
De la tierra y el viento y el mar sonoro!

Ya lo ves: las canciones que te consagro,
En mi mente han nacido por un milagro.
Nada en ellas es mío, todo es don tuyo:
Por eso á tí, de hinojos, las restituyo.
¡Pobres hojas caídas de la arboleda,
Sin su verdor el alma desnuda queda!

Pero nó, que aún te deben mis desventuras
Otras más delicadas, otras más puras:
Canciones que, por miedo de profanarlas,
En el alma conservo sin pronunciarlas;
Recuerdos de las horas que, embelesado,
En nuestro pobre albergue pasé á tu lado
Cuando al alma y al cuerpo daban pujanza
Juventud y cariño, fe y esperanza;
Cuando lejos del mundo parlero y vanó,
Ibamos por la vida mano con mano;
Cuando, húmedos los ojos, juntas las palmas,
En una se fundían nuestras dos almas:
Canciones silenciosas que el alma hieren;
Canciones que en mí nacer y que en mí mueren;
¡Hechizadas canciones, con cuyo encanto
A mis áridos ojos se agolpa el llanto!
Y aun á veces aplacan mis amarguras
Otras más misteriosas, otras más puras:
Canciones sin palabra, sin pensamiento,
Vagas emanaciones del sentimiento;
Silencioso gemido de amor y pena
Que, en el fondo del pecho, callada suena;
Aspiración confusa que, en vivo anhelo,
Ya es canción, ya plegaria que sube al cielo;
Inquietudes del alma, de amor herida;
Vagos presentimientos de la otra vida;
Éxtasis de la mente que á Dios se lanza;
Luminosos destellos de la esperanza;

Voces que me aseguran que podré verte
Cuando al mundo mis ojos cierre la muerte:
¡Canciones que, por santas, no tienen nombres
En la lengua grosera que hablan los hombres!
Esas son las que endulzan mi amargo duelo;
Esas son las que el alma llaman al cielo;
Esas de mi esperanza fijan el polo,
¡Y esas son las que guardo para mí solo!

OCTUBRE DE 1888.



INDICE

	PAGINAS.
Prólogo.....	I
Al lector.....	1
Preludio.....	5
Primer lamento.....	10
Soledad.....	13
Compañía.....	15
Puntos de vista.....	16
Exequias.....	19
Resignación.....	20
Luz y Sombra.....	24
A Federico.....	25
¡.....!	29
La última tabla.....	35
Desengaño.....	36
Ultra.....	37

	PÁGINAS.
Humildad.....	66
Citación.....	68
A media noche.....	69
Cuatro tablas.....	71
Mensaje.....	72
Aniversario.....	75
Valle-Hermoso.....	76
Desde el promontorio.....	79
En todas partes.....	84
Tres Años.....	85
El Sauce y el Ciprés.....	87
Semper et Ubique.....	92
Insomnios.....	93
A la muerte.....	96
Desaliento.....	97
Fe.....	99
Ofrenda.....	102
Nostalgia.....	103
Recuerdo.....	105
Fuensanta.....	106
Un año después.....	107
Las Campanas.....	109
Aspiración.....	111
Restitución.....	117

DC213

.2

N3

1825

156219

FHRC

AUTOR NAPOLEON I, Emperador de
Francia, 1769-1821

UNANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



